

La Vida Sencilla.

FOR

CHARLES WAGNER.



Traducción del francés al inglés por Olive Harper.

y del inglés al castellano por J. Enrique Vélez.

A INICIATIVA DE DON CARLOS F. MORALES L.
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DOMINICANA.

El Presidente de los E. E. U. U. Mr. Teodoro Roosevelt
le dice al autor de este libro:

**"ESTOY PREDICANDO SU LIBRO
A MIS COMPATRIOTAS."**

SANTO DOMINGO
IMPRENTA (FLOR DEL OZAMA)
CALLE SANTO TOMAS N.º 7.
1905.

1000
1000


1000
1000

1000


ADVERTENCIA.

Este libro se edita en la Imprenta «Flor del Ozama» por iniciativa del Presidente de la República Don Carlos F. Morales, conviniéndose en tomar de él 5.000 ejemplares por cuenta del Tesoro dominicano, según resolución del Consejo de Gobierno que le comunicó á esta casa editora el Ciudadano Presidente en carta que conservamos en nuestro archivo.

El que lea la obra se convencerá pronto del alto sentimiento que ha inspirado al Ciudadano Presidente al interesarse porque se traduzca y se edite en Santo Domingo: la idea del bien y el amor á sus compatriotas. Es esta una verdadera obra maestra que merece el encomio que delicadamente va envuelto en la frase que el Presidente Roosevelt le dirige al autor. Su precio es ínfimo y es un verdadero libro útil con que se enriquece la bibliografía nacional. Y aquí reproduciremos, haciéndolo nuestro, lo que dice la casa editora en el texto inglés:

 Habrá indudablemente mucha gente que después de haber leído este libro, crea que hace una buena obra distribuyéndolo gratis

— 4 —

en el lugar de su residencia. A esos les decimos que SIENDO PARA ESE OBJETO les venderemos la obra á menor precio. Escriban para detalles estipulando que el libro lo quieren para distribuirlo gratis y les contestaremos dándoles el precio que se nos ha de enviar anticipadamente. 

EL PRECIO DE VENTA DE LA OBRA
AL PÚBLICO ES \$ 0.20.

Nota: El traductor advierte que su traducción es fiel pero libre, aplicándose á dar en castellano la idea exacta de lo que quiere decir el autor, sin traducir por su orden y pié á pié cada palabra. La idea se aprecia en la frase no en la significación extricta de cada vocablo.

J. ENRIQUE VÉLEZ.

OPINION AUTORIZADA.

El ilustrado escritor-crítico Don Manuel Fernández Juncos, exponiendo su juicio sobre la obra que publicamos y que en Cuba ha sido también traducida, dice lo que sigue:

LA VIDA SENCILLA.

Circula en estos días con gran estimación entre la buena sociedad cubana uno de esos libros, que por su bondad y trascendencia debieran ser leídos y comentados diariamente en el seno de las familias. Fué escrito en París hace algunos meses por Mr. C. Wagner, moralista de gran talento; acreditado ya en obras anteriores, y sociólogo dotado de gran rectitud de juicio y de admirable instinto de observación.

Titúlase este nuevo libro «La vida sencilla,» y es una llamada á las cultas sociedades modernas, para que retornen á la vida sencilla, sin aparato complicado y engafioso, sin convencionalismos cobardes, sin fingimientos, artificios ni dobleces, sin esa complicación de vida, cada día más fatigosa y ardua, que aleja cada día más de entre nosotros la salud y la alegría, que multiplica los afanes y las congojas, y que conduce á los seres humanos á una lamentable y prematura degeneración.

No pretende, como algunos ascetas, que la sociedad retroceda en su cultura y vuelva á los tiempos primitivos. Acepta y aplaude todas las conquistas de la civilización y todos los triunfos de la ciencia; pero los considera perfectamente compatibles con su ideal de vida sencilla, prudente

y honrada, con la vida «del hombre equilibrado, ingénuo, creyente ó tolerante con las creencias ajenas, afectuoso, jovial y franco sin variedades pueriles, ni enfadosas afectaciones.»

Aborda con sinceridad y valentía las cuestiones de orden moral y social relacionadas con sus propósitos de regeneración humana, descubre, señala y demuestra los numerosos errores y extravíos que han dado origen á ese lamentable derroche de vida y de salud que hacemos sin darnos cuenta clara de ello en la vida social y política de estos tiempos, y describe y analiza en magníficos cuadros la superabundancia de vida, de actividad y de recursos económicos que se desgastan y derrochan en este vertiginoso torbellino de anhelos, odios, vicios, pasiones desenfrenadas, interminables fatigas y terribles desesperaciones.

Consta este precioso libro de los capítulos siguientes:

La vida complicada.—El espíritu sencillo.—La palabra sencilla.—El deber sencillo.—Las necesidades sencillas.—El placer sencillo.—El mercenario y la sencillez.—El reclamo y el bien ignorado.—Mundanalidad y vida del hogar.—La belleza sencilla.—El orgullo y la sencillez en las relaciones sociales.—La educación por la sencillez.—Conclusión.

Por la sola lectura de estos títulos puede formarse una idea muy favorable de la índole y la tendencia de este nuevo libro del filósofo y moralista francés; pero solamente leyendo y meditando con detención todo su texto, puede comprenderse la excelente doctrina que contiene, lo práctico y realizable del plan que recomienda.

De buena gana haríamos una exposición más amplia de este famoso libro, si nos lo permitiera el corto espacio de que aquí podemos disponer.

En menos de cinco meses se han agotado en

Francia varias ediciones de LA VIDA SENCILLA, y se han hecho ya varias traducciones. La inglesa que obtiene ahora extraordinaria aceptación en los Estados Unidos, fué patrocinada por el Presidente Roosevelt y especialmente recomendada su lectura. La primera traducción castellana es la que se ha hecho en Cuba, y nos parece por todos conceptos digna del original. Débese al Dr. Gonzalo Aróstegui, y está hecha tan concienzudamente y con tal esmero literario, que puede considerarse como una verdadera naturalización de tan precioso libro en nuestro idioma.

Tiene un excelente prólogo de don Rafael Montoro.

Con ser muy altos los méritos que hacen recomendable este libro, apreciamos como el primero de todos lo práctico y factible de la reforma social que recomienda.

Se ha fantaseado tanto sobre sistemas de mejoramiento moral y material de las sociedades, y se han dado á la publicidad en estos dos últimos siglos tan peregrinas aunque bien intencionadas utopías de reforma social, que se regocija el ánimo al encontrar un libro de tan sana y realizable doctrina, y meditado con tanto acierto y discreción.

Se comprende que LA VIDA SENCILLA haya impresionado al autor de LA VIDA SIMPLE, hasta el punto de recomendarla casi oficialmente á la atención de sus compatriotas. La vida intensa, activa y fecunda que recomienda el Presidente Roosevelt es perfectamente compatible con la vida sencilla, equilibrada, sana y efectiva que con tanta oportunidad y tino recomienda el moralista francés.

MANUEL FERNANDEZ JUNCOS.



PREFACIO.

El inválido, minado por la fiebre y devorado por la sed, sueña cuando está dormido con un fresco arroyuelo donde se baña, ó con una límpida fuente donde bebe á grandes tragos. De igual manera, en la complicada agitación de la moderna existencia nuestras almas fatigadas sueñan con la sencillez.

Ha desaparecido para siempre lo que llamamos con tan bello nombre? No lo creo. Si la sencillez hubiera correspondido á circunstancias excepcionales que se manifiestan tan solo en ciertas épocas, podríamos renunciar á su resurrección en la actualidad. No podemos retrotraer la civilización á su origen, como no podemos hacer retroceder los anchos y turbulentos ríos al tranquilo valle donde el ramage se inclina sobre sus fuentes.

Pero la sencillez no depende de ninguna condición ni social ni económica. Tiene algo de espíritu, capaz de animar y de modificar vidas muy distintas en género. Lejos de vernos obligados á aspirar á ella con impotentes deseos, podemos, lo afirmo, hacer de ella el objeto de nuestras resoluciones, y el punto de mira de nuestra energía en acción.

* * * * *

Aspirar á la vida sencilla es aspirar realmente á la realización del más alto destino humano. Todas las evoluciones de la humanidad en solicitud de mayor justicia y de más luz han sido al mismo tiempo evoluciones en solicitud de vida más sencilla. Y la antigua sencillez en artes, costumbres é ideas, conserva para nosotros su incomparable valor, únicamente porque ha podido dar un poderoso

relieve á ciertos sentimientos esenciales, á ciertas verdades reconocidas. Debemos amar esa sencillez y conservarla piadosamente. Pero solo habrá efectuado la centésima parte de su tarea el que solo se atenga á las formas exteriores, y no trate de penetrar su espíritu. En realidad es imposible para nosotros ser sencillos en la forma en que lo fueron nuestros abuelos, y sólo podemos ó permanecer como estamos ó practicar la sencillez en el mismo espíritu. Caminamos por otras sendas; pero la meta de la humanidad es fundamentalmente la misma. Siempre es la estrella polar la que sirve de guía al marino, hállese éste embarcado en un barco de velas ó en un barco de vapor.

Lo importante es, hoy como siempre, avanzar hacia esa meta con todos los medios de que podemos disponer. Y es porque amenudo nos hemos desviado de la buena senda, que nuestras vidas se han embrollado y complicado.

* * * * *

Si logro hacer aceptar á otros esta opinión mía sobre la sencillez, creeré haber aprovechado mi tiempo. Algunos lectores pensarán que tal idea debe incorporarse á las costumbres y á la educación. Empezarán por cultivarla en sí mismos, y harán el sacrificio de algunos de esos hábitos que nos impiden ser hombres.

Demasiado pesado bagage de futilzas nos separa del ideal de verdad, de justicia y de caridad que debe animar y alentar nuestros corazones. Todo ese breñal, bajo pretexto de proporcionar sombra, á nosotros y á nuestra dicha, lo que ha hecho es ocultarnos la luz del sol. Cuándo tendremos el valor de oponer á las tentaciones engañosas de una vida tan complicada como inútil la repuesta del sabio:

¡No me tapes mi rayo de sol!

LA VIDA SENCILLA.

CAPITULO I.

LA VIDA COMPLEJA.

En casa de los Blanchard reina la mayor confusión, y con justo motivo. Figúrense, que la señorita Irma se casa el martes, y que estamos en viernes!

Hay una interminable fila de visitantes cargados con regalos, de proveedores doblegados por el peso de sus cargas. Los sirvientes se hallan prostrados del tragín. En cuanto á los padres y á la joven pareja, no existen y no se les puede encontrar fijamente en ninguna parte. Durante el día están en cosa de la costurera, de la bordadora, del entapizador, del mercader de muebles, del joyero, y en los departamentos donde reinan los carpinteros y los pintores. De ahí, á la carrera, á las oficinas de los hombres de negocios, donde esperan su turno entreteniéndose en mirar á los dependientes compulsando papeles en la semi-oscuridad.

Después casi no queda tiempo para dirigirse cada uno á su casa á vestirse para la serie de banquetes, banquete de esponsales, banquete de presentación, el banquete del contrato, recepciones y bailes. A cosa de medianoche vuelven cansados, para todavía atender á la llegada de los últimos paquetes; un diluvio de cartas. Entre ellas congratulaciones, cumplimientos, aceptaciones, y excusas sentidas de madrinas y de introductores, y de proveedores retardados. Y luego las ocurrencias de los últimos momentos—una muerte repentina que desorganiza la procesión nupcial, un incómodo cata-

ro, que priva á una actriz, á una amistosa estrella del arte, de cantar en el servicio religioso. Hay que rehacerlo todo de nuevo! Los pobres Blanchard! Nunca estarán listos, ellos que se habían lisongea-do con haberlo previsto todo.

Durante un largo mes tal había sido su existencia. No había habido medio de detenerse á respirar; de gozar de un momento de reposo, de descansar en una conversación tranquila. No, esto no es vivir!

Por fortuna está ahí el cuarto de la abuela. La abuela tiene cerca de ochenta años de edad. Habiendo visto y sufrido mucho, ha llegado á un estado en que le es dado ver las cosas con esa serenidad tranquila que alcanzan las vidas de aquellos que tienen inteligencia y buen corazón. Casi siempre sentada en su mecedora, se complace en largas y silenciosas horas de meditación. El torbellino que sacudía el resto de la casa venía á morir respetuosamente á su puerta. En el dintel de ese retiro, las voces se suavizaban y las pisadas se aligeraban. Y cuando los amantes sintieron la necesidad de un momento de tranquilidad, corrieron anhelantes al aposento de la abuela.

«Pobres hijos míos!», dijo ella. «¡Qué enervados estáis! Reposen aquí un poco, ámense realmente en libertad. Eso es lo principal. Todo lo demás no vale nada y no merece que se dejen absorber tanto por ello»

Bien lo sabía la jóven pareja. Cuántas veces en las últimas semanas no se había visto obligado su amor á ceder ante toda clase de convencionalismos, exacciones y futilidades. Sufrían por esa fatalidad, que en este momento decisivo de sus existencias incesantemente distraía sus ideas de lo único esencial, y los precipitaba en una multitud de preocupaciones sin importancia. Y de todo corazón se

adhirieron á la opinión de la abuela cuando les dijo entre un beso y una sonrisa:

«En verdad hijos míos, que el mundo se está volviendo demasiado complejo, sin hacer más dichosa á la gente sino muy al contrario»

* * * * *

Soy de la misma opinión que abuelita. Desde la cuna hasta el sepulcro, en sus apuros y en sus placeres, en su concepción del mundo y de sí mismo, el hombre moderno se debate en una malla de innumerables complicaciones. Nada es sencillo actualmente, ni la idea, ni la acción, ni las diversiones, ni siquiera la muerte. Con nuestras propias manos le hemos añadido á la existencia un cargamento de dificultades, prescindiendo al par de muchos placeres. Estoy persuadido de que en el actual momento hay millones de mis semejantes que sufren de una vida demasiado artificial. Se mostrarán agradecidos hacia los que tratan de dar expresión á su malestar, y que los animan en su anhelo por la sencillez que se revela á su inteligencia agitándolos vagamente.

Enumeremos primero una serie de hechos que ponen de relieve la verdad de lo que deseamos demostrar.

Lo complejo de la vida se manifiesta en la multiplicidad de nuestras necesidades materiales. Uno de los fenómenos universalmente aceptado en este país, es que nuestras necesidades han seguido el paso de nuestros recursos. Esto no es un mal en sí. La manifestación de ciertas necesidades determina, realmente, un paso de avance en la vía del progreso. Es signo de superioridad sentir la necesidad de bañarse, de usar ropa limpia, de vivir en casas saludables, de alimentarse de comida sana, y de cultivar su inteligencia. Pero si hay ciertas necesidades cuya manifestación es de

desearse y que tienen derecho á subsistir, hay otras que ejercen una influencia perjudicial, y que existen á costa nuestra, como parásitos. Es el número y el imperioso carácter de estas últimas lo que preocupa nuestro espíritu.

Si á nuestros antepasados se les hubiera dicho que un día la humanidad tendría á su disposición todos los medios de que dispone para mantener y defender su existencia material, hubieran declarado incontinenti que habría un aumento de independencia y en consecuencia de felicidad. Y, naturalmente, una disminución sensible en la competencia para las necesidades de la vida. Hasta les hubiera sido permitido pensar que la simplificación de la existencia por virtud de esos medios perfeccionados de acción, implicaría la realización de mayor moralidad.

Nada de esto ha sucedido. Ni la dicha, ni la paz social, ni la tendencia al bien se han aumentado.

En primer lugar, le parece á Ud. que sus conciudadanos, tomados en conjunto, están más holgados que sus antepasados, ó más seguros del día de mañana?

Yo no pregunto si deberían estarlo, sino si lo están. Al verlos como viven, me parece que la mayoría está descontenta con su suerte, estando antes que todo preocupada de sus necesidades materiales y bajo la obsesión de las exigencias del mañana. Nunca ha sido más aguda la cuestión del alimento y de la habitación, ni más absorbente que ahora que estamos mejor alimentados, mejor vestidos y mejor albergados que nunca anteriormente. Se engaña á sí mismo el que cree que la cuestión de, «Qué comeré, que beberé y con qué me vestiré» acucia solamente al pobre—á los que están expuestos á la agonia del mañana sin pan y sin albergue. A esos es natural, y hasta lógico que la cuestión se les pre-

sente incesantemente. Hay que ir á los hogares de los que han empezado á gozar de cierta prosperidad para darse cuenta de cuán perturbada está la satisfacción de los que tienen, por el anhelo de lo que les falta. Y si Ud. quiere ver la ansiedad por el futuro material en todo su luxuriante desarrollo, observe á la gente «acomodada» y sobre todo á los ricos. Las mujeres que tienen un solo vestido, no son las que se preguntan más frecuentemente por lo que han de ponerse, ni son los que se ven reducidos á la más estricta economía, los que con más frecuencia se preguntan por lo que han de comer al día siguiente. Como consecuencia natural de la ley, que las necesidades aumentan por su satisfacción: *Mientras más bienes tiene un hombre, más cree necesitar.*

Mientras más asegurado está del mañana, á juzgar por el común buen sentido, más se inquieta por la cuestión de cómo vivirá él y sus hijos, de cómo les asegurará su porvenir y el de sus descendientes. Nada puede pintar los temores de un hombre acaudalado, su número, su alcance y su refinado tinte.

De todo esto ha resultado, á través de las diferentes capas sociales, y de acuerdo con las condiciones, en intensidad variable, una agitación general, un estado de ánimo el más complejo, que puede solo compararse al humor de los niños malcriados que se muestran más descontentos mientras más se les colma de regalos.

* * * * *

Si no hemos nada ganado en dicha, tampoco nos hemos vuelto ni más pacíficos, ni más fraternales. Los niños mimados disputan amenudo y sin motivo. Mientras más necesidades y deseos tiene un hombre, más ocasiones encuentra para chocar con sus semejantes, y estos conflictos son tauto más violentos cuanto más injusta es la causa. Que



se disputen el pan, una necesidad, es la ley de la naturaleza. Puede parecer brutal, pero tiene su excusa hasta en su rudeza, y en general está limitada á crueldades rudimentarias. Lo contrario hay que decir de una lucha por lo superfluo: por ambición, privilegio, capricho ó placeres materiales. El hambre por sí sola jamás obligó al hombre á descender á las bajezas que la ambición le hace cometer, ó la avaricia, ó la sed de placeres impuros. El egoísmo se hace maléfico al hacerse refinado. Hemos, por lo tanto, sido testigos en estos tiempos, de un aumento del espíritu de hostilidad entre nuestros semejantes, y nuestros corazones están ménos tranquilos que nunca.

Es inútil preguntar si nos hemos hecho mejores. No consiste el «nervio de bondad» en la capacidad de anar el hombre algo fuera de sí mismo? Y qué lugar quedará para el vecino en una vida absorbida por cuidados materiales, por necesidades en su mayor parte ficticias, por la satisfacción de ambiciones, odios y caprichos? El hombre que se entrega por entero al servicio de sus apetitos, los aumenta y los multiplica rapidamente hasta verse esclavizado por ellos. Está entregado á una anarquía interior de donde surge al fin una exterior y visible anarquía. La vida moral consiste en el gobierno de uno mismo. La inmoralidad consiste en dejarnos gobernar por nuestras necesidades y por nuestras pasiones. Así, poco á poco, las bases de la vida moral se desplazan, y la regla del buen juicio se desvía de ellas.

Para el hombre, esclavo de numerosas é imperativas necesidades, el mayor bien es poseer, fuente de todos los demás bienes. Es verdad que en la horrible lucha por la posesión, llegamos á odiar á los que poseen y negamos el derecho de propiedad, cuando ese derecho está en otras manos, y no en

las nuestras. Pero la ferocidad en atacar las posesiones de los otros es una nueva prueba de la extraordinaria importancia que le damos á la posesión misma. Las cosas y los hombres acaban por ser estimados en su valor de venta y en el beneficio que se puede sacar de ellos.

Lo que no produce nada no vale nada, y el que no tiene nada no es nadie. La pobreza honrada corre peligro de ser estimada como deshonra, y hasta el dinero mal ganado encuentra poca dificultad en obtener los timbres del respeto y del mérito.

«Luego» objetó alguno, «Ud. anatematiza en conjunto el progreso moderno, y nos llevaría de buen grado á los buenos tiempos antiguos, al ascetismo, quizás? En manera alguna. Es la más estéril y la más peligrosa de las utopías querer resuscitar el pasado, y el arte de bien vivir no consiste en retirarse uno de la vida. Pero, estamos esforzándonos por poner en evidencia, con objeto de encontrarle remedio, uno de esos errores que más perjudicialmente pesa sobre nuestro progreso social, y es el de creer que el hombre se perfecciona y es más dichoso según aumenta su bienestar exterior. Nada más falso que este pretendido axioma social. Por el contrario. La disminución de capacidad para ser dichoso y la corrupción de los caracteres causada por el bienestar material sin contra peso, es un hecho que se puede demostrar con mil ejemplos que están á mano. Una civilización se valora por lo que vale el hombre situado en su centro. Cuando ese hombre carece de dirección moral, el progreso no sirve sino para empeorar el mal y para más embrollar los problemas sociales.

* * * * *

Este principio puede comprobarse en otros dominios que el del bienestar. No mencionaremos

sino los de la instrucción y los de la libertad. Recordamos los tiempos en que profetas que eran creídos anunciaban que para transformar un país estéril en una mansión digna de los dioses bastaría derrocar estos tres poderes hermanos: miseria, ignorancia y tiranía. Otros profetas del día repiten las mismas predicciones. Acabamos de ver que la disminución de la pobreza no hace al hombre ni mejor ni más dichoso. Se ha realizado en algún modo este resultado por los plausibles esfuerzos en favor de la instrucción? No aparece así en la hora presente, y esa es la ansiedad, la desesperación de los que se han consagrado á la educación nacional. Debemos en consecuencia embrutecer al pueblo, suprimir la instrucción universal, cerrar las escuelas? Desde luego que no: pero la instrucción, lo mismo que el conjunto de inventos de nuestra civilización, no son más que herramientas. Todo depende del obrero que las maneja.

Sucede lo mismo con la libertad. Es siniestra ó provechosa según la manera como se la emplea.

Existe la libertad cuando pertenece á los malhechores, y aun á los caprichosos, á los desacreditados, y hasta á los estúpidos? La libertad es una atmósfera de vida superior que uno se hace digno de respirar solamente por una lenta y paciente transformación interna.

Ha de haber una ley para toda vida: para la del hombre con más necesidad que para la de los seres inferiores, porque la vida del hombre y de sus asociados es más preciosa y más delicada que la de las plantas y la de los animales. Esta ley para el hombre es al principio externa, pero puede convertirse en interna.

Tan pronto como un hombre ha reconocido esta ley interna y se ha inclinado ante ella, está preparado para la libertad, por el respeto y la obediencia.

cia voluntaria. Mientras no se ha dado cuenta de esa ley interna, fuerte y soberana, está incapacitado para respirar el aire de libertad. Este aire le emborracharía, le enloquecería y le mataría moralmente. El hombre que rige su vida por esa ley interna, no puede por más tiempo vivir sometido á la de la autoridad externa—así como un pájaro criado no podría volver á vivir dentro del huevo que lo produjo: pero el hombre que no ha alcanzado todavía la altura moral desde donde se gobierna á sí mismo no puede vivir bajo el régimen de libertad, como el pájaro en embrión no puede vivir sin la protección de su cascarón. Estos casos son terriblemente sencillos, y la serie de sus pruebas, nuevas y viejas, nunca deja de desarrollarse ante nuestros ojos. Y sin embargo, siempre somos incapaces de comprender hasta los elementos de tan importante ley. En nuestra democracia, cuántos hay, grandes y pequeños, que hayan entendido, que sepan, por haberla verificado, vivido y hasta algunas veces sentido, esta verdad sin la cual un pueblo es incapaz de gobernarse á sí mismo? Libertad es respeto. Libertad es obediencia á la ley interna, y esta ley no la impone la voluntad del poderoso, ni el capricho del populacho, sino el más alto precepto impersonal, ante el cual los que mandan son los primeros en inclinar la cabeza. Hay que decir que la libertad debe ser suprimida? No; pero debemos hacernos capaces y dignos de ella, de otro modo la vida pública se hace imposible y una nación camina á través de la licencia y la indisciplina á las inextricables complicaciones de la demagogia.

* * * * *

Cuando uno pasa en revista las causas individuales que perturban y complican nuestra vida social—cualesquiera que sean los nombres con que se las designe—y habría para rato en la enumeración—

todas nos retrotraen á una causa genenal, que es ésta: *la confusión de lo secundario con lo esencial*. El bienestar material, la educación, la libertad, todo el total de la civilización, forman el marco del cuadro, pero el marco no es el cuadro, como el hábito no es el monge, ni el uniforme el soldado. El cuadro aquí es el hombre con lo que posee, la más íntima de sus propiedades, su caracter, su conciencia y su voluntad. Y perfeccionando y embellociendo el marco, hemos olvidado, descuidado y desfigurado el cuadro. Nos hallamos recargados de bienes externos, y pobres en vida espiritual. Tenemos abundancia de cosas de que podríamos pasarnos si fuese necesario, y estamos completamente desprovistos de la sola cosa necesaria. Y cuando las profundidades de nuestro ser se despiertan, con su necesidad de amar, de esperar la realización de su destino, siente las agonías de un ser vivo que se hallase sepultado en una tumba. Se ahoga bajo el peso de las cosas secundarias que gravitan sobre él y le privan de aire y de luz.

Debemos buscar, poner en libertad, y restituir en su honor la vida real: señalar á todas las cosas su lugar propio, y recordar que el centro del progreso humano está en el adelanto moral. Qué es una buena lámpara? No es la más adornada, la más cincelada ó la que esté hecha del más precioso metal. Una buena lámpara es la que da buena luz. Y del mismo modo, somos hombres y ciudadanos, no por el número de bienes y de placeres que nos procuramos á nosotros mismos, no por nuestra cultura artística é intelectual, no por los honores ó la independendencia de que gozamos, sino por la solidez de nuestra fibra moral. Y ésta, después de todo, no es una verdad de hoy, sino una verdad de todos los tiempos.

En ninguna época las condiciones exteriores

obtenidas por sus conocimientos ó su industria, han librado al hombre de cuidados respecto de su vida interna. La faz del mundo cambia á nuestro alrededor—los factores intelectuales y materiales de la existencia se modifican. Nadie puede impedir esos cambios, cuyos bruscos caracteres no carecen amenudo de peligro. Pero lo importante es que el hombre en el centro de estas ínstabiles circunstancias, permanezca hombre, y marche hacia su fin! Ahora bien, cualquiera que sea el camino que tenga que atravesar para llegar á su destino, el viajero no debe perderse en las encrucijadas ni cargarse de cosas inútiles. Preste atención á su destino, á sus fuerzas, á su honra, y para mejor consagrarse á lo esencial, que es adelantar, simplifique su bagage aun á costa de algunos sacrificios.

CAPITULO II.

EL ESPIRITU DE SENCILLEZ.

Antes de poder demostrar en qué consiste en la práctica la vuelta á la sencillez á que aspiramos, es necesario definir la sencillez en su propio espíritu y su esencia. Porque respecto de ella, se comete el mismo error que acabamos de denunciar y que consiste en confundir lo secundario con lo esencial, la sustancia con la forma. Están inclinados á creer que la sencillez presenta ciertas características externas por las cuales se la puede reconocer y en las que consiste. Sencillez y estado humilde, vestidos modestos, casa sin adornos, mediocridad y pobreza, son cosas que parecen ir juntas. No es así, sin embargo. De tres hombres que acabo de encontrar en mi camino, uno iba en carretela, el otro iba á pié, mientras el tercero iba descalzo. Este ultimo no es por necesidad el más sencillo de los tres.

Puede suceder que el hombre del carruaje sea sencillo, á despecho de su gran posición, y que no sea esclavo de su riqueza. Puede suceder que el hombre con zapatos ni envidia al que pasa en el coche ni desprecia al hombre en andrajos, con los piés desnudos en el polvo, y es posible que el tercero odie la sencillez, el trabajo y la sobriedad y sueñe solamente con la vida holgada, los placeres y la holgazanería. Entre los hombres menos sencillos debemos contar á los mendigos profesionales, pordioseros de los caminos, parásitos y á toda esa tribu de envidiosos obsequiosos cuyas aspiraciones se resumen así: poder apoderarse del pedazo mayor posible de la presa que los afortunados de la tierra consumen. Y á esta misma categoría, no importa la posición que ocupen en la vida, pertenecen los ambiciosos, los astutos, los afeminados, los avaros, los altivos y los refinados. La librea no importa. Debemos mirar el corazón. Ninguna clase tiene el privilegio exclusivo de la sencillez. Ningún vestido, por humilde que parezca, es su seguro distintivo. Su habitación no es necesariamente la bohardilla, ni la choza, ni la celda del asceta, ni la choza del más pobre pescador. Bajo todas las formas que reviste la vida, en todas las posiciones sociales, en el más bajo como en el más alto peldaño de la escala, hay seres sencillos y otros que no lo son. No queremos significar con eso que la sencillez no se distinga por ningún signo exterior; que no tenga hábitos y sus maneras y gustos peculiares, pero no debemos confundir esas formas que, en caso de necesitarse podrían remedarse, con su propia esencia y sus profundos orígenes. Ésta fuente es completamente interna.

La sencillez es un estado de ánimo. Reside en la intención fundamental que nos anima. *Un hombre es sencillo cuando su mayor deseo consiste en ser*

lo que debería ser: es decir, un hombre leal y honrado. Esto no es ni tan fácil ni tan difícil como alguien pudiera imaginarse. En el fondo consiste en poner sus aspiraciones y los actos de acuerdo con la ley de nuestro ser y por consiguiente con la Eterna intención que quiso que el hombre existiera. Que una flor sea una flor, un estornino un estornino, una roca una roca, y un hombre un hombre y no una zorra, una liebre, un pájaro de presa ó un lechón. Todo se resume en eso.

Hemos llegado pues al momento de formular el ideal práctico del hombre. En toda vida observamos cierta cantidad de fuerzas y de sustancias asociadas para algún fin. Materiales más ó menos crudos se transforman ahí, y asumen un mayor grado de organización, no sucede otra cosa con la vida del hombre. *El ideal humano ha de ser transformar la vida en algo mejor y más grande que ella.* Se podría comparar la vida con el material crudo. Lo que es importa menos que lo que se hace de él. Como en una obra de arte, lo que debe apreciarse es lo que el artista ha sabido poner en ella.

Traemos al nacer diferentes dotes. Uno ha recibido dinero, otro granito, otro marmol, y la mayor parte madera ó arcilla. Todos saben que pueden echar á perder la más preciosa sustancia, pero también que pueden arrancar la más valiosa obra del más grosero material. El arte consiste en esculpir permanentemente una idea en una forma efímera. La vida real consiste en la realización de altas virtudes, como son la justicia el amor, la verdad, la libertad, y la energía moral en nuestras actividades diarias, cualquiera que sea su lugar ó sus formas exteriores. Y esta vida es posible en las más diferentes condiciones sociales, y con las más distintas dotes naturales. No es la fortuna ni las ventajas personales, sino la manera

de emplearlas lo que constituye el valor de la vida. La nombradía no añade más que lo que añade la prolongación de los días. La calidad es lo principal.

* * * * *

Hay que decir que uno no alcanza ese punto de vista sin lucha y sin algún esfuerzo. El espíritu de sencillez no es un don heredado, sino el resultado de una laboriosa conquista. Vivir bien como pensar bien, es simplificar la una y otra cosa. Todos saben que la ciencia consiste en sacar ciertas reglas generales de una masa de cosas diversas. Pero cuántas oscuridades y tanteos y retoques antes de descubrir finalmente estas reglas! Siglos de indagación se condensan a menudo en un principio contenido en una línea. En ese camino la vida moral presenta gran analogía con la vida científica. Ella también parte de un estado de confusión, ensaya, trata de conocerse y se engaña a menudo.

Pero por la acción persistente, y el darse cuenta á sí mismo de todos sus actos en estricta sinceridad, el hombre llega por fin á comprender mejor la vida. La ley se le presenta, y esa ley es ésta: cumple tu misión. Quien quiera que se aplique á otras cosas que á la realización de este fin, desconoce, viviendo, la razón misma de hallarse con vida. Así están formados los egoístas, los que solo buscan el placer, y los ambiciosos. Consumen su existencia como el que se come su grano todavía en la tierna espiga. Le impiden su natural función. Sus vicios son vidas perdidas. Por el contrario, aquel que hace que su vida sirva para un bien mayor que ella misma, la salva dándola. Los preceptos morales que parecen arbitrarios á los ojos de los superficiales y hechos con el propósito de inducirnos á desperdiciar el incentivo principal de nuestra vi-

da, tienen un solo objeto, después de todo, y es el de preservarnos de haber vivido inutilmente. Es por eso que siempre nos han guiado en la misma dirección y que tienen el mismo sentido. «No desperdicies tu vida. Sácale provecho, haz que dé fruto. Aprende á darla de modo que no la pierdas!»

En eso está resumida la experiencia de la humanidad. Esta experiencia que todo hombre está obligado á adquirir por sí mismo, se le hace más preciosa cuanto más le cuesta. Iluminado por esa luz, su adelanto moral se hace más seguro. Tiene ahora su brújula, que le muestra hacia donde puede el guiar todo lo que es dudoso, y todo lo complicado se trueca en sencillo. Por la constante influencia de esa misma ley que se dilata dentro de él y diariamente se prueba con actos, una transformación se produce en sus hábitos y en sus juicios.

El hombre cautivado por la belleza y la grandeza de la vida real, por lo que es santo y conmovedor en la lucha de la humanidad, por la verdad, la justicia, la bondad, atesora en su corazón su fascinación. Y todo se subordina lo más naturalmente á la poderosa y persistente preocupación. La jerarquía de fuerzas se organiza espontáneamente en él. Lo esencial manda, lo secundario obedece y el orden surge de la sencillez. Se podría comparar el mecanismo de la vida interior ó interna al de un ejército. Un ejército es fuerte por su disciplina, y la disciplina consiste en el respeto del inferior al superior y en la concentración de todas las energías hacia un solo fin. Tan pronto como se relaja la disciplina el ejército sufre. El cabo no debe darle órdenes al general. Examine cada cual su vida con cuidado y las de los demás y la de la sociedad. Cada vez que algo discrepa ó disuena, y que se producen desórdenes ó complicaciones la causa está en que el cabo le ha dado órdenes al general. Allí donde

la ley de sencillez ha penetrado en el corazón el desórden desaparece.

Desespero de poder nunca describir la sencillez de un modo digno de ella. Toda la fuerza del mundo y toda su belleza, toda su alegría real, todo lo que consuela y alimenta la esperanza, todo lo que derrama luz en los oscuros caminos, todo lo que á través de nuestras pobres vidas nos muestra algún sublime fin y algún inmenso futuro, viene á nosotros de seres sencillos que han encaminado sus deseos á otro objeto que al de la transitoria satisfacción del egoísmo y de la vanidad, y que han comprendido que la ciencia de la vida consiste en saber dar nuestra vida.

CAPITULO III.

EL PENSAMIENTO SENCILLO.

No es solamente en las manifestaciones prácticas de nuestra vida, sino también en el dominio de nuestras ideas que se hace necesario poner buen orden. La anarquía reina en el pensamiento humano. Marchamos en la maleza, sin brújula ni sol, y sin dirección, perdidos en lo infinito del detalle.

Tan pronto como el hombre ha reconocido que su vida tiene un objeto, y que ese objeto es ser hombre, organiza sus ideas en consecuencia. Toda forma de pensar, entender ó juzgar, que no lo mejora ni lo fortalece, la rechaza como perjudicial. Ante todo, desecha el plan común de divertirse con su pensamiento. El pensamiento es una herramienta, que tiene su determinada función en el total. No es un juguete. Veamos un ejemplo. Aquí está el estudio de un pintor. Los materiales están todos en su lugar. Todo indica que el total de medios está dispuesto en la mira de alcanzar

un resultado. Désele entrada á algunos monos. Se trepan sobre los bancos, se balancean en las cuerdas, se envuelven en el cortinaje, se ponen de cachucha las chinelas, revuelven los pinceles, prueban los colores y agujerean la tela para ver lo que los retratos tienen dentro de sus cuerpos. No dudo de lo que gozan. Deben indudablemente figurarse muy interesante y entretenido el ejercicio. Pero el estudio de un pintor no ha sido hecho para ponerlo en manos de monos. Ni es terreno el pensamiento para evoluciones acrobáticas. Un hombre digno de ese nombre, piensa según es y según son sus gustos.

Entra en todo con todo su corazón, y no con esa curiosidad estéril y caprichosa bajo pretexto de ver y de conocerlo todo, exponiéndose por ello al peligro de nunca sentir una sana y profunda emoción ó de nunca ejecutar un acto bueno.

Otro hábito que urge corregir, apéndice de esa vida ficticia, es la manía de examinarse uno mismo y de analizarse uno mismo en todas las ocasiones. No le aconsejo al hombre que descuide el examen íntimo de su propia conciencia. Esforzarse en ver claro en su espíritu dándose cuenta de los motivos de su conducta es un elemento esencial para bien vivir el hombre. Pero una cosa es estar alerta, y otra el incesante esfuerzo de vigilar su vida y su pensamiento para mostrarse uno como la pieza de un mecanismo. Equivale á perder el tiempo y á extraviarse en la vía. El hombre que para mejor prepararse para una carrera, comenzara por entregarse á una minuciosa inspección anatómica respecto de su poder de locomoción, se expondría á ver dislocados sus miembros antes de dar el primer paso. «Usted posee todo lo que se requiere para andar, por consiguiente, adelante! Trate de no caer y use con discreción sus fuerzas.» Los in-

vestigadores de cosas pequeñas y los que se fijan en menudencias se reducen á la inacción. Basta tener un átomo de sentido común para comprender que el hombre no ha sido hecho para pasar su vida en un éxtasis budista.

* * * * *

El sentido común—no le parece á usted que lo que se designa con ese nombre se está volviendo tan raro como las buenas costumbres de otros días? El sentido común es una cosa pasada de uso. Necesitamos algo nuevo—algo diferente—y vamos á buscarlo en lugares imposibles. Es un refinamiento que el vulgo no sabrá como procurarse, y es tan grato distinguirse uno de los demás! En lugar de comportarnos como se comportaría una persona natural que emplea los medios que tiene á su disposición, nos elevamos á las más estupendas rarezas por la fuerza del genio. Se prefiere desviarse de la vía á caminar en la línea recta. Todos los defectos y deformidades corporales de que se ocupa la ortopedia, dan una débil idea de las jorobas, torceduras, y de las dislocaciones que nos hemos impuesto á nosotros mismos para escapar del derecho al sentido común. Y aprendemos á nuestra costa que uno no se deforma impunemente. La novedad es cosa en definitiva efímera. Nada hay eterno sino el eterno vulgar, y desviarse es correr las más peligrosas aventuras. Dichoso el que se convenza y aprenda á ser de nuevo sencillo. El bueno y sencillo sentido común no es, como algunos creen, la innata propiedad de todo el mundo, un bagage ordinario y vulgar que á nadie le cuesta trabajo. Lo comparo á aquellas viejas canciones populares, imperecederas y anónimas, que parecen haber brotado de lo íntimo del corazón del pueblo. El sentido común es el capital pausada y penosamente acu-

mulado por el trabajo de siglos. Es un tesoro puro, cuyo valor solo sabe apreciarlo el que lo ha perdido ó el que lo ve en otras manos después de ya no poseerlo. Por mi parte creo que ningún sacrificio es demasiado grande para adquirir y conservar el sentido común que mantiene nuestros ojos despejados y recto nuestro juicio. Se cuida uno mucho de su espada, de miedo de que se le tuerza ó enmohezca. Cuanto más debe cuidarse uno de su espíritu!

* * * * *

Pero entendámonos bien. Al invocar el sentido común no se trata ni de la idea que rastrea, ni del estrecho positivismo que niega todo lo que no puede ver y tocar. Porque también es una prueba de falta de sentido común, querer que un hombre se abstraiga en su sensación material y olvide las altas realidades de su vida interna. Abordamos aquí un tema penoso á cuyo rededor se agitan los más grandes problemas de la humanidad. Nos esforzamos realmente por llegar á una concepción de la vida. La estamos buscando entre sombras y dolores, y todo lo que se roza con las realidades espirituales se hace cada día objeto de mayor ansiedad. En medio de las perplejidades y de los desórdenes momentáneos que acompañan las grandes crisis del espíritu parece más difícil que nunca para el hombre, resolver el problema por medio de algunos sencillos principios. La necesidad no obstante viene en nuestra ayuda como les ha ocurrido á los hombres de todas las edades. Después de todo, el problema de la vida es terriblemente sencillo y por el hecho de que la vida es tan opresiva, y de sernos impuesta, nos advierte que antecede á la idea que podamos formarnos de nosotros mismos, y que nadie puede esperar para vivir hasta haber entendido la vida. Tropezamos donde quiera con nuestras fló-

sofías, nuestras explicaciones, nuestras creencias, y es este hecho cumplido, prodigioso é irrefutable, el que nos llama al órden cuando queremos deducir la vida de nuestros razonamientos y esperar para obrar haber acabado de filosofar. Es esta feliz necesidad la que impide que el mundo se detenga mientras el hombre titubea sobre el camino que debe tomar. Viageros de un día, nos vemos envueltos en un vasto movimiento á que debemos contribuir, pero que ni hemos previsto, ni apreciado en su conjunto, ni sondeado en sus amplias profundidades. Nuestra tarea consiste en cumplir fielmente nuestro papel de simple soldado que nos ha cabido en suerte y es preciso que nuestro ánimo se adapte á la situación. No se diga que vivimos en tiempos más agitados que los de nuestros antepasados, porque lo que se ve de lejos amenudo se aprecia mal, y tiene además poca gracia quejarse de no haber nacido en tiempos en que vivía quien fué nuestro abuelo. Lo que puede creerse menos discutible sobre este punto es esto: desde que el mundo existe es difícil comprenderlo bien. Siempre y donde quiera no ha sido cosa fácil pensar rectamente. Los antiguos no han sido en eso más privilegiados que los modernos. Y se puede añadir que no existe diferencia entre los hombres, para el que se ha elevado á la altura de poderlos considerar bajo ese punto de vista. Sea que el hombre mande ú obedezca, enseñe ó aprenda, maneje la pluma ó el martillo, los mismos esfuerzos necesita hacer para bien descubrir la verdad. Las pocas luces que la humanidad adquiere en su adelanto le son sin duda de mucha utilidad, pero contribuyen también á aumentar el número y la extensión de los problemas. La dificultad no desaparece nunca, la inteligencia tropieza siempre con el obstáculo. Lo desconocido nos domina y nos atrae por todos la-

dos. Pero así como no se necesita agotar el agua de todas las fuentes para apagar nuestra sed, del mismo modo no se necesita conocerlo todo en la vida. La humanidad vive y ha vivido siempre de ciertos ingredientes elementales.

Procuraremos determinarlos. Ante todo vive la humanidad de confianza. Al hacerlo no hace más que reflejar, que condensar con concienzudo espíritu, lo que está oculto en el fondo de todos los seres. Una fé incommovible en la estabilidad del universo, y en su inteligente dirección, reposa en todo lo que existe. Las flores, los árboles, los animales, todo vive con fiado y sin el menor recelo. Hay confianza en la lluvia que cae; en la alborada, en el río que desemboca en el mar. Todo lo que existe parece proclamar: «Yo existo, luego debo existir. Hay buenas razones para ello, tengamos confianza»

Del mismo modo, vive de confianza el género humano. A causa de que existe lleva en sí la razón suficiente de su existencia, y un gage de garantía y de seguridad. Descansa en el poder del que ha querido que existiera. Es á conservar esta confianza y á no permitir que nada la conmueva, procurando por el contrario fortalecerla y hacerla más evidente que debe tender el primer esfuerzo de nuestro ánimo. Todo lo que fortalece nuestra fé es bueno. Porque de ahí brota la tranquila energía, el acto meditado, el amor á la vida, y el trabajo provechoso. La fé bien cimentada es la misteriosa fuerza que pone en movimiento nuestra energía interna. Ella nos nutre. Es por ella que vive el hombre, más bien que por el pan de que se alimenta. De ahí que todo lo que conmueve la fé es veneno ponzoñoso y no comida saludable.

Dañino es todo sistema de razonamiento que ataque la verdadera fuente de la vida, declarándola

perjudicial. La vida ha sido en este siglo muy a menudo erradamente estimada. Debe uno sorprenderse de que el árbol se seque cuando sus raíces se riegan con sustancias corrosivas? Hay, sin embargo, una reflexión sencilla que pudiera hacerse en respuesta de toda esa filosofía vacía de sentido. Se empeñan en declarar que la vida es un mal. Muy bien. Qué remedio proponen ustedes contra ello? Pueden ustedes oponérsele ó suprimirla? No les pido que supriman su propia vida, que se suiciden. Qué ventajas nos proporcionaría eso?—sino suprimir toda la vida—no solo la vida humana, sino su oscura base ú origen, todo el haz de existencia que brota á la luz y que según ustedes se precipita en la desgracia. Les pido que supriman el deseo de vivir que vibra en toda la inmensidad, que supriman, en una palabra, la fuente de la vida, Pueden hacerlo? N6. Entonces déjennos en paz. Pues que nadie puede detener la vida, no es mejor aprender á estimarla y á emplearla que tratar de disgustar de ella á otros? Cuando uno sabe que tal ó cual comida es perjudicial á la salud, no la come. Y cuando cierto modo de pensar nos arrebatara nuestra fé, nuestra alegría, nuestra fuerza, debemos repudiarlo, seguros de que no tan solo es un alimento detestable para el ánimo, sino de que es falso. No existe la verdad para el hombre sino en las ideas humanitarias, y el pesimismo es una idea inhumana. Además carece tanto de modestia como de lógica. Para atreverse á declarar un mal esa prodigiosa cosa que se llama vida es preciso haberla apreciado en su fundamento—casi haberla hecho. Qué extraña actitud es la de ciertos grandes pensadores de la época actual! Obrar en verdad como si hubieran creado el mundo en su juventud, hace mucho tiempo, y ahora so hubieran convencido de que se habían equivocado.

Nutrámonos con otros alimentos, fortifiquemos nuestras almas con pensamientos elevados. Para el hombre, lo más verdadero es lo que más le vigoriza.

* * * * *

Si la humanidad vive de confianza, también vive de esperanza. La esperanza es aquella forma de la fé que enlaza el presente con el porvenir. Toda vida es un estado y una aspiración. Todo lo que existe supone un punto de partida y tiende hacia un punto de destino. Vivir es desenvolverse, pasar de un estado á otro: desenvolverse es aspirar. El inmenso desenvolvimiento ó cambio de estado es esperanza infinita! Hay esperanza en el fondo de todas las cosas, y esa esperanza está incrustada en el corazón del hombre. Sin esperanza no hay vida. El mismo poder que nos hizo ser nos incita á elevarnos más alto. Qué significa ese instinto tenaz que nos impulsa hacia el progreso? La verdadera significación es que debe resultar algo de la vida, algo que en ella misma se elabora, un bien mayor que ella, hacia el cual se dirige pausadamente, y que el hombre, que es quien siembra ese bien, debe como todos los que siembran algo contar con el mañana. La historia de la humanidad es una invencible esperanza. De otro modo se hubiera terminado hace tiempo. Para marchar bajo el peso de sus dolores, para guiarse en la oscuridad, para levantarse de sus caídas y erguirse sobre ruinas, para no abandonarse á la desesperación suicidándose, necesitaba la humanidad esperar siempre, y muchas veces contra toda probabilidad de esperanza. Es ése el cordial que nos sostiene. Si fuéramos siquiera lógicos hace tiempo que hubiéramos sacado esta consecuencia; la muerte tiene donde quiera la última palabra, y hace largo tiem-

po que esa idea hubiera debido matarnos. Pero tenemos esperanza, y es por eso que vivimos y creemos en la vida.

Suso, el monge grande y místico, uno de los hombres más sencillos que han vivido jamás, tenía una costumbre enternecedora. Siempre que se encontraba con una mujer, la más vieja y la más pobre, se hacía respetuosamente á un lado para dejarla pasar, aunque para hacerlo tuviera que poner sus pies desnudos entre espinas ó en un charco fangoso. «Lo hago,» decía «en señal de homenaje á nuestra Sra. la Virgen Maria.» Rindamos á la esperanza el mismo homenaje. Si la encontramos bajo la forma de una semilla de trigo que germina, de un pájaro que cria á sus hijuelos, de un pobre animal herido que cae, se levanta y continúa su camino, de un campesino que trabaja y siembra un campo devastado por la inundación ó el granizo, de una nación que lentamente repara sus pérdidas y restaña sus heridas, cualquiera que sea su humilde y compungido porte exterior, saludémosla! Cuando la encontremos en las leyendas, en las canciones antiguas, en las sencillas creencias, saludémosla de nuevo! Porque es siempre la misma, la inmortal, la indiscutible hija de Dios!

No nos atrevemos á esperar lo bastante. El hombre de estos días se ha hecho por demás tímido. El temor de la caída del cielo, ese zenit del miedo absurdo en que creían nuestros antepasados los galos, se ha introducido en nuestros corazones. Desconfía del oceano la gota de agua, ni el rayo de sol del astro de que proviene? Nuestra sabiduría senil ha realizado ese prodigio. Se asemeja á aquellos viejos y regañones pedagogos cuyo principal oficio consistía en incomodarse por los juegos y por los juveniles entusiasmos de sus discípulos. Es tiempo de que volvamos á ser niños;

de que volvamos á juntar las manos y á abrir los ojos grandes y llenos de admiración ante el misterio que nos rodea, á recordar que á despecho de nuestra ciencia sabemos muy poco, que el mundo es más grande que nuestro cerebro, y que debemos alegrarnos de ello, porque siendo tan prodigioso debe guardar así riquezas desconocidas, y le podemos conceder alguna confianza sin que se nos tache de imprevisos. No le tratemos como tratan los acreedores á los deudores insolventes. Debemos reanimar su valor y avivar la santa llama de la esperanza. Puesto que el sol sale siempre, puesto que la tierra produce siempre nuevos retoños, puesto que el pájaro hace siempre su nido, puesto que la madre sonríe siempre á su hijo, tengamos el valor de ser hombres y dejemos lo demás á Aquel que gobierna las estrellas. En cuanto á mí, desearía poder encontrar palabras de fuego para decir á todo el que siente su corazón desalentado en estos tiempos de desilusión: alza tu corazón, espera! Se engaña menos el que tiene la audacia de tener más esperanza.

La más ingenua esperanza está más cerca de la verdad que la más racional desesperación.

* * * * *

Otra fuente de luz en el camino de la humanidad es la bondad. Yo no soy de los que creen en la natural perfección del hombre, y enseñan que la sociedad le corrompe. De todas las formas del mal, es por el contrario la hereditaria la que más me desanima. Pero, algunas veces me pregunto como es que ese viejo virus, envenenado como está por viles instintos, por vicios inoculados en la sangre misma, y por toda esa masa de servilismos—legados del pasado—no ha acabado con nosotros. Es indudablemente que existe otra cosa. Esa otra cosa es la bondad.

Dado lo desconocido que flota sobre nuestras cabezas. nuestra razón tan limitada, el angustioso y contradictorio enigma de nuestros destinos, la mentira, los odios, la corrupción, el dolor y la muerte, qué podemos pensar? Qué hacer? A todas estas preguntas, una sublime y misteriosa voz ha contestado: sed buenos!

Es preciso, pues, que la bondad sea divina, como la confianza y la esperanza, cuando no puede morir teniendo tantos poderes contra ella. Tiene contra ella la nativa ferocidad de lo que puede llamarse la bestia en el hombre. Tiene contra ella la decepción, la fuerza, el interés y sobre todo la ingratitud. Porqué pasa blanca é intacta por en medio de tan encarnizados enemigos, como el profeta de la leyenda sagrada por entre los rugientes leones?

Es porque sus enemigos son creaciones de abajo mientras que la bondad es creación de arriba. Los cuernos, los dientes, las garras, los ojos resplandecientes de furor asesino, nada pueden contra el ala rápida que vuela hacia las alturas y escapa de ellos. Así escapa la bondad de las maquinaciones de sus enemigos. Ha hecho á veces más, en cuanto que ha alcanzado el hermoso triunfo de atraerse á sus perseguidores. Ha visto fieras, domesticadas por ella, echarse á sus piés y obedecer su ley.

En lo íntimo de la fé cristiana, la más sublime de sus doctrinas, para quien puede penetrar su profundo sentido, la más humana, es ésta: «para salvar la humanidad el Dios invisible vino á habitar entre nosotros bajo la forma de un hombre; y quiso ser conocido por el solo signo: amor».

Curadora, consoladora, dulce para el desgraciado, y hasta para el perverso, la bondad hace brotar la luz bajo sus pasos. La bondad ilumina y

simplifica. Ha escogido el papel más modesto—ligar heridas, enjugar lágrimas, aliviar la miseria, consolar los adoloridos corazones, perdonar y conciliar. Pero es de la bondad de lo que tenemos mayor necesidad. Por lo tanto, puesto que estamos buscando el mejor camino para hacer al pensamiento fructífero y sencillo, adaptado en realidad á nuestro destino humano, resumiremos el metodo en estas palabras: Tened confianza, esperanza, y sed bondadosos!

* * * * *

No intento desencantar de las grandes investigaciones ni disuadir á nadie de dedicarse á despejar el problema de lo desconocido: el ancho abismo de la ciencia y de la filosofía. Pero nos vemos obligados á volver de esas distantes excursiones al punto de partida, y amenudo, al mismo lugar en que caminabamos, sin resultado aparente. Hay condiciones en la vida y complicaciones sociales, en que el erudito, el pensador y el ignorante se encuentran en el mismo apuro para ver claro. La época presente nos ha presentado amenudo situaciones de ese género, y le garantizo al que siga nuestro método que pronto se convencerá de que es bueno.

Como en todo esto he rozado el terreno religioso, por lo menos en un sentido general, alguien puede quizás pretender de mí que diga en pocas palabras cual es á mi juicio la mejor religión, y me apresuro á explicarme sobre ese punto. Pero no sería mejor establecer esta pregunta como amenudo se la formula al inquirir cuál es la mejor religión? Todas las religiones tienen ciertas características determinadas y las cualidades y defectos que les son inherentes. Podría, por tanto, comparárselas entre sí si fuera necesario, pero con

esa comparación se mezclan siempre creencias arraigadas ó involuntaria parcialidad. Es mejor establecer la cuestión en otra forma, y preguntar: Es buena mi religión? Y de que modo podré convencerme de que es buena? He aquí la respuesta á esas preguntas: Su religión es buena si es vital y activa: si alimenta en usted el infinito valor de la existencia, de la confianza, de la esperanza y de la bondad: si está aliada con la mejor parte de usted contra la peor, y le demuestra incesantemente la necesidad de hacerse un hombre nuevo: si le hace comprender que el dolor es un liberador: si aumenta su respeto por la conciencia de los demás; si hace el perdón más fácil, la fortuna menos arrogante, el deber más apreciado, el más allá menos oscuro. Si eso hace, su religión es buena, cualquiera que sea su nombre. Por rudimentaria que sea, cuando cumple su cometido, viene de la auténtica fuente, y lo enlaza á usted con su semejante y con Dios.

Pero si le exita á creerse usted mejor que los demás, á ser insociable, á dominar sobre los demás creencias ó á hacerse usted mismo esclavo, á ahogar sus escrúpulos, á practicar un culto conforme á la moda, ó á hacer el bien interesadamente ó por temor de lo que pueda haber más allá de la tumba! Oh! entonces, sea que usted se diga discípulo de Buda, de Moisés, de Mahoma, ó del mismo Cristo, su religión no vale nada: lo aleja á usted de sus semejantes y de Dios!

Quizás no tenga yo derecho de hablar así; pero otros lo han hecho antes que yo, sobre todo aquel que respondió á la pregunta del escriba con la parábola del buen samaritano. Me atrincheró detrás de su autoridad.

CAPITULO IV.

La palabra sencilla.

El lenguaje es el gran órgano de manifestación del espíritu, la mas visible forma de que se reviste: según sea el pensamiento así es el discurso. Para uno reformar su vida en el sentido de la sencillez tiene que estar atento á lo que habla y á lo que escribe. Que la palabra sea sencilla como la idea que manifiesta y para que sea sincera, y para que sea apropiada, *piense rectamente; hable francamente.*

Las relaciones sociales tienen como base la confianza mutua, y esta confianza se nutre de la sinceridad de cada uno. Tan pronto como disminuye la sinceridad, se mengua la confianza, se resienten las afinidades, y la desconfianza se esboza. Esto es cierto lo mismo en el dominio de los intereses materiales que en el de los espirituales. Con gentes de quienes desconfiamos se hace tan difícil asociarnos para asuntos comerciales ó industriales, como para investigar una verdad científica ó establecer un entendido religioso ó hacer justicia. Cuando uno se ve obligado á verificar las palabras y las intenciones, creyendo que lo que se escribe y se dice tiene por objeto engañar y no servir la verdad, la vida se hace extremadamente complicada. Es lo mismo para todos. Hay muchos malévolos, diplomáticos que no juegan limpio y se aplican á engañarse mutuamente, y esa es la razón porqué cada cual se impone tanto trabajo para informarse por sí mismo en los casos más sencillos, y que para uno son no obstante de la mayor importancia. Probablemente lo que he dicho bastará para revelar mi pensamiento y la experiencia de cada cual le suministrará los comenta-

rios con amplias ilustraciones en su apoyo. Pero me siento por mi parte ansioso en dejar bien sentado ese punto, y en rodearle de ejemplos por mí mismo.

En otros tiempos los hombres disponían de pocos é insuficientes medios de comunicación entre sí. Era lógico suponer que perfeccionándose y aumentándose los medios de información se aumentaría la luz. Las naciones aprenderían á amarse mutuamente conociéndose mejor; los ciudadanos de un mismo país se sentirían enlazados por una hermandad más estrecha, más instruidos sobre todas las cosas referentes á la vida común. Cuando se crearon las obras impresas, exclamaron: *Fiat lux*, y con mayor razón cuando se extendió el hábito de la lectura y el gusto por los periódicos. Por qué no habían de razonar así: dos luces alumbran más que una, y mucho más que dos? Mientras más periódicos y más libros haya se conocerá mejor lo que pasa, y los que escriban la historia después de nosotros tendrán suerte; dispondrán de pletora de documentos, Nada parece más indiscutible. Pero ah! ellos basaban sus razonamientos en los medios sin contar con el elemento humano que es en todas partes el principal factor. Y sucedió que los sofistas, los astutos, los calumniadores, todos los individuos de lenguas relajadas que saben mejor que nadie jugar con la palabra y con la pluma, se aprovecharon ampliamente de todos esos medios de multiplicar y propagar las ideas. Cuál es el resultado? Que nuestros contemporáneos tropiezan con las mayores dificultades para conocer la verdad sobre sus propios intereses y sobre los acontecimientos actuales. En cambio de los pocos periódicos que se dedican á estrechar las relaciones internacionales esforzándose en dar á conocer los pueblos justicieramente y en estudiar-

los imparcialmente, cuántos otros que siembran la desconfianza y la calumnia! Cuántas corrientes ficticias y dañinas se crean en la opinión pública, con anécdotas falsas, é interpretaciones malévolas de hechos y de palabras! No sabemos mucho más sobre nuestros propios asuntos que sobre los de los países extranjeros: ni es fácil obtener informes desinteresados ni sobre los intereses comerciales ó de la industria ó de la agricultura, ni sobre los partidos políticos, las tendencias sociales ó sobre los hombres que dirigen la cosa pública. Mientras más se leen los periódicos ménos se sabe. Hay días en que después de haberlos leído, y admitiendo que uno crea lo que dicen, el lector se verá obligado á sacar esta conclusión: «Decididamente, no hay más que hombres depravados en todas partes. No hay más hombres íntegros que los cronistas de periódicos.» Pero esa última parte de la consecuencia está por sí misma desmentida. Los cronistas se devoran realmente los unos á los otros. El lector tiene ante sus ojos un espectáculo igual al representado en la caricatura que lleva por nombre el combate de las serpientes. Después de haberlo devorado todo á su alrededor los dos reptiles se embisten y empiezan á tragarse recíprocamente hasta que solo quedan dos rabos en el campo de batalla.

Y no es solo el hombre del pueblo el que se ve en esos apuros: también la gente educada, también casi todo el mundo. En política, en finanzas, en comercio, en las artes, la literatura y la religión se encuentran donde quiera manejos solapados, conspiraciones é intrigas. Hay una verdad para los profanos y otra para los iniciados. Se sigue de ahí que todos son engañados, porque aunque se pertenezca á una camarilla no se puede pertenecer á todas, y aquellos que con mas astucia engañan á

los demás son también engañados cuando se ven en la necesidad de contar con la sinceridad de alguno.

El resultado de esta clase de práctica es la degradación del lenguaje humano. Aparece degradado primero ante los ojos de los que lo usan como un instrumento vil. No hay lenguaje respetable para los polemistas, los críticos, los sofistas, ni para todos aquellos que están animados por la rabia de darse la razón ó por la pretensión de que sus intereses sean los únicos respetables. Su castigo está en verse obligados, á juzgar á los demás por la regla á que se ajustan ellos mismos, que es la siguiente: *decir lo que conviene y no lo que es verdad.*

No pueden creer en la seriedad de nadie. Molesto estado de ánimo por demás para el que escribe, habla ó enseña! Con cuánto desprecio deben mirar á sus oyentes y á sus lectores para atreverse á presentarse ante ellos con tales convicciones! Para quien ha conservado un fondo de honradez, nada es más repugnante que la ironía vertida por uno de esos acróbatas de la pluma ó de la palabra que trata de aumentar el número de sus víctimas con alguna otra gente, buena, pero demasiado confiada. De un lado, la resignación, la sinceridad, el deseo de instruirse, y del otro el truan que se burla del público. Pero no sabe él, el embustero, hasta donde se engaña á sí mismo. El capital de que vive es la confianza, y nada puede compararse á la confianza del vulgo como no sea la desconfianza que de él se apodera tan pronto como descubre que ha sido engañado. El público puede dejarse guiar durante algún tiempo por esos explotadores de la sensillez. Pero cuando su afecto se cambia en aversión, las puertas que antes se abrieron de par en par se encuentran cerradas para siempre y los oídos que antes escucharon

con deleite adolecen de incurable sordera. Ay! se cierran no solo para el mal sino que también para el bien! Y es ese el crimen de los que deforman y degradan el lenguaje. Conmueven y hacen flaquear la confianza general. Consideramos la depreciación del dinero como una calamidad, la pérdida del capital como la ruina del crédito, pero mayor desgracia que esa es la pérdida de la confianza, de ese crédito moral que las personas honradas se otorgan entre sí, y que hace que una palabra circule como moneda acuñada. Abajo los falsificadores, los especuladores, los financistas rastroeros, porque ellos nos hacen desconfiar hasta de la moneda del Estado! Abajo los farsantes de la pluma y de la palabra, porque ellos son los que destruyen la confianza hasta hacer que nadie crea más en nada ni á nadie, hasta hacer que el valor de lo que ellos dicen ó escriben se cotice al precio de los billetes de un banco en quiebra ó totalmente desacreditado!

Se puede por ahí apreciar lo urgente que es que cada cual se vijile á sí mismo, ponga coto á su lengua, cuide de su pluma, y aspire sinceramente á la sencillez. No más frases de doble sentido, no más circunlocuciones, no tantas reticencias y tergiversaciones! Solo sirven para embrollarnos. Sed hombres: tened una palabra! Una hora de sinceridad contribuye más al bienestar del mundo que siglos de disimulo y de diplomacia en la mentira.

* * * * *

Una palabra ahora en provecho de casa, dirigida especialmente á aquellos que tienen la superstición del lenguaje y de las demostraciones del estilo. Desde luego que no debemos hacer reproches á las personas que poseen una palabra elegante y una delicada literatura. Soy de opinión que nunca podemos decir demasiado bien lo que tengamos que

decir. Pero de ahí no se sigue que las cosas mejor dichas y las mejor escritas sean las mejores. Las palabras deben adaptarse al hecho y no hacer que uno lo pierda de vista á fuerza de adornos y relumbrones. Las cosas de más importancia son las que más ganan con ser dichas con sencillez, porque así se muestran tales como son. No eche Ud. sobre ellas ni el transparente velo de palabras escogidas, ni la sombra tan fatal á la verdad, á que se da el nombre de la vanidad del autor ó del orador. Nada es más vigoroso, nada es más persuasivo que la sencillez. Hay emociones sagradas, penas crueles, grandes sacrificios, entusiasmos apasionados, que una mirada, un gesto, un grito revelarán mejor que las frases más bellamente expresadas. La cualidad más preciosa del corazón humano se ha de mostrar lo más sencillamente. Para persuadir hay que ser verdadero, y ciertas verdades se entienden mejor si proceden de labios sencillos, y hasta enfermizos, que si proceden de locos cansados de hablar, ó que las proclaman con todo el vigor de los pulmones. Estas reglas convienen á todos en la vida ordinaria. Nadie puede imaginarse el provecho que puede sacar para su vida moral por la observación constante de este principio: ser verdadero, sabio, comedido en la expresión de sus sentimientos y de sus convicciones, lo mismo en privado que en público, nunca excederse de la medida, traducir fielmente lo que está en nosotros, y sobre todo recordar. Eso es lo principal.

Porque el peligro de las palabras bonitas está en que viven vida cómoda. Son los servidores distinguidos que han conservado sus títulos sin llenar las funciones de su empleo, como sucede en las cortes de los monarcas. «Ud. ha hablado bien, Ud. ha escrito bien, es suficiente y basta.»

Cuántos hombres ha habido que se satisfacían con hablar y que creían que eso les relevaba del deber. Y los que los han escuchado se contentaban con haberlos escuchado. Sucede así, que una vida puede consistir, en resumen, en algunos discursos bien expresados, algunos buenos libros y algunas buenas representaciones. En cuanto á practicar lo que con tanta autoridad predicán, rara vez piensan en ello. Y si pasamos del dominio de los hombres de talento á las capas inferiores que los de menor capacidad explotan, veremos en acción, en ese oscuro revoltillo, á los que creen que estamos sobre la tierra para hablar y para oír hablar, á la inmensa y desesperada multitud de charlatanes, de enredadores, que charlan y peroran, y siempre creen que no han hablado lo bastante. Se olvidan de que son los que hacen menos ruido los que más trabajan. Una máquina que gasta su vapor en silbar se encuentra sin él para mover sus ruedas. Por lo tanto, practica el silencio! Todo lo que se aborre de ruido se gana de fuerza!

* * * * *

Estas reflexiones nos conducen á un tema congénere, digno de ocupar nuestra atención. Me refiero á lo que podría llamarse exageración de lenguaje. Cuando uno estudia el pueblo de un país, se notan en él diferencias de temperamento de que participa el lenguaje. Aquí la población es hemática y tranquila; emplea diminutivos y palabras largas. En otra parte los temperamentos están bien equilibrados: vemos la palabra exactamente adaptada á la cosa. Pero más allá —efecto del sol, del aire, del vino, quizás de que una sangre más caliente corre en las venas— tienen «la cabeza á pájaros,» y el idioma se va á extremos; superlativos esmaltan el lenguaje, y para decir las cosas más

sencillas emplean los términos más retumbantes.

Si la forma del lenguaje varía según los climas, difiere también de acuerdo con las épocas. Compárese el lenguaje escrito y hablado en los actuales tiempos con el de ciertos otros períodos de nuestra historia. Bajo el «antiguo régimen» los hombres hablaban de otro modo que en tiempos de la revolución, y no es nuestro lenguaje el mismo que usaban los hombres de 1830-1848, ó del segundo Imperio. En general el lenguaje tiene ahora una forma más sencilla: no tenemos pelucas: no nos sentamos á poner en orden los encages de nuestros puños de camisa; pero un signo nos diferencia de casi todos nuestros antecesores, nuestra nerviosidad, el origen de todas nuestras exageraciones.

En estos excitados sistemas nerviosos, algo enfermos—y Dios sabe que ser nervioso no es ya un privilegio de la aristocracia—las palabras no producen el mismo efecto que en el hombre normal. Y en razón inversa, al hombre nervioso, la palabra sencilla no le satisface cuando trata de explicar lo que siente. En la vida ordinaria, en la vida pública, en la literatura y en el teatro, el lenguaje tranquilo y sólido ha cedido el lugar al de la violencia excesiva. Los medios que los novelistas y los comediantes han empleado para galvanizar el ánimo público y dominar su atención, se revelan en el rudimentario estado de nuestros más usuales conversaciones, en el estilo epistolar y sobre todo en la polémica. Nuestras formas de lenguaje son respecto de las del hombre tranquilo é imponente, lo que son nuestros escritos comparados con los de nuestros antepasados. Se le atribuyé á las plumas de acero. Si eso fuera verdad!

Los gansos nos salvarían. Pero el mal es más profundo, está en nosotros mismos. Tenemos los escritos de gente alucinada y enferma, mientras

que las plumas de nuestros padres trazaban los caracteres sobre el papel guiadas por una mano más tranquila y reposada. Estamos aquí de frente á uno de los resultados de esa vida moderna que es tan compleja y que en tan alto grado consume nuestra energía. Nos deja impacientes, sin aliento y en perpetua trepidación. Nuestra literatura como nuestro language, lo adivina y nos descubre. Del efecto volvamos á la causa, y apresurémonos á aprovecharnos de la advertencia que así se nos dá. Qué bien puede derivarse del hábito de exagerar nuestro language? Intérpretes infieles de nuestras impresiones, no podemos menos que inficionar el espíritu de nuestros compatriotas y el nuestro por nuestras exageraciones. La gente que continuamente exagera cesa de entenderse entre sí. El resultado de un language intemperante es irritación de disposiciones, violentas y estériles discusiones, juicios precipitados sin límite y los más graves excesos en educación y en relaciones sociales.

* * * * *

Permitáseme en este alegato en favor del language sencillo, formular un deseo cuya realización produciría el más feliz resultado. Aconsejo una literatura sencilla, no solo como uno de los mejores remedios para nuestras almas extenuadas, fatigadas, y hartas de excentricidades, sino como medida y base de unión social. Aconsejo también un arte sencillo. Nuestras artes y nuestra literatura están reservadas para los privilegiados de la fortuna y de la educación. Pero compréndaseme bien. Yo no le pido á los poetas, á los novelistas que desciendan de sus alturas para quedarse á medio camino y contentarse con la medianía, sino por el contrario que se eleven más alto. Es popular, no lo que agrada á cierta clase de sociedad á que de

común acuerdo se da el nombre de popular. Lo popular es lo que es común á todos y lo que los enlaza. Las fuentes de inspiración de que puede brotar un arte sencillo están en las profundidades del corazón humano: en las eternas realidades de la vida ante las cuales todos somos iguales, Y los órganos del lenguaje popular deben buscarse en el pequeño número de formas vigorosas y sencillas que expresan los sentimientos elementales y las más poderosas líneas del destino humano. Ahí hay verdad, grandeza é inmortalidad. No hay en ese ideal medios para inflamar la juventud que, sintiendo el ardor del bello y sagrado fuego, conoce la piedad y prefiere al desdeñoso adagio, «*Odi profanum vulgus*» aquella frase mucho mas humana, «*Miserere super turbam?*» En cuanto á mí, no tengo ninguna autoridad artística, pero entre la multitud en que vivo tengo derecho para dirigir mi voz á los que tienen talento y decirles: «Trabajad para los que están olvidados. Hacedos entender de los humildes. Con eso realizarán Uds. una obra de libertad y de pacificación: con eso abrirán de nuevo las fuentes en que los antiguos maestros bebieron su inspiración, esos maestros cuyas creaciones han desafiado las edades, porque sabían revestir su genio con el ropaje modesto, pero viril y aseado de la sencillez.»

CAPITULO V.

EL DEBER SENCILLO.

Cuando hablamos á los niños de algún asunto que los fastidia, le muestran á uno, arriba, en los tejados, alguna paloma que alimenta á sus pequeñuelos, ó abajo en la calle á un cochero ó carretero que maltrata su caballo. Algunas veces también picarescamente hacen algunas de esas grandes preguntas.

que ponen en tortura el ánimo de los padres, y todo con el fin de desviar la atención del asunto que les desagrada. Temo que seamos niños grandes ante el deber y que cuando de él se trata, nosotros también busquemos subterfugios para apartarlo de nuestra imaginación.

El primer subterfugio es preguntarse uno mismo si en realidad hay un deber general, ó si esa palabra no representa una de las numerosas ilusiones que albergaban nuestros antepasados. Porque en realidad, el deber presupone libertad, y la cuestión de libertad nos lleva hacia las regiones de la metafísica. ¿Cómo podemos hablar de deber mientras el grave problema del libre albedrío no esté resuelto? Teóricamente no hay nada que objetar á eso. Y si la vida fuera una teoría, si estuviésemos aquí para elaborar el sistema completo del universo, sería absurdo ocuparnos del deber antes de haber demostrado la libertad, fijando sus condiciones y sus límites.

Pero la vida no es una teoría. Sobre este punto de moral práctica, como sobre todos los demás, la vida se ha anticipado á la teoría y no hay razón para creer que nunca le ceda la precedencia. Esta libertad, convengo que relativa, como todo lo demás que conocemos, este deber cuya existencia ponemos en duda, es no obstante la base de todos los juicios que hacemos sobre nosotros y sobre nuestros semejantes. Nos tratamos mutuamente como responsables hasta cierto grado de nuestras acciones y gestos.

El más rematado teórico, tan pronto como no trata de su teoría, no tiene ningún escrúpulo en aprobar ó desaprobar los actos de los demás, en trabajar en contra de sus enemigos, en apelar á la generosidad y á la justicia de aquellos á quienes quiere disuadir de una acción indigna. Lo mismo que

no puede despojarse uno de la conciencia de tiempo y espacio, no puede despojarse del sentimiento de la obligación moral, y del de que debemos resignarnos á seguir adelante antes de aprender á definir el espacio que atravesamos y el tiempo que regula nuestros movimientos: también tenemos que someternos á la obligación moral antes de haber tocado sus profundas raíces. La ley moral domina al hombre sea que éste la respete ó la viole. Considérese la vida diaria. Todos están dispuestos á tirar la piedra sobre aquel que no cumple un deber evidente, aun cuando éste alegue que no ha obtenido sobre él la certidumbre filosófica. Todos le dirán y tendrán mil veces razón en decirselo: «Señor, antes que todo uno es hombre. Cumpla como hombre primero: luego cumpla su deber de ciudadano, de padre, de hijo, y después vuelva á entregarse á sus meditaciones.»

Al mismo tiempo entendámonos. Yo no intento disuadir á nadie de sus filosóficas investigaciones, de su escrupulosa pesquisa tras los fundamentos de la moralidad. Ningún pensamiento que guíe al hombre en esos graves estudios puede ser ni indiferente ni inútil. Nosotros no hacemos más que desafiar al pensador á que pueda esperar hasta haber encontrado esos fundamentos para ejecutar un acto de humanidad, de honradez ó de picardía, de valor ó de cobardía. Y, sobre todo, deseamos formular una respuesta, bastante buena para oponerla á las personas mal intencionadas que nunca han sido filósofos, para oponérsela á nosotros mismos cuando deseemos invocar nuestro dudoso estado de filosofía para justificar nuestros fracasos prácticos. El argumento no deja escapatoria.

Pero poco conocedor sería de los recursos del corazón humano quién creyese en el efecto de semejante respuesta. Puede no admitir réplica, pero

apesar de ello no puede impedir que se susciten otras cuestiones. El número de los pretextos para apartarnos de la senda del deber es tan infinito como las arenas del mar y las estrellas del cielo.

Por tanto, exceptuamos el deber oscuro, el deber dificultoso, y el deber contradictorio. Esas son ciertamente palabras que evocan penosos recuerdos. Qué puede haber de más duro, que adorando el deber, dudar de la vía, sentirse en la oscuridad y verse entregado á las diferentes sollicitaciones de varios poderosos motivos de igual peso, ó hallarse en frente de un deber gigantesco, de esos deberes monstruosos que superan nuestras fuerzas. Y se dan casos. No negaremos ni discutiremos que hay un trágico elemento en ciertos acontecimientos, y situaciones desesperantes en ciertas vidas. Sin embargo, es raro que el deber tenga que alumbrar tal conflicto de circunstancias. Debe surgir del ánimo como el rayo de las nubes. Tan formidables choques son excepcionales. Tanto mejor si los sabemos soportar cuando llegan, pero si nadie se sorprende de que el cedro sea desarraigado por la tempestad, ó de que un viagero tropiece de noche en un camino desconocido, ó de que un soldado sea vencido cuando se halla cojido entre dos fuegos, nadie debe condenar sin apelación á los que han sucumbido en esas luchas sobrenaturales. Sucumbir bajo el número y los obstáculos jamás ha constituido deshonra.

Por tanto, recibiré en mis brazos á los que se parapan tras la inexpugnable muralla del deber oscuro, complejo ó contradictorio. Por el momento no es eso lo que preocupa mi ánimo. Es del deber sencillo, casi pudiera llamarse el deber fácil, del que deseo hablarles.

* * * * *

Tenemos en el año tres ó cuatro grandes días de fiesta y muchos días ordinarios. Así mismo en la vida hay algunos grandes y rudos combates que librar, al par que una multitud de evidentes y sencillos deberes. Y mientras en los grandes conflictos nuestra actitud es generalmente correcta, es precisamente en los casos pequeños en donde se nos vé flaquear. Sin temor de que una forma paradógica me distraiga de mi pensamiento, declararé pues: lo esencial es cumplir el deber sencillo, consagrarse uno á la justicia elemental. En general los que pierden su alma no la pierden por dejar de cumplir deberes difíciles y no realizar imposibles, sino porque se descuidan de su deber sencillo.

Ilustremos esta verdad con ejemplos. El que se dedica á observar á los pobres y á los humildes no tarda en descubrir grandes dolores morales y físicos. Mientras más penetra en esa vida, más heridas descubre y llega el momento en que el mundo de los míseros se le presenta como una inmensa y oscura creación ante la cual el individuo con sus escasos medios de alivio aparece reducido á la impotencia. Es verdad que se siente ansioso de hacer esfuerzos por abandonar el antro, pero al mismo tiempo se dice: «A qué conduce?» El caso es verdaderamente angustioso. Algunos resuelven la cuestión decidiéndose por desesperación á no hacer nada. Permanecen pues estériles, pero no por falta de piedad ni de buenas intenciones. Hacen mal. Amenudo el hombre no tiene medios de hacer el bien en conjunto, pero esa no es una razón para que no lo haga en detalle. Muchos individuos dejan de hacer algo porque según ellos es mucho lo que hay que hacer. Necesitan que se les exite al deber sencillo. Este deber es el siguiente, en el caso á que nos referimos: que cada uno, según sus recursos, su tiempo y sus capacidades

trate de entablar amistad con esos desheredados. Hay gente que haciendo uso de una poca de voluntad logran introducirse en los círculos de los ministros y tener acceso en la sociedad de los jefes del Estado. Por qué pues no podrían todos entablar relaciones con la gente pobre y enlazar amistad con esos desgraciados que carecen de lo necesario? Una vez en relación con algunas familias, y en conocimiento de su historia, de sus antecedentes y de sus penas, podría serles usted de gran utilidad haciendo sencillamente lo que pudiera, practicando la fraternidad bajo la forma de socorro material y moral. No habría usted á la verdad atacado más que un pequeño reducto, pero habría usted hecho lo que habría podido, y tal vez si atraídos por su ejemplo otros harían también lo que pudieran. Obrando en esa forma, en vez de simplemente constatar que existe mucha miseria en el mundo, mucho odio disimulado, mucha desunión, mucho vicio, hubiera usted hecho algo por mejorar ese estado, introduciendo algo de bueno en él. Y por muy corto que sea el número de las buenas voluntades que imiten la suya, el bien se acrecentaría y el mal disminuiría en proporción. Pero aun le dejaran á usted solo al hacer lo que ha hecho, usted podría testificar que ha hecho la única cosa razonable, cumplir el deber sencillo é infantil que le correspondía. Ahora bien, al hacer eso ha descubierto usted una de las formas de bien vivir.

La ambición humana sueña con vastos proyectos, pero rara vez nos es dado hacer grandes cosas, y aún los éxitos más seguros y rápidos son casi siempre el resultado de una paciente preparación. La lealtad en las cosas pequeñas es la base de todo lo grande que se realiza. Amenudo nos olvidamos de ello. Y sin embargo, si hay alguna verdad cuyo conocimiento nos sea necesario, es esa, sobre todo

en los momentos de dolor y de peligro en la existencia. Uno puede salvarse en un naufragio en una tabla, un reino, ó un pedazo de viga. En el océano tumultuoso de la vida, cuando todo parece haberse despedazado en átomos, recuérdese que uno solo de esos pobres átomos esparcidos puede convertirse en nuestra tabla de salvación. La desmoralización consiste en despreciar esas partículas.

Ud. se ha arruinado, ó sufre un gran dolor, ó quizás acaba de ver destruido ante sus ojos el fruto de un laborioso trabajo. Es imposible reconstruir su fortuna, resucitar al ser amado, ó salvar su pérdida labor. Y ante lo irreparable se postran sus brazos. Se descuida Ud. de su persona: de atender á su casa, de velar sobre sus hijos. Eso es perdonable, y cuán bien lo comprendemos! Pero es muy peligroso. Abandonarse así transforma el mal sufrido en otro peor. Creyendo que no tiene ya mas que perder deja Ud. perder lo que le queda. Reuna los fragmentos de sus bienes: cuide escrupulosamente de los restos salvados. Y pronto ese poco lo consolará. El esfuerzo en ejercicio nos ayuda, mientras que el esfuerzo paralizado nos perjudica. Si solo queda una rama de que Ud. pueda agarrarse, agárrese de esa rama, y si solo queda Ud. para defender una buena causa, que parece perdida, no arroje sus armas para reunirse á los fugitivos. Después del diluvio un pequeño número de personas vuelven á poblar el mundo. El porvenir parece á veces depender de una sola cabeza, como sucede que una vida parece pendiente de un hilo. Inspírese en la historia y en la naturaleza: ambas le enseñarán en sus laboriosas evoluciones, que las calamidades como la prosperidad pueden provenir de las mas pequeñas causas, que no es prudente descuidar detalles, y que sobre todo hay que saber esperar, y saber comenzar de nuevo.

Al hablar del deber sencillo no puedo abstenerme de pensar en la vida militar, y en los ejemplos que ofrece á los combatientes en la gran batalla que es la vida. El que cuando su ejército ha sido batido, se abstiene de cepillar sus vestidos, de limpiar su fusil, y de observar la disciplina, entiende bien poco de su deber como soldado.

«Para qué?» puede Ud. decir. «Con qué objeto?» No hay muchas maneras de ser derrotado? Puede ser asunto baladí aumentar la desanimación el desorden y la general desorganización, por haber sido batido? No: nunca debemos olvidar que el más pequeño acto de energía en esos terribles momentos es como una luz en las tinieblas. Es un signo de vida y de esperanza. Todos se dan cuenta á la vez de que no todo está perdido.

Durante la desastrosa retirada de 1813-1814, en medio del invierno, cuando tenía que ser casi imposible conservar alguna presencia de ánimo, no recuerdo que general se presentó una mañana á Napoleón I bien vestido y acabado de afeitarse. Viéndole así, en medio de la general confusión, vestido como para una revista, el emperador le dijo:

General, es Ud. un valiente!

* * * * *

El deber sencillo es lo más cercano. Una debilidad común priva á mucha gente de hallar interesante lo que está más cerca de ellos. Lo distante, por el contrario, los atrae y los encanta. Así se gasta inútilmente una enorme cantidad de buena voluntad. Nos mostramos apasionados por la humanidad, por el bien público, por distantes desgracias, marchando á través de la vida con los ojos fijos en los objetos maravillosos que nos cautivan más allá de los confines del horizonte, mientras que pisamos al transeunte ó nos codeamos con él sin hacerle caso.

Es una singular dolencia la que nos priva de ver á los que están delante de nosotros. Muchos han leído mucho, viajado mucho, pero no colocan á sus conciudadanos, ni grandes, ni pequeños. Viven gracias al esfuerzo de una cantidad de seres cuyo destino les es completamente indiferente. Ni los que los enseñan, los instruyen, los gobiernan, ni los que los sirven, proveen, alimentan, les han jamás merecido la menor atención. Que haya ninguna clase de ingratitud en no conocer á nuestros obreros y á nuestros sirvientes, á los pocos seres que tienen indispensables relaciones sociales con nosotros, es cosa que jamás se les ocurre. Algunos van más lejos. Para algunas mujeres el marido nada representa y viceversa. Hay padres que no conocen á sus hijos. Su desarrollo, sus ideas, los peligros que pueden correr, las esperanzas que puedan abrigar son para los padres cosas desconocidas. Muchos hijos no conocen á sus padres, y jamás se han preocupado de sus penas, de sus luchas, ni se han dado cuenta de sus intenciones. No me refiero á las familias desunidas, á esos tristes hogares donde las relaciones son pura apariencia, sino á las familias honradas compuestas de gente buena. Estas personas pecan solo por muy preocupadas. Cada una funda su interés en otra cosa que le absorbe todo su tiempo. El deber distante, no niego que muy atractivo, las preocupa enteramente, y no se dan cuenta del deber más próximo. Temo que pierdan su trabajo. La base de operación de cada uno debe ser el campo de su deber inmediato. Descúidese esa base, y todas las cosas ulteriores que se emprendan, resultarán fracasadas. Pertenézcase, por tanto, primero á su patria, á su ciudad, á su casa, á su iglesia, á su taller, y si hubiere tiempo, váyase después más allá. Es la marcha sencilla y natural que se debe seguir. Mu-

chas son las malas razones que ha tenido que darse un hombre para haber emprendido la marcha opuesta. El resultado en definitiva de tan anormal estado de cosas y confusión de deberes, es que se les embrolla, y se atiende á lo que no tiene derecho de ser atendido. Cada uno se ocupa de lo que no le pertenece, y, ausente de su puesto, desconoce lo correspondiente á su oficio. Sería no obstante, todo tan sencillo, si cada uno se ocupase de lo que le concierne!

* * * * *

Otra forma del deber sencillo: Cuando se ha causado un perjuicio, quién debe repararlo? El que lo produjo. Eso es justo, pero es solo teórico. Y la consecuencia de esa teoría tendría que ser que deberíamos permitir que el mal exista hasta que se halla encontrado á los malhechores que deben reparar el perjuicio. Pero, y si no los encontramos? Ó si no quieren ó no pueden reparar el perjuicio?

Se moja Ud. á causa de una gotera, ó el viento entra en su habitación por una celosía rota. Esperará Ud. para hacer venir al tejador ó al vidriero hasta que haya sido arrestado el que rompió la teja ó la celosía? Eso le parecería absurdo, no es cierto? Es no obstante, lo que se practica ordinariamente. Los niños gritan indignados. «Yo no tiré al suelo ese objeto, y no lo recojeré.» Y la mayor parte de los hombres razona del mismo modo. Eso es lógica. Pero no es la clase de lógica que hace adelantar el mundo.

Lo que debemos saber, por el contrario, y lo que la vida nos manifiesta diariamente, es que el perjuicio que unos causan, otros son los que lo reparan. Algunos destruyen, otros edifican; algunos ensucian, otros limpian; algunos suscitan luchas, otros restablecen la paz; algunos hacen que

corran lágrimas, otros proporcionan consuelo; algunos viven de la iniquidad, mientras que otros mueren por la justicia. Y es en el cumplimiento de esta dolorosa ley que consiste la salvación. Es también lógica, pero de esa lógica positiva, que hace que palidezca la de las teorías. La consecuencia no es dudosa. Un hombre de corazón sencillo hace la deducción siguiente: Dado el mal, lo importante es repararlo y esto sin pérdida de tiempo.» Tanto mejor si los malhechores ayudan á esta reparación, pero la experiencia demuestra que no hay que contar mucho con su cooperación.

* * * * *

Pero como quiera que se nos presente el deber sencillo, debemos tener la fuerza de cumplirlo. En qué consiste esa fuerza y de dónde se la saca? Nunca debe uno cansarse de repetirlo. El deber es un enemigo del hombre y un enemigo importuno en tanto que solo se nos aparece como una imposición externa. Cuando se presenta en la puerta se escapa el hombre por la ventana, y si le cierra la ventana huye el hombre por el techo. Mientras mejor se le descubre más fácilmente se le evita. ¡Ay! Si el gendarme apresa el fugitivo, todo lo que puede hacer es llevarlo á la estación de policía y amenudo no por el mejor camino. Para que el hombre cumpla con su deber es preciso que se vea impelido por otra fuerza que no sea la que manda: «Haz esto, haz aquello; evita esto, evita aquello; si no, atente á las consecuencias.»

Esta fuerza interior es el amor. Cuando un hombre odia su oficio ó su ocupación ó los practica con descuido, todos los poderes del mundo serían impotentes para hacerle trabajar con buena voluntad. Pero el que ama su oficio lleva la fuerza en sí mismo. No solo no sería posible detenerlo, sino que sería imposible apartarlo de él. Lo mismo

sucede con todo. Lo importante es haber sentido lo que es lo más santo y lo más inmortalmente bello en nuestro destino: haber aprendido por una serie de experiencias á amar esta vida por sus dolores y sus esperanzas, á amar á la humanidad por sus pequeñeces y sus noblezas, y á pertenecer á ella por el corazón, la inteligencia y la compasión. Entonces se apodera de nosotros una fuerza desconocida, como se apodera el viento de las velas de un buque, y nos empuja hacia la piedad y la justicia. Y cediendo á la fuerza irresistible de la brisa, decimos: «No puedo hacer otra cosa, es más fuerte que yo.»

Al expresarse así el hombre de todas las edades y de todos los centros se refiere á un poder superior al del hombre, pero que puede existir en el corazón de los hombres. Todo lo que es realmente noble y digno se revela como una manifestación de este misterio que está fuera de nuestro alcance comprender.

Los grandes sentimientos, como las grandes ideas, como las grandes acciones, proceden de inspiración. Cuando el árbol enverdece y da su fruto, es porque saca del suelo sus fuerzas vitales y recibe del sol luz y calor. Si un hombre, en su humilde condición, entre errores inevitables é ignorancia, se consagra sinceramente á su labor, es porque está en contacto con la eterna fuente de bondad. Esta fuerza central se manifiesta bajo mil diversas formas. Algunas veces es indomable energía, otras ternura acariciadora, otras espíritu militante que ataca y destruye el mal, otras solicitud maternal que recoge al borde del camino, donde amenudo se encuentra perdida, alguna vida ahogada y olvidada, otras la humilde paciencia de largas investigaciones. Pero todo lo que toca lleva impreso su sello, y los hombres animados por ella sien-

ten que es por ella que somos y que existimos. Servirla constituye su dicha y su recompensa. Les basta servirle de instrumento y se les importa poco de la deslumbrante apariencia de su función en la vida, sabiendo bien que nada es grande ni nada es pequeño, pero que nuestras acciones y nuestra vida solo valen segun el espíritu que las penetra é inspira.

CAPITULO VI.

LAS NECESIDADES SENCILLAS.

Cuando le compramos un pájaro al vendedor de pájaros, el buen hombre nos instruye en pocas palabras de lo que debemos hacer por nuestro pensionista, y en ellas concreta lo que se refiere á higiene, alimento y descanso. Para resumir en la misma forma las necesidades esenciales de la mayor parte de los seres bastarán unas cuantas indicaciones sumarias. Su regla es en general de una extrema sencillez, y en tanto cuanto se la observa se mantiene uno en buena salud, como los hijos que obedecen á la Madre Naturaleza. Olvídese y las complicaciones se presentan, la salud se altera y la alegría desaparece. Solo la vida sencilla y natural puede mantener un organismo en su completo vigor, Por olvidarnos de este principio elemental, caemos en extrañas aberraciones.

Qué necesita un hombre para su vida material en las mejores condiciones posibles? Alimento y habitación saludables, vestidos sencillos, aire y movimiento. No entraré en detalles de higiene, ni en confección de comidas, ni indicaré qué clase de casa debe el hombre habitar, ni cual debe ser el corte de sus vestidos. Mi objeto es señalar una dirección y expresar las ventajas que hay para

cada uno en ordenar su vida en un espíritu de sencillez. Para asegurarnos de que este espíritu no impera lo bastante en nuestra vida social basta darse cuenta de cómo viven los hombres de todas las clases. Haced á diferentes individuos de distintas clases de vida esta pregunta: ¿Qué necesita Ud. para vivir? Y verá lo que le contestarán. No hay nada más instructivo que esa indagación.

Para algunos refinados parisienses, no hay vida posible fuera de cierta región circunscrita por algunos bulevares. Allí el aire es respirable, la luz brillante, la temperatura normal, la cocina clásica, y bueno todo lo que se desea de tantas otras cosas sin las cuales casi no valdría la pena de pasearse por esta nuestra máquina redonda: allí el mundo!

En las diferentes gradas de la escala burguesa, la pregunta sobre sus necesidades es contestada por una cifra que varía, según el grado de ambición ó de educación, y por educación se entiende la mayoría de las veces los hábitos externos de vida, el modo de habitación, de comida ó de vestido, una educación enteramente superficial. Dada cierta renta, de interés ó de salario, la vida se hace posible, sin ella resulta imposible. Hemos visto gente suicidarse porque sus medios han bajado de cierto minimum. Prefirieron desaparecer á moderarse en sus costumbres. Nótese, que el sobrante, causa de su desesperación, habria sido suficiente para otros de necesidades menos costosas, y envidiable para gente de gustos modestos.

En las montañas la flora varía según la altura. Hay la zona de cultivo, la de los bosques, la de los pastos, y la de las rocas desnudas y de los hielos. Al salir de cierta zona no hallamos más trigales y los viñedos prosperan. El roble no crece en una llanura relativamente baja y los pinos viven frondosos en considerables alturas. La vida humana con sus

necesidades recuerda esos fenómenos de vegetación.

A cierta altura de fortuna vemos al financista, al clubista, á los sibaritas, en una palabra á todos aquellos para quienes la estricta necesidad constituye cierto número de servidores, de equipajes, así como varias residencias dentro y fuera de la ciudad. Un poco más abajo vemos á los burgueses, buena gente con sus discretas maneras y hábitos. Vemos en otras regiones, la comodidad, el mediano ó modesto pasar de categorías de exigencias muy desiguales. Viene luego el pueblo bajo, los artesanos, los obreros, los campesinos, la masa cuya vida en realidad es dura y enteca como la del pasto en la cima de las montañas, allá donde las especies mayores del reino vegetal no encuentran alimento. En todas las diferentes jurisdicciones de la sociedad se les encuentra: Y los que ahí existen son hombres como los demás. Parece extraño que entre seres semejantes se puedan dar diferencias tan prodigiosas en las necesidades. Y aquí cesa la analogía de nuestra comparación. Las plantas y los animales de la misma familia tienen idénticas necesidades. La vida humana nos presenta ejemplos enteramente contrarios. Qué consecuencia debemos sacar, sino la de que hay una considerable elasticidad en la naturaleza y en el número de nuestras necesidades?

* * * * *

Es útil, es favorable al desarrollo de la dicha industrial, á los desarrollos y á la dicha de la sociedad, que el hombre tenga una multitud de necesidades y se aplique á satisfacerlas? Pero, antes de todo, estableceremos de nuevo nuestra comparación con los seres inferiores. Cuando sus necesidades esenciales están satisfechas viven contentos. Sucede lo mismo con la humana sociedad?

No. En todas las escalas comprobamos el descontento y la inconformidad. Esceptúo por completo aquí á los que carecen de lo necesario. No se podría sin injusticia asimilar á los inconformes á aquellos á quienes el frio, el hambre y la desnudez hacen gemir. Me refiero tan solo á la multitud de gente que vive en condiciones que pueden llamarse soportables. De qué procede su inconformidad? Porqué se la encuentra no solo entre la gente cuya condición, aunque modesta es tolerable, sino en escalas cada vez más refinadas, hasta en la opulencia y en la cima de las condiciones sociales?

Hablan del majestuoso burgués. Quienes hablan de ellos? Los que juzgando del exterior creen que, dado el tiempo que han empleado en hacer dinero deben realmente considerar tener suficiente. Pero lo piensan ellos de sí mismos? Ni por asomo. Si son gente rica y satisfecha, cuéntese de seguro que no están satisfechos porque son ricos, sino porque han aprendido á sentirse satisfechos. Un animal está satisfecho cuando ha comido. Se echa y se duerme. También un hombre puede acostarse y dormir hasta cierto tiempo; pero eso no dura mucho; se acostumbra á su bienestar, se hastía y aspira á otro mayor. El apetito no se le satisface al hombre por la comida: le viene comiendo. Podrá parecer absurdo, pero es la absoluta verdad.

Y el hecho de que los que se quejan son casi siempre los que tendrían más razones para mostrarse satisfechos, prueba claramente que la dicha no es correlativa con el número de nuestras necesidades y con el celo que empleamos en fomentarlas. Todos tienen interés en conocer esta verdad por sí mismos. El que no lo hace, el que por carecer de energía no trata de limitar sus ambiciones,

corre riesgo de resbalar insensiblemente en la pendiente de los insaciables deseos.

El hombre que vive para comer, para beber, para dormir, para vestirse, para viajar, para darse en una palabra todo lo que se puede dar á sí mismo, séase el lazzaroni que vive acostado al sol, séase el borracho, el burgués, el goloso, la mujer absorbida en su tocado, el genial camarada de la gente baja, ó el dandy aristocrático, ó séase el simplemente voluptuoso, por más que tenga buen corazón, aunque demasiado dócil á las necesidades materiales, ese hombre, decimos, ha entrado en la pendiente del deseo insaciable, y esa pendiente es fatal. Los que resbalan por ella obedecen á las mismas leyes que obedecen los cuerpos que descienden en un plano inclinado. Presa de una ilusión que se renueva incesantemente, se dicen á sí mismos. » Aun algunos pasos más, los últimos para alcanzar allá abajo el objeto que despierta nuestro deseo, y después nos detendremos. » Pero la velocidad los arrastra hacia delante.

Mientras más lejos van menos pueden resistir.

Ese es el secreto de la agitación, de la locura que domina á muchos de nuestros contemporáneos. Habiendo sometido su voluntad á la esclavitud de sus apetitos reciben el castigo de sus obras. Son presa de deseos salvajes é implacables, que devoran sus carnes, calcinan sus huesos, corrompen su sangre, sin sentirse jamás satisfechos. No estoy predicando aquí una moral trascendental. Pongo atención al discurso de la vida, y anoto algunas de las verdades que el éco repite por todos los ámbitos de la tierra.

La borrachera, tan ingeniosa en inventar nuevas bebidas, ha encontrado los medios de apagar la sed? No, podría llamársela por el contrario el arte de prolongar la sed y de hacerla inextinguible.

Embota la depravación el aguijón de nuestros sentidos? No: lo exaspera y convierte el deseo natural en una obsesión morbosa, en una idea fija. Consiéntase en que las necesidades se impongan y alimentéselas, y se las verá aumentar como á los insectos en el sol. Mientras más las mimas Ud. más le exigen. Es un insensato el que busca la dicha en el solo bienestar. Sería tan fácil como emprender llenar el tonel de las Danaïdes. Los que tienen millones desean más millones: los que tienen miles desean más miles. Otros penan por piezas de veinte francos ó de cien céntimos. Cuando tienen un pollo en el caldero quieren un ganso; cuando tienen el ganso quieren un pavo, y así en adelante. Hay muchos pequeños que quieren imitar á los grandes; demasiados pequeños empleados que quieren ser clubistas y vivir como grandes rentistas, y en la clase de los acomodados y de los ricos muchos olvidan que lo que poseen podrían emplearlo mejor que en proporcionarse toda clase de placeres para hallarse al fin con que nunca encuentran tener bastantes. Nuestras necesidades, de servidores que debían ser, se han convertido en una muchedumbre turbulenta é indisciplinada, en una legión de tiranos solapados. La mejor comparación que puede hacerse del hombre esclavo de sus necesidades es con un oso que tiene un anillo en la nariz por cuyo medio se le hace bailar cuando uno quiere. La comparación no es halagadora, pero hay que admitir que es verdadera. Son sus necesidades las que arrastran á tantos hombres á batirse, á vociferar y á hablar de libertad, de progreso y de no sé cuantas cosas más. No saben cómo dar un paso en la vida sin informarse si eso no le desagradará á sus amos. Cuántos hombres y mujeres han ido bajando cada vez más hacia la crápula, por la solá razón de que tenían muchas necesidades y no podían resignarse á vivir

sencillamente! Hay muchos pensionarios en las celdas de las prisiones que podrían revelarnos muchas cosas sobre los peligros de las necesidades demasiado costosas.

* * * * *

Permítaseme contar aquí la historia de un buen hombre á quien conocí. Amaba tiernamente á su mujer y á sus hijos, y vivía en Francia del producto de su trabajo con bastante holgura, pero que no bastaba á satisfacer las necesidades de su esposa. Siempre escaso de dinero, habiéndole sido posible vivir holgadamente con un poco de sencillez, acabó por desterrarse á una colonia distante donde gana mucho dinero, separándose de su familia y de su patria. Yo no sé lo que ese desgraciado pensará allí, tan lejos; pero su familia goza de mejor habitación, de mejores vestidos y de un casi equipage. Por momentos su satisfacción es extrema. Pero pronto se acostumbrará á ese lujo, que después de todo es rudimentario. Dentro de poco, la señora encontrará que su mueblaje es humilde y su coche pobre. Si ese hombre ama á su mujer, como no podemos dudar que la ama, tendrá que emigrar á la luna en busca de mejor salario. En otras ocasiones los papeles se truecan, y son la mujer y los hijos los que se ven sacrificados á las voraces necesidades del jefe de la familia, cuya vida desordenada, el juego y muchas otras locuras costosas le hacen olvidar sus deberes. Entre sus apetitos y su posición paternal se ha decidido por la primera y poco á poco lo va invadiendo el más vil egoísmo.

Este olvido de toda dignidad, esta parálisis progresiva de los nobles sentimientos no se presenta solo entre los disipados de la alta clase. Conozco muchas familias en donde podría reinar la dicha,

pero en donde solo hay una pobre madre de familia agoviada de pesares y de trabajo día y noche, niños descalzos, y amenudo gran ansiedad respecto del pan cotidiano. Porqué? Porque el padre ha de disponer de mucho dinero. Sin hablar del gasto en alcohol, que todos saben las proporciones á que ha alcanzado en los últimos años. Las sumas desaparecidas en ese poderoso abismo son fabulosas, duplican el rescate de la guerra de 1870. Cuántas necesidades legítimas podrían atenderse con lo que se desperdicia en necesidades ficticias! El reinado de las necesidades no es al mismo tiempo el de la fraternidad, muy al contrario. Mientras más cosas necesita el hombre para sí mismo, menos hará por su semejante, y aun por aquellos á quienes le unen los lazos de la sangre.

* * * * *

Disminución de dicha. de independenciam, de delicadeza moral, y hasta de los sentimientos de solidaridad, es el resultado del reinado de las necesidades. Se podría añadir una multitud de otros males, de los cuales no es el menor el hacer peligrar la fortuna y la salud públicas. Las sociedades que tienen las mayores necesidades se absorben en el presente, y sacrifican las conquistas del pasado y del inmortal porvenir. Después de nosotros el diluvio! Arrasar los bosques para posesionarse del dinero que valen, comerse su trigo en la tierna espiga, destruir en un día el fruto de un laborioso trabajo, quemar los muebles para calentarse, recargar de deudas al porvenir para hacer el presente agradable, vivir de expedientes, sembrar dificultades para mañana, enfermedad, ruina, envidia, odios, no terminaríamos nunca si fuésemos á enumerar todas las fechorías de ese espantoso reinado.

Por el contrario, si nos restringimos á las necesidades sencillas, nos evitamos todas esas desgracias y las reemplazamos con una multitud de ventajas. Es vieja la máxima de que la sobriedad y la temperancia son los mejores preservativos para la salud. A los que las observan, les evitan muchas de las dolencias que amargan la existencia; les aseguran la salud, la actividad corporal y el equilibrio intelectual. Sea que se observe en el alimento, en el vestido, ó en la habitación, la sencillez del gusto, es también una fuente de independencia y de fortaleza. Mientras más sencillamente vive uno, más garantiza su porvenir. Menos expuesto está uno á las sorpresas y á las eventualidades contrarias. Una enfermedad ó una interrupción de trabajo no exponen á uno á la indigencia. Teniendo gustos sencillos es menos penoso acomodarse á los cambios de fortuna. Permanecerá uno siendo hombre perdiendo su posición y su renta, porque el pedestal sobre que reposa su vida, no es su mesa, ni su bodega, ni su caballeriza, ni su mueblage, ni su dinero. En la adversidad no hará Ud. como el niño á quien se le quita ó su biberon ó su juguete. Más fuerte, mejor preparado para la lucha, presentando, como los que tienen la cabeza pelada, menos asidero para las manos del adversario, también se hará uno más útil para su semejante. No despertará su envidia ni sus bajos apetitos, ni su reprobación por causa de lujo, por la insolencia de los gastos, por el espectáculo de una existencia parásita, y menos exigente para el propio bienestar, encontrará uno medios de trabajar por el bienestar de los demás.

CAPÍTULO VII.

EL PLACER SENCILLO.

Encuentra Ud. que estos tiempos son divertidos.

dos? Yo los encuentro un tanto más tristes. Puede que mi impresión sea completamente personal. Viendo á mis contemporáneos vivir, oyéndolos hablar, me siento desgraciadamente confirmado en mi juicio de que no se divierten mucho, que digamos. No es á la verdad por falta de haber ensayado, pero hay que declarar que sus ensayos han tenido poco éxito. Ahora bien, cómo se explica eso?

Algunos acusan á la política, otros al negocio; otros á las cuestiones sociales ó al militarismo. Tiene uno la dificultad de la elección cuando comienza á enumerar el rosario de nuestras grandes preocupaciones. Vaya Ud. después á divertirse! Tenemos la cabeza llena de toda clase de asuntos, cada uno de los cuales basta para dañarnos el humor. Desde la mañana á la noche tropieza Ud. con gentes apuradas, hastiadas y preocupadas. Estos han perdido todo su buen humor en los irrazonables conflictos de un sombrío movimiento político. Aquellos se han descorazonado ante las vilezas y las envidias con que han tropezado en el mundo de la literatura y de las artes. Las dificultades comerciales también turban muchos sueños; programas de estudios demasiado rigurosos y las carreras demasiado complicadas perturban la vida de los jóvenes; la clase obrera sufre las consecuencias de una incesante lucha industrial. Se hace difícil gobernar porque el prestigio ha desaparecido; enseñar porque el respeto ha disminuído: para donde quiera que se mira tropiezan los ojos con motivos de desaliento. Y sin embargo, la historia nos presenta ciertas épocas tan agitadas como la nuestra, sin que los acontecimientos más graves impidiesen que se conociese la alegría. Hasta parece que lo grave de los tiempos, la incertidumbre del mañana y la violencia de la conmoción

social, da motivo para una nueva fuente de vitalidad. No es raro oír cantar á los soldados en el intervalo entre dos batallas, y no creo que me engaño afirmando, que la alegría humana, ha celebrado algunos de sus mayores triunfos, en los tiempos más duros, y en medio de los mayores obstáculos. Pero para dormir tranquilos después de la batalla, ó cantar en la borrasca, tenían motivos de orden interno que nosotros quizás actualmente no poseemos. La alegría no está en los objetos, está en nosotros. Y persisto en creer que las causas de nuestro mal vivir actual, de ese mal humor contagioso que nos invade, están en nosotros mismos, tanto por lo menos como en las condiciones externas.

* * * * *

Para divertirse uno con todo el corazón se requiere que uno se sienta sobre sólida base: hay que creer en la vida y poseerla en sí mismo. Muchos hombres, oh dolor! y aun entre los jóvenes, se hallan hoy disgustados de la vida; y no hablo de los filósofos. Cómo puede Ud. esperar que se diviertan cuando abrigan el secreto pensamiento de que quizás habría sido mejor después de todo que jamás hubiera nada existido? Observamos, á parte de eso, en las fuerzas vitales de estos tiempos una inquietante depresión que tenemos que atribuir al abuso que ha hecho el hombre de sus sensaciones. Demasiados excesos de todo género han pervertido nuestros sentidos y alterado nuestra facultad de ser dichosos. La naturaleza sucumbe bajo el cúmulo de exentricidades que se le han impuesto. Atacada en sus más profundas y vitales raíces, la voluntad de vivir, á despecho de todo lo persistente, trata de satisfacerse por medios ficticios. En el dominio de la medicina se aprovecha como recurso la respiración artificial, la alimentación artificial

y el galvanismo. Con el mismo objeto vemos alrededor del moribundo placer una multitud de seres empeñándose en despertarlo y en reanimarlo. Se han inventado los medios más ingeniosos: no puede decirse que ha habido avaricia al pagar los gastos. Todo se ha ensayado—lo posible y lo imposible. Pero en todos esos complicados alambiques no se ha podido destilar una sola gota de verdadera alegría. No debemos confundir al placer con los instrumentos de placer. Bastaría proveernos de un pincel para llamarnos pintores, ó comprar á alto precio un Stradivarius para creernos violinistas? Aun poseyendo objetos externos de la clase más perfecta, y de los más ingeniosos, no estará uno más adelantado. Pero con un pedazo de carbón un gran pintor puede trazar un diseño inmortal. Para ser pintor se ha de poscer el talento ó el genio requerido, y para divertirse tiene uno que poseer la facultad de ser dichoso. Quienquiera que la posca puede divertirse á poca costa. Esa facultad la destruye en el hombre el exepcticismo, la vida ficticia y el abuso de la vida y se gana solamente por la fé, la moderación, y los hábitos normales de actividad y de reflexión.

Prueba excelente de lo que afirmo, y fácil de comprobar, se encuentra en el hecho de que donde quiera que uno tropieza con una vida sencilla y sana, la alegría auténtica la acompaña, como el perfume de las flores naturales. Esa vida puede haber sufrido dificultades, tropiezos, puede haberse visto privada de lo que generalmente consideramos como las verdaderas condiciones del placer, pero se ve brillar en ella, esa rara y delicada planta, la alegría. Brota entre dos ladrillos de una calzada, en la hendidura de un muro, ó en la partidura de una roca. Se pregunta uno cómo y de dónde viene. Pero vive. mientras que en los cálidos conservatorios, con

suelo bien preparado, se la cultiva á peso de oro, solo para verla morir en nuestras manos.

Preguntad á los actores de teatro qué publico se divierte más con la comedia, y contestarán que la gente del pueblo. La razón no es difícil de entender. Para esa clase, la comedia es un extraordinario. No está familiarizada con ella por haberla presenciado muchas veces. Y le representa además un descanso para sus rudas fatigas. El placer que deriva de ella ha sido ganado honradamente, conoce el valor de los centavos ganados con el sudor de su frente, y además, no ha visitado los bastidores y no ha presenciado las intrigas de los artistas: no se explica las ilusiones y cree en ellas á puño cerrado. Por todas esas razones el vulgo experimenta un placer puro. Veo desde aquí al escéptico gastado, con su brillante anteojo, desde el palco, lanzando una desdeñosa mirada al público riendo y diciendo para sí: «Pobre gente, idiota, ignorante y grosera!»

Y no obstante, son ellos los seres que realmente viven, mientras él no es mas que un ser artificial, un maniquí, incapaz de sentir la fina y saludable embriaguez de una hora de placer puro y franco.

Desgraciadamente, la afectación está invadiendo hasta los lugares populares. Vemos, á la gente de las ciudades primero y más tarde á la de los campos, romper con las buenas antiguas tradiciones. El espíritu, pervertido por el alcohol, la pasión del juego, y la nociva literatura, contrae, poco á poco, gustos depravados. La vida ficticia se abre camino en esos centros, de sencillez anteriormente, é incontinenti hace como la filoxera que destruye las viñas. El árbol robusto, la alegría del campesino, siente que su savia deja de circular y sus hojas se tiñen de color amarillo. Compárese

una de las fiestas al aire libre según el viejo estilo, con uno de los actuales festivales del campo, llamados modernizados. Por un lado, en el respetado marco de las costumbres seculares, robustos campesinos cantaban sus canciones del país, bailaban los aires nacionales, en traje de campesinos, bebían sus bebidas del país y parecían divertirse mucho. Se divertían como el herrero en su taller, como cae la cascada, como los potros retozan en su pasto. Era contagioso y el corazón simpatizaba. A despecho de uno mismo, se le escapaba el aplauso: «Bravo muchachos! Está muy bueno!» Pedíamos ser de la partida.

Por otra parte veo á los aldeanos disfrazados de «citadinos»; campesinos afeados por los sastres, y como principal adorno del festival, una partida de degenerados que chillan canciones de salón de concierto; y amenudo, ocupando el sitio de honor, á algunos actores de lá legua que han aprovechado la ocasión para venir á suavizar las rudezas de los campunos y á permitirles saborear los refinados placeres. Por bebidas, licores con base de alcohol sacado de patatas, ó absinta. No hay originalidad ni pintoresco en nada de eso. Quizás haya alegre abandono y vulgaridad, pero no el abandono que brota del placer inocente.

* * * * *

Esta cuestión del placer es una cuestión capital. Las personas más serias lo descuidan en general como una futilidad, los utilitaristas lo reprueban como un superfluo costoso. Los que designamos con el nombre de libertinos arrasan tan delicado dominio como los cerdos salvajes un jardín. No parecen entender en manera alguna el inmenso interés humano que va unido á la alegría. Es una llama sagrada que debe ser alimentada, y que derrama una luz deslumbradora sobre la vida. El

que se decide á alimentarla practica una obra tan beneficiosa para la humanidad como el que construyé puentes, perfora túneles, ó cultiva la tierra. Conducirse de modo de mantener en uno mismo en medio de los trabajos y de las penalidades de la vida, la facultad de ser dichoso y de poder, como á manera de saludable contagio, propagar la dicha entre sus semejantes, es realizar una obra de solidaridad en la más noble acepción de la palabra. Proporcionar un poco de placer, desarrugar la frente marchita por la ansiedad, derramar un poco de luz en la oscuridad del camino, qué divina realidad en el plan de esta pobre humanidad! Pero es tan solo por medio de una gran sencillez de corazón que se puede llegar á conseguirla.

No somos bastante sencillos para ser dichosos y para hacer que otros lo sean. Nos falta bondad y altruísmo. Brindamos la alegría como brindamos el consuelo, en forma que dé negativos resultados. Para consolar á alguien, qué hacemos? Nos empeñamos en desconocer sus sufrimientos, en disputárselos, y en persuadirle que está engañado creyéndose desgraciado. En el fondo, nuestro lenguaje traducido en palabras concretas se reduce á esto:

«Sufre Ud. amigo? Es extraño; Ud. debe estar engañado porque yo me siento perfectamente:»

El único medio de prestar alivio á un ser que sufre consiste en compartir su pena en nuestro corazón. Qué puede sentir un infeliz á quien se consuela de ese modo?

Para divertir á nuestro semejante y hacerle pasar un momento agradable, nos ingeniamos de la misma manera. Le invitamos á que admire nuestro talento, á que aplauda nuestros dichos ingeniosos, á que frecuente nuestra casa, adorne nuestra mesa y en todas partes adule nuestro deseo de bri-

llar y de hacer figura. Algunas veces también, con protectora liberalidad, le ofrecemos la limosna de una diversión elegida por nosotros. Por lo menos, no le invitamos á divertirse con nosotros como invitamos para un juego de barajas, con la secreta intención de explotarlo en nuestro propio provecho!

Cree Ud. que el mayor placer de los demás es admirarnos, reconocer nuestra superioridad ó servirnos de instrumento? Hay en el mundo una sensación más desagradable que la de sentir que hemos sido explotados, protegidos ó que sin saberlo hemos servido de comparsa? Para causar placer á los demás y para experimentarlo uno mismo, tenemos que empezar por olvidarnos del YO que es tan odioso, y sujetarlo bien encadenado durante esas diversiones. No hay mayor mata-alegría que ése. Mostraos complacientes, benévolo: ocultad las medallas, las condecoraciones, los títulos, y poneos á la disposición de los demás de todo corazón.

Vivamos algunas veces para hacer que los demás rían, aunque no sea más que una hora, olvidándonos de todo lo demás. El sacrificio no es sino aparente: porque nadie se divierte más que los que saben darse sencillamente para proporcionar un poco de felicidad y de olvido á los que los rodean.

Cuándo seremos hombres bastante sencillos para no hacer resaltar en primera fila en nuestras reuniones todas esas cosas que atacan nuestros nervios en la vida ordinaria? No podemos durante una hora olvidar nuestras pretensiones, nuestras divisiones, nuestras clasificaciones, nuestras personas; en una palabra, convertirnos de nuevo en niños, y reir con esa alegre carcajada que hace tanto bien y que tanto mejora á los hombres?

* * * * *

Me siento obligado á hacer aquí una observa-

ción de un género particular, y á ofrecer á mis bien intencionados lectores la ocasión de unirse á una munificent^e obra. Mi objeto es llamar su atención sobre varias categorías de personas, demasiado olvidadas bajo el punto de vista del placer.

Creemos que una escoba solo sirve para barrer, una regadera para rociar las plantas, un molino de café para moler café y del mismo modo pensamos que una enfermera está hecha para cuidar enfermos, un profesor para instruir, un sacerdote para predicar, enterrar, confesar; un centinela para montar la guardia. Y se cree que éstos, estando entregados á las más serias ocupaciones se deben á sus funciones como el buey á su labor. Las diversiones son incompatibles con ese género de actividad. Extremando más esta manera de ver, nos creemos autorizados para pensar que el inválido, el afligido, los arruinados vencidos por la lucha de la vida, y todos los que tienen una pesada carga que sobrellevar, están en la sombra, como las pendientes al norte de las montañas, y que es necesario y fatal que así sea. De ahí deducimos con bastante generalidad que esos hombres no necesitan ningún placer y que no sería oportuno ofrecérselo. En cuanto á los afligidos sería una falta de delicadeza interrumpir el curso de sus tristes pensamientos. Parece pues admitido que ciertas personas están condenadas á permanecer siempre austeras, que debemos acercárnosles con talante austero y no hablarles sino solamente de cosas austeras. Y que debemos dejar las sonrisas en la puerta cuando entramos á visitar á los enfermos, á los desgraciados, y asumir un rostro sombrío, un aire de entierro, no hablándoles sino de asuntos desgarradores. De ese modo llevamos la oscuridad á los que están en lo oscuro, sombras á los que están en la sombra. Contribuímos al aislamiento de los aislados, agregando

monotonía á las vidas desoladas. Emparedamos ciertas existencias en una prisión porque crece yerba alrededor de sus desiertos asilos; hablamos bajo al acercárnosles como si nos aproximáramos á una tumba. ¿Quién puede adivinar el alcance de esa obra infernal de crueldad que diariamente se practica en el mundo? No debe ser así.

Cuando Ud. ve hombres ó mujeres consagrados á trabajos penosos, ó al doloroso oficio de consolar las miserias humanas y restañar heridas, recuerde que ellos tienen necesidades, y que hay momentos en que necesitan placeres y olvido. Usted no inducirá á abandonar su misión, porque algunas veces los haga reír, á esos que ven tantas lágrimas y dolores. Por el contrario, usted les comunicará con ello nuevo vigor para continuar su obra de misericordia.

Y cuando conozca familias en apuro, ó individuos en aflicción, no los rodee como á los pestíferos de un cordón sanitario, que usted salvará solo después de tomar muchas precauciones, que les recuerden su desgraciada suerte. Por el contrario después de haberles demostrado su simpatía y su respeto por sus sufrimientos, consuélelos, ayúdelos á vivir; lléveles un perfume del exterior, algo en fin que les pruebe que su desgracia no los ha eliminado del mundo.

Otorgue su simpatía, también, á todos los que tienen preocupaciones absorbentes, y que, por decirlo así, están clavados á su puesto. El mundo está lleno de víctimas, que jamás gozan de placer ni de reposo, y para quienes el más pequeño descanso representa un inmenso bien. Y sería tan fácil obtener para ellos ese minimum de consuelo si siquiera pensáramos en ello. Pero la escoba está hecha para barrer, y parece que no debe sentirse fatigada. Debemos curarnos de esa culpable ceguera

que nos priva de ver el cansancio de los que están siempre en la lucha. Animad los centinelas abstraídos en su deber; conseguid para Sisifo una hora de respiro. Colocaos por un momento en el lugar de una madre de familia á quien esclavizan los cuidados del hogar y de los hijos: sacrificad un poco de vuestro sueño en favor de aquellos que velan largas horas á la cabecera de los enfermos. Señorita, á quien quizás el paseo no siempre divierte, póngase el delantal de la cocinera y déjela que se divierta un poco. De ese modo se hará á otros dichosos y lo será uno mismo.

Caminamos eternamente cerca de seres agoviados por cargas de que podríamos aliviarlos aunque no fuera más que por poco tiempo. Pero ese corto respiro bastaría para curar los males, reanimar la alegría casi ahogada en muchos corazones y abrirle ancho campo de manifestación á la caridad entre los hombres. Cuánto mejor nos entenderíamos el uno al otro, si supiesemos ponernos con sencillo corazón en el lugar de los demás, y cuánto más placer encontraríamos en vivir!

* * * * *

He hablado mucho en otra parte (*) sobre la organización del placer entre los jóvenes para repetirlo aquí en detalle.

Pero necesito decir en sustancia lo que nunca se repite bastante: Si se desea que la juventud sea moral, no se descuiden sus placeres, y no se deje á la suerte la tarea de procurárselos. Quizás se me replique que á la juventud no le agrada que sus placeres se le impongan, y que actualmente la juventud está consentida y no se divierte sino demasiado. Responderé, primero, que podemos

(*) En un libro llamado "Juventud."

sugerir ideas, señalar rumbos, crear ocasiones de placer sin establecer ninguna clase de imposición. En segundo lugar me permito hacer observar que se engaña quien se imagine que la juventud se divierte demasiado. Fuera de esos placeres ficticios, enervantes y disociadores que agostan la vida en vez de hacerla floreciente y radiante, poco queda que contar. El abuso, ese enemigo del legítimo uso, ha enfangado de tal modo la tierra que hace difícil tocar algo que el no haya ensuciado. De ahí proceden las innumerables prohibiciones. Apenas podría uno moverse si se empeñase en evitar el contacto con esos placeres pecaminosos.

En la juventud actual, sobre todo entre la que se respeta, la falta de distracción le ocasiona profundo malestar. No se nos priva sin disgusto de nuestra parte de ese vino generoso. No es posible prolongar este estado de cosas sin condensar las sombras sobre las cabezas de nuestras jóvenes generaciones. Debemos venir en su ayuda. Nuestros hijos son los herederos de un mundo que no es alegre. Les dejamos por herencia, grandes cuidados, problemas complicados y una vida cargada de dificultades y de grillos. Hagamos al menos un esfuerzo para iluminar la alborada de sus días. Organícemos placeres, creemos lugares de recreo, y abramos nuestros corazones y nuestros hogares. Que la familia tome parte en el plan. Que la alegría deje de ser una mercancía importada. Reunamos nuestros hijos, á quienes nuestra morosidad interna echa á la calle y á nuestras hijas que crecen hastiadas de la soledad. Multipliquemos las reuniones familiares, las recepciones, las escursiones en familia, elevemos el buen humor entre nosotros á la categoría de una institución. Que la Escuela coopere á la obra. Que los maestros, los discípulos y los estudiantes se con-

greguen para divertirse mas amenudo. Ganaría con ello después el trabajo serio. Nada hay tan bueno como reirse de corazón con su profesor; y reciprocamente para bien conocer al discípulo ó al estudiante hay que haberlo visto en otra parte fuera de los bancos ó del sillón de examen.

Y quién pagará el gasto? Qué pregunta! En eso estriba el principal error. Placer y dinero—suponen ser esas las dos alas del mismo pájaro. Dios mio! la ilusión es grosera! El placer como todas las demás cosas preciosas del mundo no puede ser ni comprado ni vendido. Para divertirse uno debe pagar con uno mismo; eso es lo esencial. No está prohibido abrir el bolsillo y gastar si se puede hacerlo y si se cree útil. Pero afirmo que no es indispensable. El placer y la sencillez son dos antiguos conocidos. Habiendo primero trabajado con ardor, mostraos tan afables, tan leales como os sea posible con vuestros contertulios, no habéis mal de los ausentes; el éxito es seguro.

CAPITULO VIII.

EL MERCENARISMO Y LA SENCILLEZ.

Acabamos de tocar al pasar cierta preocupación muy arraigada que atribuye un mágico poder al dinero. Tan cerca de ese cálido terreno no lo evitaremos, sino que pondremos en él los piés, persuadidos de que se presta á decir muchas verdades. No son nuevas, pero se las tiene en un gran olvido.

Yo no veo la manera de arreglárselas sin dinero. Todo lo que ciertos teóricos y legisladores han podido hacer hasta el presente ha sido cambiar el nombre ó la forma. Pero nunca han podido prescindir de un signo representativo del valor comercial de las cosas. Pretender suprimir el di-

nero es una empresa análoga á pretender suprimir la escritura. No es menos cierto, sin embargo, que la cuestión del dinero es muy enojosa. Representa uno de los principales elementos de nuestra vida compleja. Las dificultades económicas con que estamos luchando, las convenciones sociales y todas las formas de la vida moderna, han elevado el dinero á un rango tan alto, que no es de admirar que la imaginación humana le atribuya una especie de monarquismo. Y es bajo este punto de vista que consideramos el problema.

El término dinero tiene por apéndice el de mercancía. Si no hubiese mercancías el dinero no existiría. Pero mientras haya mercancías habrá dinero, no importa bajo qué forma. El origen de todos los anatemas de que el dinero ha sido blanco reside en un mal entendido. Hemos confundido en ese término, y en la noción de mercancía, objetos que en nada pertenecen á ese orden. Hemos querido dar un valor mercenario á cosas que ni tienen ni pueden tener ninguno. Las ideas de compra y venta han invadido jurisdicciones, donde con razón se las debe considerar, y con estricta justicia, como extrañas, como enemigas y como usurpadoras. Es legítimo que se venda el trigo, las patatas, el vino y las telas, y que la gente los compre. Es perfectamente natural que el trabajo de un hombre le proporcione medios de vida, y que ponga en sus manos un valor representativo de esos medios. Pero ya aquí la analogía deja de ser completa. El trabajo de un hombre no es una mercancía en la misma acepción que un saco de trigo ó un quintal de carbón. Entran en su trabajo elementos que no pueden estimarse en dinero. En una palabra, hay cosas que no pueden comprarse; el sueño, por ejemplo; el conocimiento del porvenir ó el talento. El que los ofrece en venta pue-

de ser considerado ó loco ó impostor. - No obstante, hay hombres que acufian moneda con ese material. Venden lo que no les pertenece, y sus victimas pagan sus ilusorios valores en moneda sonante. Y así hay también comerciantes de placer, comerciantes de amor, comerciantes de milagros, comerciantes de patriotismo: y ese título de comerciante que es tan honroso cuando representa al que trafica con una mercancía real, se convierte en la peor de las vergüenzas cuando se refiere á sentimientos del corazón, de religión ó de patria.

Casi todo el mundo está de acuerdo en encontrar vergonzoso traficar con sus sentimientos, su honor, su magistratura, su pluma ó su mandato. Desgraciadamente, eso que todo el mundo reconoce en teoría, eso que según hemos dicho parece una banalidad más bien que una alta verdad moral, tropieza con las mayores dificultades para llevarse á la práctica. El negocio ha invadido el mundo. Los mercaderes han invadido el templo— y por templo entiendo, no solo las cosas religiosas, sino todo lo que la humanidad considera sagrado é inviolable. No es el dinero lo que complica la vida: es nuestro mercenarismo lo que la corrompe y la adultera.

* * * * *

El mercenarismo nos reduce á una sola pregunta: «Cuánto me producirá éso?» Lo resume todo en un axioma: «Con dinero todo puede conseguirse» Con estos principios como regla, una sociedad puede descender á abismos de infamia imposibles de describir ó imaginar.

Cuánto me producirá eso? Esa pregunta tan legítima cuando se refiere á las precauciones que cada uno debe tomar para asegurar su subsistencia por medio de su trabajo, se hace horrorosa tan

pronto como traspasa sus límites y se hace dueña de nuestra vida. Eso es tan cierto, que hasta destruye nuestro trabajo que es nuestro medio de ganar nuestro pan. Yo trabajo por mi salario, nada más justo, pero si durante el trabajo solo pienso en el salario que he de recibir, nada más perjudicial. El hombre cuyo único motivo de trabajar es el salario, trabaja poco y mal. Lo que le interesa no es su trabajo sino el dinero. Si puede evitarse trabajo sin afectar su salario, con seguridad que lo hará. El albañil, el cultivador, el mecánico que no ama su trabajo y que no pone en él interés y dignidad, es un mal obrero.

El médico que solo piensa en sus honorarios es un hombre en cuyas manos nadie haría bien en confiar su vida, porque lo que lo excita es la avaricia de llenar su bolsillo á costa del de otro. Si está en su interés que el enfermo languidezca largo tiempo, es capaz de explotar la enfermedad prolongándola en vez de devolverle la salud. El que solo se cuida de lo que gana en la instrucción de los niños es un mal profesor, porque si bien gana poco su enseñanza merece menos. ¿Qué vale el periodismo mercenario? El día en que usted escriba solamente pensando en el centavo, su prosa cesa de valer hasta el mismo centavo. Mientras más de cerca toca la humana labor á objetos de índole elevada, más la esteriliza y la corrompe el mercenarismo si interviene. Tienen mil veces razón los que dicen que todo trabajo merece una recompensa, que todos los hombres que emplean su esfuerzo en mantener la vida, tienen derecho á que los caliente un rayo de sol; y que el que no hace nada útil no merece el pan que se come, y que no es más que un parásito. Pero no hay mayor error social que llegar á un estado en que obtener una ganancia es el solo motivo de acción. Lo mejor de nosotros

que ponemos en nuestro trabajo, séase fuerza muscular, ardor del corazón ó tensión de la inteligencia, es precisamente lo que nadie puede pagar en su valor. Nada prueba con más claridad que el hombre no es una máquina, que el hecho siguiente: dos hombres trabajando, de la misma fuerza, de la misma habilidad y en idéntica obra, producen resultados diferentes. Cuál es la causa de este fenómeno? Se halla en la diferencia de sus intenciones. El uno es un mercenario y el otro un alma sencilla. Los dos reciben su salario, pero en la obra del uno está solo el trabajo, en la del otro está el alma del obrero: hay gusto y perfección. La obra del primero es como el grano de arena que nunca deja de ser el grano de arena del cual nada se saca, mientras que la del otro es como la simiente viva confiada á la tierra: germina y produce frutos. No hay otro medio de explicar porqué tantos no han prosperado, empleando los mismos medios externos que otros. Los autómatas no se reproducen, y el trabajo de un mercenario no produce fruto.

* * * * *

Hay indudablemente que inclinarse ante los hechos económicos, y reconocer las dificultades de la vida. De día en día se hace más urgente la cuestión de cómo combinar nuestros medios de acción, de modo de poder alimentar, vestir, albergar y educar una familia. El que no calcula y prevé es un visionario, un testarudo, que tarde ó temprano se ha de ver obligado á pedir limosna á aquellos cuya parcimonia él desprecia. Y no obstante, qué sería de nosotros si esa clase de cuidados nos absorbiesen por completo! Si, buenos calculadores, quisieramos medir nuestro esfuerzo al dinero que nos reporta, no hacer nada que no nos produjera una entrada, y considerar inútil y como

trabajo perdido todo lo que no pudiera ser alineado en cifras en un libro de cuentas?

Se le pagó algo á nuestras madres por amarnos, por criarnos y educarnos? Qué sería de nuestra piedad filial si descásemos que se nos pagara por el amor y los cuidados que reclaman nuestros ancianos padres?

Qué produce decir la verdad? Disgustos y algunas veces sufrimientos y persecuciones. Qué produce defender la patria? Fatigas, heridas y algunas veces la muerte. Qué produce hacer el bien? Molestias, ingratitud y hasta resentimientos. En todas las funciones esenciales de la humanidad entra el sacrificio. Desafío á los más hábiles calculadores á subsistir en el mundo sin jamás apelar á otros recursos que al cálculo. Es indudable que los que han logrado «hacer de seda su nido,» son considerados como inteligentes. Pero considéreseles de cerca. En la trama de esos nidos cuántas hebras que se deben al altruismo de los sencillos! Habrían prosperado si siempre hubieran tratado con gente de su misma clase, cuyo lema es, «Si no hay dinero, no hay Suizos?» Proclamemos en alto, que es gracia á algunos que no cuentan tan rigurosamente, que el mundo subsiste! Los más nobles servicios, los más rudos trabajos son por lo general prestados con escasa ó ninguna remuneración. Afortunadamente siempre habrá hombres dispuestos á realizar funciones desinteresadamente, y aun aquellas que siempre son retribuídas con sufrimientos y que cuestan dinero, reposo y vida. El papel que toca á estos hombres es amenudo penoso y no sin grandes desalientos. Quén de nosotros no ha oído el relato de experiencias ingratas en que el narrador se arrepiente de su bondad, de las fatigas que se ha impuesto para solo recoger decepciones? Termina pór lo general sus confidencias de este

modo: «Fuí bastante estúpido para hacer esto ó aquello.» Algunas veces tienen razón en expresarse así porque revela poco juicio echarles perlas á los puercos, pero cuántas vidas hay cuyos únicos bellos actos son precisamente esos de que se arrepienten á causa de la ingratitud de los hombres? Lo que debemos desear en bien de la humanidad es que el número de esos estúpidos actos continúe aumentando sin cesar.

* * * * *

He llegado al momento de tratar del credo del mercenarismo. Su cualidad es la brevedad. Para el mercenario, la ley y los profetas se resumen en este solo axioma: Con dinero puede uno obtener todo lo que quiere. Estudiando superficialmente la vida social, nada es más evidente. «Nervio de la guerra» «Sonda de la virtud» «Llave que abre todas las puertas» «Rey del Universo.» Compendiar todo lo que se afirma respecto de la gloria y del poder del dinero compondría una letanía más larga que la que se canta en honor de la Virgen Maria. Es preciso haberse hallado sin un centavo, aunque sólo sea por un día ó dos, y haber tratado de vivir en este mundo que habitamos, para tener idea de todo lo que carece el que tiene el bolsillo vacío. Propongo á los que gustan de contrastes y de sorpresas que traten de vivir sin dinero solo media semana, lejos de sus amigos y conocidos y en un medio que les sea extraño. Adquirirán más experiencia en cuarenta y ocho horas que la que con dinero en un año hubieran podido adquirir. ¡Ay! Muchos adquieren esas experiencias contra su voluntad, y cuando la ruina absoluta cae sobre ellos; aunque permanezcan en su propio país, entre los camaradas de su juventud, entre sus antiguos colaboradores, y aún entre aquellos que les de-

ben servicios, resulta que nadie los conoce. Con qué amargura mascullan entonces su credo mercenario: «Con dinero todo se puede conseguir: sin dinero es imposible tener nada.» Se han convertido en parias, en leprosos de cuyo contacto todos huyen. Las moscas se posan sobre los cuerpos muertos; los hombres buscan el dinero. Tan pronto como el dinero desaparece el local se vacía. Ha hecho derramar muchas lágrimas ese credo merecenario, lagrimas amargas, lágrimas de sangre, derramadas por los mismos quizás, que antes se contaban entre los adoradores del vellocino de oro.

Y sin embargo, ese credo es falso, archi-falso. Yo no emprenderé el ataque con viejas leyendas tales como la del rico perdido en el desierto, que no pudo comprar ni una gota de agua con todo su dinero; ni como la del decrépito millonario que quería dar la mitad de lo que poseía al mozo en la miseria, en cambio de sus veinte años y de su robusta salud. Tantos entre los que tienen dinero, y sobre todo entre los que no lo tienen, se burlan de esta verdad como de una de las más manoseadas! Yo apelo al recuerdo y á la experiencia de todos para evidenciar la grosera mentira que oculta un axioma que tanto se repite.

Llene su bolsillo tanto como pueda y vámonos juntos á algún balneario, de los cuales hay muchos. Me refiero á uno de esos lugares antes desconocidos, habitados por gente sencilla, respetable y buena, entre las cuales podía uno vivir bien y sin grandes gastos. La fama con sus cien trompetas los ha sacado de la oscuridad, les ha enseñado el fruto que podían sacar de la situación, de su clima y de sus personas. Ud. va bajo la fé de la fama y Ud. se lisonjea de que con su dinero se puede procurar un pacífico retiro, y que lejos del ficticio y civiliza-

do mundo podrá Ud. tejer un poco de poesía en el telar de sus días. La primera impresión es buena; el marco natural y ciertas costumbres patriarcales, lentas en desaparecer, lo impresionan favorablemente al principio. Pero según van pasando días la impresión decrece y la realidad aparece. Lo que Ud. había tomado por antigüedad auténtica, como el mueblage de ciertas familias, no es sino un anzuelo para mistificar á los que se lo tragan. Hay anuncios en todo, todo está á la venta, desde el suelo hasta los habitantes. Estos hombres primitivos se han convertido en los mas farsantes comerciantes. Dado lo que Ud. posee ellos han resuelto el problema de despojarle de su dinero al menor costo posible. Eso es lo que veinte ó treinta años de reinado del mercenarismo han hecho de una población que era antes tan sencilla y tan honrada, y cuyo ambiente era tan provechoso para los extenuados habitantes de la ciudad. El pan hecho en casa ha desaparecido y la mantequilla se obtiene de las factorías. Conocen á maravilla el mejor método de aguar la leche, y los mejores secretos para adulterar los vinos: tienen todos los vicios de los citadinos sin tener sus virtudes.

Al salir del lugar Ud. cuenta su dinero. Mucho ha desaparecido y Ud. se queja. No tiene Ud. razón. Nunca paga uno caro, la experiencia de que hay cosas que no se pueden conseguir con solo dinero.

* * * * *

Ud. necesita en su casa un empleado inteligente y competente. Empéñese en conseguir esa ave rara. Según el principio de que Ud. lo puede todo con dinero, le debía ser fácil, según la oferta que haga del salario, mediano, bueno, muy bueno ó excelente, conseguir empleados medianos, bue-

nos, muy buenos ó excelentes. Pero todos los que se presentan en solicitud de la colocación se estimarán en la última categoría, é indudablemente se habrán procurado certificados que apoyen sus pretensiones. Es verdad que de diez veces, nueve, en la prueba se demostrará que esas capacidades carecen totalmente de los requisitos necesarios. Porque, pues, se comprometieron con Ud? Podrían contestarle lo que en la comedia, cuando se le pregunta al carísimo cocinero que nada sabía hacer: «Por qué afirmó Ud. que era maestro en el arte?» «Pues, para obtener mejor salario.» Es lo serio del asunto. Siempre encontrará Ud. personas á quienes gustan los grandes sueldos. Encontrará Ud. menos capacidades. Y si lo que Ud. busca es honradez, las dificultades aumentan. Encontrará mercenarios con facilidad, fidelidad es otra cosa. Lejos de mí negar la existencia de servidores fieles, y de empleados honrados é inteligentes en una sola pieza. Pero Ud encontrará tantos y quizás más entre los que reciben remuneración escasa que entre los que están ricamente recompensados. Y no importa donde se encuentren, puede Ud. estar seguro que su fidelidad no está basada en el interés, sino en que han conservado una base de sencillez que los hace capaces de mostrarse abnegados.

Por todas partes se repite que el dinero es el «nervio de la guerra.» Indudablemente la guerra cuesta mucho dinero y de eso sabemos nosotros algo. Quiere eso decir que para defenderse uno de sus enemigos y honrar su bandera baste que el país sea rico? Los Griegos quisieron una vez probarle lo contrario á los Persas y la prueba nunca deja de repetirse en la historia. Con dinero se pueden comprar barcos, cañones, caballos, pero el genio militar no puede comprarse, así como tampoco la inteligencia política, ni la disciplina ni

el entusiasmo. Poned billones en manos de los reclutadores y ordenadles que os traigan un gran capitán y un ejército de harapientos reclutas. Encontrará Ud. cien capitanes para cada mil soldados pero envíelos al fuego, y conocerá Ud. el valor de su dinero.

Podríamos por lo menos creer que con solo dinero sería posible aliviar todas las miserias y hacer el bien. ¡Ah! También es esa una ilusión que hay que desechar. El dinero en pequeñas ó en grandes cantidades es una semilla que hace germinar los abusos. A menos de unir la inteligencia á la bondad, y una gran experiencia de los hombres, no hará Ud. mas que daño, y correrá gran riesgo de corromper á los que se benefician de su generosidad, y á los que ha nombrado Ud. para distribuir sus beneficios.

El dinero no lo puede todo. Es un poder, pero no es omnipotente. Nada complica tanto la vida, nada desmoraliza tanto al hombre, nada falsifica tanto los movimientos normales de una sociedad como el desarrollo del mercenarismo. Donde quiera que reina impera el engaño y la decepción en todo. No puede uno confiar en nada ni en nadie, ni obtener nada que valga la pena. No somos detractores del dinero, pero tenemos que aplicarle la ley común: «cada cosa en su lugar, cada uno en su clase». Cuando el dinero, que debe ser nuestro servidor, se convierte en una fuerza tiránica, irrespetuosa respecto de la vida moral, la dignidad, y la libertad: cuando algunos se empeñan en conseguirlo á toda costa, poniendo en venta lo que no es mercancía, mientras otros que poseen riquezas, se creen autorizados á obtener por dinero de los demás cosas que nadie debe ni vender ni comprar, debemos revelarnos contra esa criminal superstición y maldecir la impostura gritando á todo pulmón: «Perezca

con Udes. su dinero! Lo que el hombre estima como más precioso lo recibe por lo general gratuitamente. para que aprenda á darlo gratuitamente.

CAPITULO IX.

LA NOTORIEDAD Y EL BIEN OCULTO.

Una de las principales puerilidades de estos tiempos es el anhelo por la notoriedad. Hacerse conocido, salir de la oscuridad—hay quienes se hallen tan devorados por ese deseo, que se puede decir de ellos que han caído en la monomanía. A sus ojos la oscuridad es la mayor de las ignominias: y en consecuencia son capaces de todo por obtener que se hable de ellos. Se estiman en su estado de desconocidos, como comparables á los náufragos que en una noche de tormenta han sido arrojados en alguna desierta roca y que echan mano de gritos, de detonaciones, de hogueras, y de toda clase de señales para hacerle saber á las gentes que ellos se encuentran allí. No contentos con el empleo del reclamo y del propio encomio, han descendido á veces hasta la bajeza y aun al crimen, Erostrato, el incendiario, ha hecho muchos discípulos. Cuántos en estos tiempos se han hecho célebres por haber destruído algo de valor, demolido, ó tratado de demoler, alguna reputación ilustre, ó revelado su paso por un escándalo, por una maldad, ó por alguna barbaridad de resonancia?

Esta manía de notoriedad se asienta no solo en cabezas destornilladas, ó en el sospechoso mundo financiero, entre charlatanes y pillos de toda clase, sino que está diseminada en los dominios de la vida espiritual y material. La política, la literatura, hasta la ciencia misma, y lo que es más repugnante, hasta la caridad y la religión se han infestado

de esa rabia de notoriedad. Publican á son de trompetas sus buenas obras, y para la conversión de las almas han adoptado prácticas ruidosas. Imitando á los salvajes, la fiebre del ruido se ha llevado á los retiros de ordinario silenciosos, y ha perturbado espíritus bien equilibrados, viciando en gran manera la actividad del bien. El abuso de demostrarlo todo, ó con más propiedad de divulgarlo todo: la creciente incapacidad de apreciar lo que se queda oculto, y el hábito de apreciar el valor de las cosas por el ruido que hacen, ha terminado por alterar los más serios juicios, y uno se pregunta á veces si la sociedad no terminará por transformarse á sí misma en una vasta feria donde cada uno repique su tambor en la puerta de su tienda!

Con gusto se aleja uno de la discordancia y sofocación de esas exhibiciones, para ir á respirar en algún solitario valle donde se sorprende uno de lo límpido del arroyuelo, de lo discreto del bosque y de lo agradable de la soledad. Gracias á Dios que todavía quedan algunos inviolables asilos! Por formidable que sea el ruido, por ensordecedora que sea la mezcla de tantas voces discordantes, no traspasa el radio de cierto límite, y ahí se apaga y muere. El dominio del silencio es más extenso que el del ruido, y en eso estriba nuestro consuelo.

* * * * *

Pisamos el dintel de ese mundo infinito donde reside el bien incognito, el trabajo silencioso. Nos encontramos, á primera vista, bajo el encanto que sentimos al contemplar por primera vez la nieve immaculada que no ha hollado ningún pié, las flores de los lugares solitarios y los caminos perdidos que parecen dirigirse hacia el horizonte sin límites.

El mundo está hecho en forma, que los resortes impulsores, los más activos agentes de trabajo están por dondequiera ocultos. La naturaleza hace

gala de cierta coquetería disimulando así sus trabajos. Hay que ingeniarse para descubrirlos y cavilar para sorprenderlos, si uno desea conocer algo más que los efectos, y penetrar los secretos de sus laboratorios. Pasa lo mismo en la humana sociedad: las fuerzas que trabajan en favor del bien permanecen invisibles, y son las mismas en cada una de nuestras vidas, porque lo que tenemos de mejor en nosotros no es trasmisible y está sepultado en lo más íntimo de nuestro ser. Mientras más enérgicos son estos sentimientos, incrustados en las raíces mismas de nuestra naturaleza, menos tratan de ostentarse: creerían profanarse exponiéndose á la clara luz del día. Hay un goce secreto é inexpressable en sentirse algo íntimo que solo Dios conoce y de cuyo impulso vivimos y derivamos la espontaneidad, y la renovación diaria de nuestro valor; y los más poderosos motivos para nuestros actos externos. Cuando esta vida íntima pierde su intensidad, cuando se la olvida para cuidarse de la superficie, pierde en valor todo lo que gana en apariencia. Por una triste fatalidad ocurre también á veces que valemos menos en razón de lo más que se nos admira. Y estamos convencidos de que lo que hay de mejor en el mundo es lo que no conocemos, porque solo es conocido de los que lo poseen. Si lo divulgasen le harían perder enseguida su perfume.

Algunos amantes apasionados de la naturaleza se extasían sobre todo en sus más apartados rincones, en lo más denso de sus selvas, en las cuevas de sus precipicios, donde quiera que no le es dado á todo el mundo contemplarla. Permanecerían ahí días enteros, olvidados del tiempo y de la vida, mirando al pajarillo hacer su nido, ó atender á su cría en esas inviolables soledades, ó mirando al animal salvaje entregado á sus juegos graciosos é indómitos. Es así que uno debe buscar el bien en sí

mismo: allí donde no existe imposición, ni posición estudiada, ni alarde de ninguna clase, sino el simple hecho de una vida que aspira á ser lo que sería bueno que fuera sin cuidarse de ninguna otra cosa.

* * * * *

Permítaseme exponer aquí algunas observaciones sacadas de la vida real. Siendo anónimas no pueden considerarse como indiscreciones.

Hay en Alsacia, mi país, en un camino solitario, cuya interminable silueta se prolonga en las florestas de los Vosges, un cartero á quien he visto trabajando durante treinta años. La primera vez que le ví era yo un joven estudiante que salía de la ciudad, y mi corazón desbordaba. La vista de ese hombre me hizo bien, porque estaba tarareando una canción mientras rompía piedras. Cambiamos algunas palabras, y al despedirme me dijo:

«Muchacho! valor y buena suerte.»

Desde entonces muchas veces he pasado y repasado ese camino en muy diversas circunstancias, penosas y felices. El estudiante ha hecho su camino: el cantero ha permanecido siendo lo que era. Ha tomado más precauciones contra los cambios de estación, una estera de paja protege sus espaldas, y su sombrero de fieltro parece más echado sobre su frente para defender mejor su cabeza. Pero el eco repite siempre el golpe de su valiente martillo. Cuántos tormentos, ¡pobre hombre! han soportado sus espaldas? ¡cuántas desgracias en su vida, en su familia, en su país! Continúa rompiendo sus piedras, y sea que yo vaya ó que vuelva le encuentro siempre en el camino, sonriente á despecho de su edad y de sus arrugas, teniendo en los días malos, aquellas palabras sencillas que tanto efecto producen cuando salen de los labios de quien rompe piedras. Me sería absolutamente imposi-

ble describir la emoción que la vista de ese hombre sencillo produce en mi ánimo. Y es indudable que él no se lo imagina. No conozco espectáculo más alentador, aunque al mismo tiempo más severo de la vanidad que fermenta en nuestro corazón, que este encuentro con un oscuro obrero, que trabaja como el roble crece ó como el buen Dios hace salir el sol, inconsciente de quien le mira.

He conocido muchos profesores ancianos, hombres y mujeres, que han pasado toda su vida en la misma labor; infiltran lecciones de conocimientos humanos en cabezas algunas veces más duras que las piedras. Han trabajado con toda su alma, en todo el curso de una penosa carrera, en que la opinión de los hombres ocupaba bien poco lugar. Cuando descansen en sus ignoradas tumbas, solo algunos humildes como ellos recordarán su memoria. Pero su recompensa está en su sacrificio. Nadie más grande que esos desconocidos.

* * * * *

Cuántas virtudes descubrirían, los que sepan buscar, entre cierta clase de gente que amenudo hay quien ridiculice, no pensandó que cometen el crimen de crueldad, de ingratitud y de estupidez. Me refiero á las pobres solteronas. Nos agrada fijarnos en cualquier rareza de sus vestidos y maneras, sin importancia de ninguna clase. Nos place contar que por nada se interesan fuera de su propia comodidad y de su gato ó su canario ó su loro, en quienes han agotado su poder afectivo: no cediendo en nada en egoísmo á los más empedernidos solterones. Pero lo que no debemos ignorar tan comunmente, es el gran poder de sacrificio oculto tan modestamente en las vidas de esas admirables mujeres. Acaso es nada care-

cer de hogar, de amor, de porvenir, de ambición personal: tomar en sus hombros la cruz de la soledad tan difícil de llevar, sobre todo cuando á la externa soledad se une la del corazón: olvidarse de sí mismas lo bastante para no ambicionar nada del mundo y dedicarse al cuidado de los padres, de los sobrinos huérfanos, del pobre, del enfermo, no obstante tener que atender al brutal mecanismo que imponen aún las cenizas de la vida? Vistas superficialmente estas casi amortiguadas existencias despiden poco brillo. Excitan más bien la piedad que la envidia. Los que se les acercan, con respeto, perciben penas secretas, algunas veces la huella de grandes dolores pasados, cargas pesadas bajo las cuales se han tenido que encorvar las frágiles espaldas. Pero no es ahí que está el secreto. Deberíamos poder apreciar la exhuberancia de corazón, esa bondad pura, ese poder de amar, de consolar, de esperar, ese don de alegría interna, esa invencible obstinación en la dulzura y en perdonar aún á los mismos que no se lo merecen. Pobres solteras! A cuántos habeis salvado del naufragio, curado de sus heridas, librado de la perdición, vestido en su desnudez, y servido de madres en la orfandad: cuántos seres se hallarían solos en el mundo si no os tuviesen; á Uds. que por lo común no teneis á nadie! Me equivoco. Alguien os conoce: la gran Piedad incognita que vela sobre nuestras vidas, y sufre con nuestras desgracias! Olvidada, como Uds., y blasfemada como Uds., les ha confiado á Uds. algunos de sus más santos mensajes, y es por eso, indudablemente, que amenudo cuando Uds. nos pasan por el lado, creemos sentir el roce de las alas de los ángeles de salvación.

* * * * *

El bien se oculta bajo tan diversas formas que amenudo es tan difícil encontrarlo como descubrir

los crímenes perpetrados en el silencio y en la oscuridad. Un médico ruso que había pasado diez años de su vida en Siberia, condenado á trabajos forzados por un delito político, gustaba de contar los rasgos de generosidad, de valor, de humanidad, que había observado, no solo entre muchos prisioneros, sino entre los guardias de la galera. A primera vista está uno tentado de exclamar. «Dónde podía manifestarse el bien allí?» En efecto, la vida allí presenta grandes sorpresas y contrastes sorprendentes. Hay hombres íntegros allí, oficialmente reconocidos como tales, en posesión de puestos, podría decirse que casi garantizados por el gobierno ó por la iglesia, á quienes nada podría reprochárseles en absoluto, como no fuera cierta sequedad y dureza de corazón, y se admira uno de encontrar en ciertos seres miserables, una verdadera compasión y una tendencia generosa á sacrificarse por una obra de bien.

* * * * *

Permítaseme ahora hablar del bien incógnito, practicado por gentes á quienes parecemos resueltos á tratar con la mayor injusticia: por la gente rica. Algunos creen haber dicho la última palabra cuando han maldecido al «infame capital.» Para esos, todos los que poseen una gran fortuna son monstruos que se alimentan con la sangre de los infelices. Otros menos exagerados, no confunden sin embargo menos amenudo la riqueza con el egoísmo y la insensibilidad. Debemos hacer justicia sobre estos errores involuntarios ó calculados. Indudablemente hay ricos que solo se cuidan de sí mismos, y otros que solo hacen el bien por ostentación. Conocemos lo demás. Pero la conducta inhumana ó hipócrita de algunos no disminuye el valor del bien que hacen otros y que ocultan con tan perfecta modestia.

Conocí un hombre sobre quien habían llovido todas las desgracias que pueden herirnos en nuestros afectos. Había perdido una esposa querida y enterrado sucesivamente todos sus hijos. Pero poseía una gran fortuna, fruto de su honrado trabajo. Viviendo con la mayor sencillez, casi sin necesidades él mismo, buscaba las ocasiones de hacer el bien para practicarlo. ¡Cuántas veces descubrió gentes que trataban de ocultar su dolorosa pobreza! ¡Cuántos medios puso en juego para llevar alivio á la desgracia, para hacer una poca de luz en la oscuridad de ciertas vidas, y proporcionar gratas sorpresas á sus amigos! Difícil sería describirlo. Su placer consistía en hacer bien á los demás y gozar de su admiración cuando les veía no poder darse cuenta de donde les procedía. Fundaba su dicha en reparar las injusticias de la suerte, y en arrancar lágrimas de alegría de los mismos ojos que antes las derramaban afligidos por la desgracia. Maquinaba, combinaba y trabajaba á hurtadillas, con un miedo infantil de ser sorprendido con «las manos en la masa.» Nadie supo algo de sus hazañas hasta después de su muerte! ¡Y cuántas quizás de que jamás nadie sabrá!

Fué un gran comunista. Porque hay dos clases. Los que aspiran á dividirse los bienes de los demás se encuentran donde quiera y en gran número. Para pertenecer á esa clase basta tener buen apetito. Los que ansían dividir sus propios bienes con los que de todo carecen son raros y escasos, porque para formar parte de esa clase de escogidos es preciso poseer un corazón grande y digno, exento de egoísmos, y sensible á las desgracias de sus semejantes. Afortunadamente la raza de esta clase de comunistas no se ha extinguido y experimento una sincera satisfacción en rendirles el homenaje que no solicitan.

* * * * *

Espero me excusen la insistencia. Se alivia uno tanto de la bilis causada por tantas infamias, por tantas calumnias, por tanto pesimismo y charlatanismo al posar los ojos sobre algo bello, al respirar el perfume de ese vergel oculto en que florece la bondad! Una señora, una extranjera no acostumbrada sin duda á la vida parisiense, me habló un día del horror que le causaba el espectáculo que se ofrecía á sus ojos, los abominables anuncios, los periódicos viles, esas mujeres con el pelo teñido que hormiguean, en muletas, en las carreras, en los cafés conciertos, en el juego, en la corrupción: todo ese torrente de vida superficial y mundana. No pronunció la palabra Babilonia, pero fué apiadándose sin duda de uno de los habitantes de esa ciudad de perdición. «¡Ay! señora, si, son cosas lamentables, pero Ud. no lo ha visto todo.» «Dios me libre» repuso ella. «No, yo desearía por el contrario que Ud. lo viera todo, porque si hay perspectivas muy feas hay otras muy consoladoras. Y, aguarde, cambie tan solo de localidad, ú observe en otras horas. Regálese con el espectáculo de París temprano en la mañana. Adquirirá Ud. muchos elementos para rectificar su opinión sobre París por la noche. Vaya y vea, entre la multitud de otros trabajadores á los barrenderos de calles, que salen cuando las bacantes y los libertinos buscan el lecho. Ud. verá los cuerpos de las cariátides debajo de sus harapos, sus rostros austeros, con qué seriedad barren los restos de la nocturna orgía! Podría comparárseles á los profetas en el dintel de Belshazzar. Hay mujeres entre ellos y muchos ancianos. Cuando hace frío se soplan los dedos y vuelven á barrer. Y eso mismo hacen todos los días. También ellos son habitantes de París. Vaya después á los alrededores, á los estudios y so-

bre todo á los talleres donde el patrón trabaja como su empleado. Contemple el ejército de obreros dirigiéndose á su trabajo. Qué valientes son esas jóvenes que vienen alegres desde sitios apartados de la ciudad hacia los talleres y oficinas! Luego visite los hogares donde verá Ud. las mujeres del pueblo en su tarea. El salario es modesto, la habitación estrecha, la prole numerosa, el marido amenudo brutal. Haga una colección de las biografías de esa pobre gente, presupuestos de gastos del pequeño hogar, mírelos con atención y fijese bien en ellos.

«Vaya luego á ver á los estudiantes. Los que U. ha visto escandalizando en las calles son muchos, pero el número de los que trabajan se llama legión. Solo que están dentro de casa y nadie los vé. Si Ud. supiese tan solo como se trabaja en el barrio latino para adquirir conocimientos! Ud. ha leído los periódicos llenos del ruido que hace cierta juventud que se llama ella misma estudiosa. Los periódicos hablan de los que rompen ventanas, pero porqué no mencionan nunca á los que velan resolviendo problemas de ciencia ó de historia? Eso no interesaría al público. Deténgase! Cuando, como muchas veces ocurre, un estudiante de medicina muere víctima de un deber profesional, lo anuncian en dos líneas las hojas públicas. Un desorden entre gente borracha ocupa una columna entera. Los más pequeños detalles son relevados y comentados. Solo falta el retrato del héroe, y no siempre.

«No acabaría nunca si le demostrara todo lo que le falta por ver para haberlo visto todo. Tendría que penetrar en todas las capas sociales: rozarse con el pobre y el rico, con el sabio y con el ignorante. Y entonces. De seguro, que no juzgaría tan severamente. Paris es un mundo, y lo mismo que

en el mundo en general, el bien se oculta, mientras que el mal tiene á honra exhibirse. Cuando uno mira á la superficie se admira uno de que haya tanto sin servir. Pero cuando baja al fondo se admira por el contrario de que en medio de tan tempestuosa, oscura y amenudo horrible vida puedan subsistir tantas virtudes.»

* * * * *

Pero porqué me empeño en insistir sobre estas cosas? No es para dar fama á los que la ven con horror. No es así que debe entenderse, Mi objeto es éste: llamar la atención sobre el bien incógnito, y sobre todo, hacer que se le ame y se le practique. Está perdido el hombre que solo se complace en lo que brilla y deslumbra los ojos; primero, porque se expone á no ver sino el mal en todas partes, y luego, porque se acostumbra á ver en el bien solo lo que atrae sus ojos, y con facilidad sucumbe á la tentación de vivir aparentando. No solo debemos resignarnos á la oscuridad sino que debemos amarla, si no queremos descender á la categoría de figurantes de teatro que conservan su actitud solo ante los ojos del público, y recobran su natural expresión en los bastidores, olvidándose del carácter que les imponía su papel. Estamos en presencia de uno de los elementos esenciales á la vida moral. Y lo que decimos es verdad no tan solo para aquellos á quienes llaman humildes, y cuyo destino es nunca llamar la atención, sino para todos. Esta verdad es todavía de más peso para los que desempeñan los primeros papeles. Si no quiere Ud. ser una brillante nonada, vestido con muchos colores variados, y adornado con encages de oro, pero con el estómago vacío, debe Ud. llenar su primer puesto con espíritu de sencillez lo mismo que el más oscuro de sus colaboradores. El

que solo vale en los momentos de parada, vale realmente menos que nada. Tenemos el peligroso honor de hallarnos al frente y de marchar en primera fila, pues atendamos con mayor cuidado al interno santuario del bien incógnito en nuestras vidas. Demos al edificio cuya fachada ven nuestros semejantes, la sólida base de la sencillez, de la humildad y fidelidad. Y aproximémonos á los extraños por la simpatía y por la gratitud.

¿Es á eso que lo debemos todo, no es cierto? Apelo al testimonio de los que en la humana experiencia han podido darse cuenta del papel que desempeñan las piedras ocultas, en sostener el peso del edificio. Todos los que llegan á adquirir cierto valer público reconocido se lo deben á algún humilde antepasado espiritual, á algunos inspiradores olvidados. Un pequeño número de seres buenos, entre los cuales los hay amenudo campesinos, mujeres, gente de la que ha sido víctima de la existencia, padres tan modestos como venerados, personifican para nosotros la mejor y más noble vida. Su ejemplo nos inspira y nos sostiene. Su recuerdo vive eternamente inseparable de nuestros corazones. Los vemos en su hora de dolores, sufridos y valerosos, y nuestra carga nos parece menos pesada. Permanecen cerca de nosotros como una invisible falange que nos impide tropezar y perder terreno en la batalla y diariamente nos prueba que el tesoro de la humanidad es el bien que el mundo no conoce.

CAPITULO X.

LA VIDA MUNDANA Y LA VIDA DEL HOGAR.

En tiempo del segundo Imperio había en una de nuestras más bonitas subprefecturas, en una provincia á poca distancia de una estación de seña-



les frecuentada por el Emperador, un alcalde muy respetable y muy inteligente que perdió el juicio al pensar que cualquier día el Jefe del Estado podría presentarse en su casa. Hasta entonces había vivido en una antigua casa heredada de sus padres, como hijo respetuoso hasta de sus más nimios recuerdos. Tan pronto como aquella idea fija se apoderó de su cerebro se transformó en otro hombre. Lo que le había parecido suficiente y hasta cómodo, toda aquella sencillez reverenciada de sus padres y de sus abuelos, le pareció pobre, fea y despreciable. Sería imposible invitar á un Emperador á subir aquellas viejas escaleras, á sentarse en una de aquellas viejas sillas y permitirle poner los pies en aquellas desteñidas alfombras. En consecuencia el alcalde llamó arquitectos y albañiles, atacó las murallas con picos, demolió tabiques y construyó un salón desproporcionado con el resto de la casa por su magnificante lujo. Se retiró con su familia á algunas pequeñas habitaciones, donde apiñados, jente y mueblaje contra su gusto, se hallaban recíprocamente incómodos. Después de haber así en gracia á su idea agotado su dinero y desordenado su casa se puso á esperar á su Imperial huesped. Pero ¡ay! vió la caída del Imperio, pero al Emperador en su casa nunca.

La locura de este pobre hombre no es tan rara como se pudiera pensar. Sufren del mismo mal los que, como él, sacrifican su vida interior por la mundana.

El peligro de semejante sacrificio es más amenazador en estos agitados tiempos. Nuestros contemporáneos están constantemente expuestos á ese peligro, y muchos sucumben en él. Cuántos tesoros de familia han sido despilfarrados de ese modo en pura pérdida para satisfacer nuevas modas ó mundanales ambiciones, haciéndose aun esperar

la dicha que esperaban ver llegar á costa de tan impíos sacrificios! Es un negocio de tontos perturbar el hogar de la familia, dejar caer en desuso las buenas tradiciones, abandonar las sencillas costumbres domésticas. La importancia de la vida sencilla es tal en la sociedad, que basta solamente debilitarla para que la perturbación se haga sentir en todo el organismo social. Para gozar de un desarrollo normal este organismo necesita hallarse bien provisto de individuos bien equilibrados, con valor intrínseco y con distintivo personal. De otro modo la sociedad se convierte en un rebaño de ovejas, y con frecuencia de ovejas sin pastor. Pero dónde encontrará el individuo su originalidad, esa cosa única que unida á las cualidades distintivas de los otros, constituye la riqueza y la solidez de un hogar? Solo puede encontrarla en la familia. Destruyase esa constelación de prácticas y de recuerdos, que convierte cada hogar como en un clima en miniatura, y se destruirán las fuentes del carácter, quedarán cortadas hasta las raíces del espíritu público.

Importa al país que cada hogar sea un mundo sensato, respetado, que comuniquo á sus miembros una indeleble impresión moral. Pero antes de continuar, disipemos un mal entendido. El espíritu de familia, como todas las cosas hermosas tiene su parodia á que se da el nombre de egoísmo doméstico. Algunas familias son como ciudades cerradas, donde todos están organizados para explotar á los de afuera. Todo lo que directamente no les concierne les es indiferente. Están en la posición de colonizadores, podría decir de intrusos, en la sociedad en que viven. Su exclusivismo es llevado hasta el punto de considerar como enemiga á toda la raza humana. Se asemejan á esas poderosas sociedades, que de tiempo en tiempo apare-

cen en la historia, que insensiblemente se posesionan del Imperio del mundo, y para quienes nada vale fuera de ellas. Es ese espíritu el que nos ha hecho considerar la familia como el antro del egoísmo, que debe hacerse desaparecer en bien de la sociedad. Pero así como hay un abismo entre el espíritu de bandera y el espíritu de partido, así también hay un abismo entre el espíritu de familia y el exclusivismo de familia.

* * * * *

Es del espíritu de familia del que nos vamos á ocupar. Porque contiene en germen todas esas grandes y sencillas virtudes que aseguran el poder y la estabilidad de las instituciones sociales. En la misma base del espíritu de familia es que está fundado el respeto del pasado, porque lo que tienen de máspreciado las familias son los recuerdos que guardan en común. Intangible, indivisible, incenagable capital, constituyen estos recuerdos un sagrado depósito. Cada miembro de la familia debe considerarlos como su más precioso tesoro. Existen en una doble forma: en idea y en hecho. Se les encuentra en el lenguaje, en el modo de pensar, en los sentimientos y hasta en los instintos. Y bajo forma material los vemos representados en retratos, muebles, construcciones, vestidos y canciones. Para los ojos profanos eso no vale nada: á los ojos de los que saben apreciar esas características de la vida de familia, son reliquias que no deben enagernarse á ningún precio.

Pero qué es lo que pasa en general en este mundo en que vivimos? La vida mundana hace la guerra al espíritu de familia. Todas las luchas son dolorosas: no conozco ninguna más apasionada que esa. Por grandes como por pequeños medios, por toda clase de nuevos hábitos, por exigencias y

pretensiones, el espíritu mundano invade el santuario doméstico. Cuáles son los derechos de ese extranjero? Sus títulos? Sobre qué puede él basar sus perentorias pretensiones? Es lo que por lo general descuidamos preguntarnos. Hacemos mal. Nos portamos respecto del invasor como la pobre gente se porta respecto de un visitante de mucha importancia. Por este incómodo huésped de un día, arrasan sus jardines, hieren la susceptibilidad de los de la casa desatendiéndolos lo mismo que á los hijos, y abandonan su trabajo. Conducta injusta y atolondrada. Debemos tener el valor de mostrarnos como somos ante quienquiera que sea.

El espíritu mundano tiene todas las impudencias. He aquí un hogar sencillo que aun no se ha apartado de la buena senda y conserva sus caracteres peculiares. Los hombres, los muebles, todo se conserva como era. Por el matrimonio, ó por relaciones de negocios ó de placer, el espíritu mundano se cuele en él. Lo tacha todo de viejo, de tosco, de absurdo. Reclama modernidad. Al principio se limita á la crítica, á la burla chistosa. Pero ese es el momento más peligroso. Tenga cuidado: ahí está el enemigo! Si Ud. se deja influenciar en lo mas mínimo, hoy sacrificará un mueble, mañana una consoladora tradición, y poco á poco, las queridas reliquias de su corazón, los objetos familiares, y con ellos la piedad filial, serán enviados al comerciante en antiguallas.

Los nuevos hábitos y el cambio en el medio ambiente harán que los ancianos padres y los viejos amigos se sientan como desterrados de su patria. Un paso más, y los hará que cambien de vestido: la vida mundana tiende á suprimir todo lo viejo.

Así transformado, con un marco completamente nuevo, Ud. mismo se admirará de formar parte del cuadro. No le sugeriré á su mente nin-

gún recuerdo, pero estará correcto, y el espíritu mundano por lo ménos se declarará satisfecho. ¡Ay! Ahí está su engaño. Después de haber botado verdaderos tesoros como hierro viejo, le agotará el fastidio bajo su nueva librea, y pronto sentirá el ridículo de tal situación. Mas le hubiera valido haber tenido el valor de mantener su opinión al principio y de defender su hogar.

Mucha gente joven cuando se casa se plega á las inspiraciones del espíritu mundano. Sus padres les habían dado el ejemplo de una vida modesta, pero la nueva generación cree que reinvienda sus derechos á la existencia y á la libertad repudiando un estilo demasiado patriarcal á sus ojos. en consecuencia se instalan suntuosamente á costa de grandes gastos, vendiendo las cosas útiles á precios ridículos. En lugar de llenar su casa con objetos que digan, «¡Acuérdate!», la llenan completamente de objetos nuevos que no llevan adherida ninguna idea. Me equivoco. Estos objetos son amenudo como el símbolo de una vida vanidosa y superficial. Respiramos entre ellos no sé que aire acre y mundano. Traen á la mente la idea de la vida de puertas afuera, prisa y torbellino. Y en caso de disposición á olvidarlos, ellos se imponen á su pensamiento diciendo en otro sentido, «¡Acuerdate! No olvides la hora del club, del teatro, de las carreras!» Organizado así el hogar se trueca en un lugar de parada donde se reposa uno entre dos ausencias. No es bueno permanecer en él largo tiempo. Como no tiene alma no le habla al alma. El tiempo de dormir, de comer; y pronto, se toma de nuevo la calle! Le mataría á uno ahí el fastidio: se enervaría.

Todos conocemos algunas de esas gentes que padecen de la rabia de vivir en la calle, que creen que el mundo se detendría en su carrera si no se las vie-

se en todas partes. Quedarse en casa es su cruz más pesada. No pueden soportar el mirarse á sí mismos allí, ni aún en su retrato. El horror de la vida del hogar se ha apoderado de ellos de tal manera que prefieren pagar por fastidiarse en la calle antes que divertirse gratis en su casa.

* * * * *

Poco á poco la sociedad se inclina á la vida en manadas que no debe confundirse con lo que es en realidad la vida pública. La vida en grupos se parece amenudo á la bandada de mariposas en el sol. A nada se parece tanto la vida de un hombre mundano como á la vida de otro hombre mundano. Y esa banalidad universal destruye hasta la esencia del espíritu público. No hay que hacer grandes viages para ver los destrozos que este espíritu mundano ha hecho en la sociedad contemporánea, y si tenemos tan poca base de equilibrio, de reposado sentido común, de iniciativa, una de las grandes razones es la disminución de la vida de familia ó casera. Las masas se dirigen cojeando detras de las altas clases. El pueblo se ha hecho mundano. Porque es mundanalidad abandonar su casa para irse á vivir á los salones. La miseria y el estado triste de esas habitaciones no basta para explicar la corriente que impulsa á todos fuera de su casa. Porqué el campesino abandona por el mesón la casa donde su padre y su abuelo fueron tan dichosos? La casa ha permanecido igual: hay el mismo fuego en el mismo brasero. Porqué alumbra un círculo incompleto en vez de las largas veladas de otros tiempos, en que los jóvenes y los viejos se codeaban alrededor de su llama? Algo ha cambiado en el espíritu de los hombres. Cediendo á sus desmedidos deseos se han divorciado de la sencillez. Los padres han abandonado su puesto de honor, las mujeres

vegetan en el hogar solitario, y los niños se arañan entre sí en espera del momento de gobernarse á su capricho.

Debemos reaprender la vida casera y el valor de las tradiciones domésticas. Una piadosa solicitud ha consagrado ciertos monumentos del pasado entre nosotros. Y manos piadosas han coleccionado viejos trajes, dialectos provinciales, y antiguas canciones antes de que desaparecieran del mundo. Qué deleite se experimenta al conservar y contemplar esas ruinas de un gran pasado, esos vestigios de las almas de nuestros antepasados! Hagamos lo mismo con las tradiciones de familia: conservemos y hagamos perdurar tanto tiempo como sea posible, en cualquiera que sea la forma, lo que aun existe de lo patriarcal.

* * * * *

Pero no todos tienen tradiciones que conservar. Razón más para redoblar nuestros esfuerzos por la constitución y la cultura de la vida de familia. No se necesita para ello ni ser muchos, ni tener una alta situación. Para crear un hogar, hay que estar dotado del espíritu casero. Así como una pequeña aldea puede tener historia y carácter moral propio, el hogar más humilde puede tener su alma. Cómo vivifica la atmosfera, cómo influye el espíritu de ciertas habitaciones! Qué mundo de misterios! Aquí, desde el mismísimo dintel le huela á uno la frialdad: se apodera de uno el disgusto. Algo invisible le rechaza. Allí, tan pronto la puerta se abre, siente Ud. que la afabilidad y el buen humor le rodean. Se dice que las paredes oyen. También tienen sus voces y su elocuencia. Al rededor de lo que constituye un hogar flota el espíritu de su gente. Y alego como prueba de la existencia y del poder de ese espíritu, los hogares de las solteras

y de las mujeres que viven vida aislada. Qué abismo entre la una y la otra habitación! Aquí la inercia, la indiferencia, la tierra para lo terrenal. La divisa del locatario está escrita en la manera de colocar los libros y las fotografías. *Todo igual á mí.* Allá, la alegría de vivir, la animación comunicativa, el visitante siente que algo le dice de mil modos. «Quienquiera que seas, huesped de una hora, te doy la bienvenida. La paz sea contigo!»

Nunca podremos encomiar lo bastante la vida del hogar; la influencia de una flor preferida cultivada en la ventana; el encanto de una vieja poltrona donde está el abuelo presentando sus arrugadas manos á los besos de los traviosos nietecillos! Pobres modernos! nosotros, que después de modificar el aspecto de nuestras ciudades, de nuestras casas, de nuestras costumbres, de nuestras creencias, nos encontramos sin tener donde reposar nuestras cabezas. No aumentemos la tristeza, la vacuidad de nuestras inciertas existencias abandonando la vida del hogar. Encendamos de nuevo la llama del frío brasero, creémos de nuevo retiros inviolables, nidos tibios, donde los niños se hagan hombres, donde el amor encuentre albergue; la vejez reposo; la oración un altar y la patria un culto!

CAPITULO XI.

LA BELLEZA SENCILLA.

Puede haber quien proteste en nombre de la estética contra la organización de la vida sencilla. O quienes nos opongan la teoría de la utilidad del lujo, providencia de las transacciones, fomentador de las artes, y ornamento de las sociedades civilizadas. Queremos responderles por adelantado con algunas pequeñas observaciones.

Indudablemente se ha apercibido el lector de que el espíritu que inspira estas páginas no es el espíritu del utilitarismo. Sería un error creer que la sencillez que buscamos tiene algo de común con la avaricia sórdida de los avaros y con la de los espíritus extraviados por falsas apreciaciones. Para los primeros la vida es sencilla y barata. Para los segundos es una existencia escualida y negativa cuyo mérito consiste en privarse de todo lo que rie, brilla y encanta.

No nos desagrada que los que poseen muchas riquezas pongan su fortuna en circulación en lugar de atesorarla, y de ese modo hagan prosperar el comercio y las bellas artes. Después de todo, sacan un excelente partido de su privilegiada situación. Lo que combatimos es la estúpida prodigalidad, el empleo egoísta de las riquezas, y el anhelo de lo superfluo de parte de los que antes que todo necesitan cuidarse de lo necesario. El lujo de un Mecenas nunca podría influir en la sociedad del mismo modo que el de un depravado vulgar que admira á sus contemporáneos por la extravagancia de su vida y la enormidad de sus gastos. La misma palabra representa aquí cosas muy diferentes. Derrochar dinero no es todo; hay medios de derrocharlo que ennoblecen á los hombres, y otros que los rebajan. Derrochar dinero implica además que uno lo tenga en abundancia. Tan pronto como el deseo de vivir suntuosamente se apodera de los que disponen de medios limitados, la cuestión cambia por completo de faz. Y lo que nos llama la atención en estos tiempos es la rabia de agotar sus medios entre los que más debieran cuidarlos. Que la munificencia es un beneficio social, lo creémos implícitamente. Que se pueda hasta asegurar que la prodigalidad de ciertos ricos es como una bomba de drenage destinada á trasportar lo que rebosa,

ni siquiera intentaremos discutirlo. Afirmaremos solamente que hay demasiada gente que derrocha, cuando está en su interés—y es su deber—practicar la economía. Su lujo y su apego á él son una calamidad pública y un peligro social.

Hablemos ahora del lujo útil.

Deseamos explicarnos sobre el lado estético de la cuestión. Muy modestamente y sin invadir el terreno que pertenece á los especialistas. Por un error demasiado esparcido, la gente considera la sencillez como reñida con la belleza. Pero lo sencillo no es sinónimo de lo feo, como el lujo exagerado, rebuscado y costoso no es sinónimo de lo bello. Molesta nuestra vista el espectáculo de una belleza deslumbrante, vestida con mal gusto; el arte venal, ó el lujo sin gracia ni sentido. La riqueza unida al mal gusto nos obliga amenudo á lamentar que tengan dinero los que lo emplean en sacar á relucir tan prodigiosa cantidad de obras de baja estofa. Nuestro arte contemporáneo sufre de falta de sencillez, lo mismo que nuestra literatura: se les exhibe con demasiados adornos, demasiados firifollos y gaias rebuscadas. Por rareza nos es dado contemplar en sus líneas la sencillez unida á la perfección, que se impone á la vista como la evidencia se impone al entendimiento. Necesitamos bañarnos en la fuente de fuerza ideal de la inmortal belleza que imprime su sello en las obras grandes, y un solo rayo de la cual vale más que todas las pompas exhibiciones.

* * * * *

No obstante, sobre lo que más empeño tenemos en hablar aquí es sobre la estética ordinaria de la vida, sobre el cuidado que debemos poner en el adorno de nuestras habitaciones y de nosotros mismos para dar á la existencia ese brillo sin el cual carece de todo encanto. Porque no es indiferente que el hom-

bre cuide ó descuide esa necesaria superfluidad. Ello nos revela el alma que pone en su vida. Lejos de considerar como inútil preocupación lo que nos excita á embellecernos, á cuidarnos, á idealizar, creo que deberíamos fomentarlo en cuanto nos sea posible. La misma Naturaleza nos da el ejemplo, y el hombre que hace alarde de despreciar ese tenue rayo de belleza, con que adornamos nuestros rápidos días, se aparta de las intenciones de Aquel que sembró de estrellas el cielo y dedica el mismo cuidado y el mismo amor á pintar la efímera flor que El dió á la eterna montaña.

Pero no debemos caer en la grosera tentación que nos induce á confundir la verdadera belleza con lo que solo tiene el nombre de ella. La belleza y la poesía tienen el sentido que les damos. Nuestras casas, nuestra mesa, y nuestro traje deben revelar nuestras intenciones. Para comunicarles esas intenciones debemos primero tenerlas. El que las posee sabe comunicarlas por los medios más sencillos. No se necesitan riquezas para darle gracia y encanto á nuestra habitación y á nuestro traje. Basta para eso tener gusto y afabilidad. Tocamos ahí un punto muy interesante para todos, pero que quizás interese más á las mujeres que á los hombres.

Los que desean ver á las mujeres vestirse de material burdo, encubrir sus cuerpos con ropas cuya lisa uniformidad nos hace recordar los sacos, se rebelan contra su más sagrada naturaleza y trastornan por completo el espíritu de las cosas. Si los vestidos respondieran tan solo á preservarnos del frío ó la humedad, una frisa ó una piel de animal bastarían. Pero implican mucho más que eso. El hombre pone todo su ser en todo lo que hace: transforma en signos las cosas de que se sirve. El vestido no es una simple cobertura es

un símbolo. Lo atestigua en la riqueza de la variada indumentaria nacional y provincial, y en la usada por los miembros de nuestras antiguas corporaciones. El vestido también tiene algo que decirnos. Mientras más sentidos contiene más valioso es. Para que verdaderamente sea bello, debe anunciar cosas buenas—cosas personales y ciertas. Pongásele á uno, sin afinidad con lo que use, si hay uno de esa clase, los más ricos vestidos del mundo y llevará una máscara. parecerá un ridículo lfo. El exceso de la moda, al hacer que la mujer desaparezca completamente bajo sus adornos puramente convencionales, le arrebatara su principal atractivo. Resulta que este abuso de muchas cosas que las mujeres encuentran bonito, perjudica á su belleza tanto como al bolsillo de sus padres y de sus maridos.

Qué diría Ud. de una joven que para expresar sus ideas, usara de los términos más escogidos, hasta exquisitos, pero sacados textualmente de un manual de conversación? El efecto de los trajes, bien arreglados en sí mismos, pero que uno ve usados por la generalidad, es idéntico.

No resisto á la tentación de citar aquí un pasaje de Camilo Lemmonier, que apoya mi idea:

«La Naturaleza ha puesto un arte encantador en los dedos de la mujer, que ella conoce por instinto, y que es completamente suyo como la seda de un gusano de seda, ó la tela de la activa é inteligente araña. Ella es la poetisa, la artista de su gracia y su candor, ella es la clave misma del misterio en que se envuelve su arte de agradar. Todo el talento que ella emplea en querer igualarse al hombre en las otras artes, nunca será tan valioso como la inteligencia y el tesoro que representa el pedazo de tela que prepara para sí misma.

«Muy bien; yo deseo que á ese arte especial se

le rinda más honor. Lo mismo que la educación consiste en pensar con nuestra propia cabeza, en sentir con nuestro propio corazón, en explicar nuestras personales sensaciones, nuestro ser íntimo, latente, al cual por el contrario se le voltea al revés y se le aplana en miras de la uniformidad, yo desearía que la joven aprendiz, la madre del futuro, fuera desde temprano la pequeña esteta del vestido, su propia costurera, *ella* que un día será la costurera de sus hijos, pero con gusto y el don de personificarse en esa obra maestra de la personalidad femenina: un camión—sin los cuales una mujer solo parece un lío de harapos. >

El vestido que uno se hace á sí mismo es casi siempre el que mejor le sienta: en todo caso, es el que le produce más placer. Eso es lo que muchas mujeres olvidan demasiado amenudo. La obrera y la campesina cometen el mismo error. Desde que se visten en los almacenes de ropa hecha, donde venden dudosas imitaciones de los mejores estilos, la gracia ha casi desaparecido de los trajes populares. Y sin embargo, hay en el mundo algo que tenga el don de ser más agradable que la fresca presencia de una joven obrera ó de una joven campesina vestida á la moda de su país, y hermosas en su sencillez solamente?

Estas mismas reflexiones pueden aplicarse á la forma de arreglo y decoración de nuestra habitación. Si hay trajes que revelan una completa concepción de la vida, sombreros que son poemas, lazos que son *cucardas*, también hay arreglos de casa que á su modo hablan al entendimiento. Porqué bajo el pretexto de embellecer nuestra casa la despojamos de su caracter personal que siempre tiene su valor? Porqué hacer nuestros aposentos como los de los hoteles ó como los salones en las estaciones del ferrocarril, á fuerza de hacer pre-



dominar ahí el tipo oficial de belleza predominante?

Qué pesado es recorrer las casas de una ciudad, ó de ciudades, de un país ó de los países de un vasto continente, y hallar dondequiera ciertas idénticas formas, inevitables, uniformes, irritantes en su multiplicidad! Cuánto ganaría la estética con la sencillez! En vez de ese lujo de chucherías, despojos del mar, de todos esos pretenciosos pero insípidos y banales adornos, podríamos tener una infinita variedad. El material se brindaría á nuestra vista. Lo imprevisito bajo mil formas distintas nos regocijaría, y volveríamos á encontrar el secreto de pintar un cortinaje, un viejo mueble, el techo de una casa, y ese sello de humana personalidad que da á ciertas antigüedades su inestimable valor.

Continuemos y pasemos á cosas aun más sencillas. Deseo hablar de los pequeños detalles del manejo de una casa, que mucha gente joven de nuestros días encuentra tan poco práctico. Su desprecio por las ocupaciones materiales, por los modestos cuidados que una casa exige, proceden de una confusión muy generalizada, pero no por eso menos lastimosa. Esta confusión consiste en pensar que la belleza y la poesía están en cosas donde no están. Hay ocupaciones distinguidas, elegantes, como el cultivo de la literatura, tocar el arpa; y ocupaciones groseras, desagradables, como limpiar zapatos, barrer, ó velar el puchero en la candela. Error pueril! Ni el arpa, ni la escoba tienen que ver en el asunto: depende de la mano que las maneja y del espíritu que anima esa mano. La poesía no está en las cosas; está en nosotros. Debemos imprimirla en los objetos como el escultor imprime su sueño en el marmol. Si nuestras vidas y nuestras ocupaciones por lo regular carecen de encanto á despecho de su distinción externa es porque no hemos sabido imprimírsolo. Lo sublime en el arte

es darle vida á lo que es inerte, domesticar lo que es salvaje. Desearía que nuestras mujeres se aplicasen á desarrollar en sí el arte esencialmente femenino de dar alma á las cosas que carecen de ella. El triunfo de la gracia de la mujer estriba en esa obra. Solo la mujer sabe introducir en la casa ese no sé qué, que hizo decir al poeta: «La casa se alegra y rie.» Se dice que no hay hadas ó que ya no las hay, pero los que eso dicen no saben lo que hablan. El modelo original de las hadas cantadas por los poetas lo encontraron y aun se encuentra entre esas amables mortales que saben amasar su pan con energía, zurcir la ropa con bondad, asistir sonriendo á los enfermos, poner gracia en una cinta y esmerarse en hacer bien el puchero.

* * * * *

Es muy cierto que el cultivo de las bellas artes tiene algo de moralizador y que nuestros pensamientos y actos se impregnan á la larga de lo que atrae nuestros ojos. Pero el ejercicio de las artes y la contemplación de sus resultados, son privilegios reservados á un corto número. A todos no les es dado poseer, comprender ó crear cosas bellas. Pero hay un género de humana belleza que puede penetrar en todas partes: la belleza que reside en las manos de nuestras esposas é hijas. Sin esa belleza, qué es el más suntuoso hogar? Una estancia monótona y fría. Con ella la más pobre choza se anima é ilumina. Entre las fuerzas capaces de ennoblecer y de transformar voluntades, aumentando la dicha, quizás no hay otra de uso más universal. Conoce la manera de hacer cosas valiosas con los más pobres materiales y en lucha con las mayores dificultades. Cuando la habitación es pequeña, cortos los recursos de la familia, la mesa modesta, una mujer dotada de ese don encuentra el modo de hacer que el orden, la lim-

pieza y el decoro reinen ahí. Pone cuidado y arte en todo lo que emprende. Hacer bien lo que uno tiene que hacer no es á sus ojos privilegio de los ricos, sino el derecho de todos. Es por eso que lo ejerce, y sabe revestir su casa de una dignidad y de una amenidad, que en vano se búsca en aquellos hogares de más fortuna donde todo se confía á manos mercenarias.

Entendida así la vida, no tarda en revelarse rica en belleza, en atractivo y en satisfacciones íntimas. Poseerse uno mismo, desentrañar de lo que nos rodea el género de belleza que le pertenece, esa es la belleza ideal. En la práctica de su misión cada vez más importante y de más alta significación, la mujer habrá aprendido á poner su alma en sus quehaceres, y á revestir de bondad esa alma, como símbolo externo de esos sentimientos delicados á que hasta los seres más brutales se muestran sensibles. No sería esto mejor, que desear lo que no tienen, y aplicar su deseo á una imitación ridícula de adornos fuera de su alcance?

CAPITULO XII.

EL ORGULLO Y LA SENCILLEZ EN LAS RELACIONES SOCIALES.

Sería difícil quizás encontrar un asunto más apropiado que el orgullo, para probar que los obstáculos para una vida mejor, los más fuertes é ilusorios, están más en nosotros mismos que en las circunstancias. La diversidad y, más que todo, el contraste de las situaciones sociales, dan irremediamente lugar á que nos asedien toda clase de conflictos. Pero cuántas de esas relaciones entre miembros de una misma sociedad se simplificarían, apesar de todo, si lleváramos otro espíritu al círculo trazado por las necesidades externas! Con-

venzámonos de que no son en definitiva ni las diferencias de clase, ni de funciones, ni las formas tan distintas de nuestros destinos, las que separan á los hombres. Si ese fuera el caso, veríamos reinar una idílica paz entre colegas, entre camaradas y entre todos los hombres con intereses análogos y destinos semejantes. Todos por el contrario saben, que las luchas más enardecidas son las que se suscitan entre seres semejantes, y que no hay guerra más cruel que la guerra civil. Lo que realmente impide el concierto entre los hombres, es ante todo y sobre todo, el orgullo. El orgullo convierte al hombre en un erizo, que no puede ser tocado sin herir á quien lo toca. Hablemos primero del orgullo de los grandes de la tierra.

Lo que me disgusta en el rico que pasa en su carruaje, no es su equipage, no es su manera de vestir, ni el número y la prevención de su servicio doméstico. Es su desprecio. Que posea una gran fortuna no me duele si no estoy dotado de una disposición odiosa, pero que me salpique de lodo, que me pise, que demuestre en todo su continente que yo no valgo nada á sus ojos porque no soy rico como él, eso es lo que me hierde y con mucha razón. Me impone un sufrimiento, y en realidad un sufrimiento inútil. Me insulta y me humilla gratuitamente. No es lo que él tiene de vulgar sino lo que es más noble en mí lo que se iergue ante ese orgullo irritante. No se me acuse de envidia, porque no la siento. Es mi dignidad de hombre lo que se subleva. Es inútil empeñarse mucho en ilustrar estas impresiones. Todos los que viven han tenido experiencias que deben justificar mis palabras á sus ojos. En ciertos centros dedicados á intereses materiales, el orgullo de la riqueza domina hasta tal punto que los hombres se cotizan entre sí como cotizan los valores en la Bolsa. La estimación se

mide por el contenido de la Caja. La buena sociedad la constituyen los acaudalados; la clase media, los de mediano pasar. Viene luego el pueblo de escasos medios, y los que no tienen nada. En todos los casos obran bajo ese principio. Y aquel que, relativamente rico, ha demostrado su desdén por los que son menos opulentos, se ve á su vez desdeñado por los que gozan de mayor fortuna. De ese modo la rabia de la comparación roe desde la cúspide hasta los cimientos. Tal centro parece como hecho ex profeso para fomentar los peores sentimientos; pero no es las riquezas, es el espíritu que se pone en ellas lo que debemos reprobar. Algunos ricos no tienen esa grosera concepción—especialmente aquellos que de padres á hijos se han acostumbrado al bienestar.—Pero se olvidan de que hay cierta delicadeza en no dar lugar á que los contrastes se destaquen demasiado. Suponiendo que no exista ningún mal en el goce de un excesivo superfluo, es acaso indispensable hacer aparato de esa abundancia, para herir la vista de los que carecen de lo necesario, y ostentar ese lujo á la faz de la miseria? El buen gusto y cierta clase de modestia le impediría al hombre delicado hablar de su vigoroso apetito, de su sueño apacible, de su dicha de vivir al oído del hombre que se está muriendo de consunción. Muchos ricos carecen de tacto, y á veces por ello carecen de caridad y de prudencia. Tendrán razón de quejarse de la envidia de los demás después de haber hecho todo lo posible por despertarla?

Pero de lo que más carecen es de discernimiento, cuando fundan su orgullo en su fortuna, ó cuando inconscientemente se dejan absorber por las seducciones del lujo. Primero, es caer en una pueril confusión, considerar las riquezas como una cualidad personal. Se asemejaría ese error, al

por demás absurdo de apreciar el valor del contenido por el del continente. No deseo pesar demasiado sobre el asunto, es demasiado penoso. Y sin embargo, puede uno contenerse de decir á los interesados: «Cuidado! No confundan lo que posean con lo que Uds. son. Aprendan á conocer lo escabroso de los esplendores del mundo para que así se den cuenta de lo efímero que son y de su miseria moral. El orgullo nos prepara trampas por demás ridículas. Debemos sospechar de un compañero que nos hace odiosos á nuestros semejantes, y que nos hace perder la claridad del juicio!»

Los que se entregan al orgullo de la riqueza olvidan otro punto—y el mas importante de todos—que es el de que poseer es una función social. No hay duda de que la propiedad individual es tan legítima como la misma existencia y la libertad del individuo. Esas dos cosas son inseparables, y es una Utopia de las más peligrosas atacar bases tan elementales de toda vida. Pero el individuo pertenece á la sociedad con todas sus fibras, y todo lo que hace debe ejecutarlo en miras del conjunto ó de la totalidad. Poseer es por lo tanto, menos un privilegio que á el se le antoja glorificar, que una carga cuyo peso siente. Lo mismo que se necesita sufrir primero un aprendizaje, amenudo difícil, para poder ejercer todas las funciones sociales, así esa función que se llama riqueza reclama un aprendizaje. La mayor parte del pueblo, pobre ó rico, se imagina que en la opulencia nada hay que hacer sino abandonarse á la vida. De ahí que sean tan pocos los que saben ser ricos. En manos de un gran número la riqueza es, según la jovial y terrible comparación de Lutero, como un arpa bajo el casco de la pata de un burro—no saben el modo de usarla.

* * * * *

Así, cuando uno se tropieza con un hombre,

rico y sencillo al mismo tiempo, es decir, que considera su riqueza como un medio de llenar su humana misión, debemos saludarlo respetuosamente, porque indudablemente ese es alguien. Ha superado obstáculos, sufrido pruebas, y triunfado de las tentaciones ya vulgares, ya sutiles. No confunde el contenido de su bolsillo con el de su cerebro ó de su corazón, y no es como cifras como estima á sus semejantes. Su situación escepcional en lugar de engrairle, le humilla porque conoce realmente todo lo que le falta para poder elevarse hasta la altura de su deber. Es afable, dispuesto á servir, y lejos de levantar con sus bienes una barrera que le separe de los demás hombres, los convierte en medio de ponérseles más cerca. Aunque el oficio de ser rico ha sido tan mal desempeñado por tantos, orgullosos y egoístas, éste logra hacerse apreciar de todo el que no es insensible á la justicia. Todo el que se le acerca y ve su vida se halla obligado á entrar en sí mismo y á preguntarse: «Qué habría hecho yo en las mismas circunstancias? Habría yo tenido esa modestia, esa afabilidad, esa probidad, que lleva á manejar lo propio como si perteneciera á otra persona?» Mientras haya mundo y sociedad humana existirán esos conflictos de intereses; mientras la envidia y el egoísmo existan sobre la tierra nada será más respetable que la riqueza aliada al espíritu de sencillez. Logrará más que hacerse perdonar; logrará que se ame á sus favoritos.

* * * * *

Más maléfico que el orgullo inspirado por la riqueza, es el inspirado por el poder, y por poder entiendo aquí todos los poderes que un hombre puede adquirir sobre otro, sea grande, sea pequeño. No veo medio de evitar que en el mundo haya hombres con poder desigual. Toda organización

supone una jerarquía de fuerzas. Nunca podemos ir más allá. Pero temo que si el gusto del poder se extiende demasiado, el espíritu de poder se pierda. Por mal entenderlo y mal usarlo, los que en casi todas partes disponen de un poco de autoridad, la comprometen al fin.

El poder ejerce una poderosa influencia sobre el mismo que de él dispone. Requiere una cabeza firme para no marearse con él. La clase de demencia que se apoderó de los emperadores romanos en tiempos de su despótico poder, es una enfermedad universal, cuyos síntomas han existido en todas las edades. Hay un tirano latente en cada hombre, que solo espera el momento propicio para manifestarse. Ahora bien: este tirano es el peor enemigo de la autoridad, porque solo nos presenta una ridícula caricatura de ella. De ahí proceden una multitud de complicaciones sociales, de rozamientos y de odios. Todos los hombres que han dicho: «Ud. hará esto porque yo lo quiero ó mejor, porque así me place», fomentan el mal. Hay algo en cada uno de nosotros que nos excita á resistir el poder personal, y ese algo es muy respetable. Porque en el fondo todos somos iguales y nadie tiene derecho de exigirme obediencia por ser quien es y yo quien soy. En este caso su mandato me rebaja y no es permitido dejarse uno humillar.

Hay que haber vivido en escuelas, en estudios, en la administración de las oficinas públicas para haber observado detenidamente las relaciones entre hombres y sirvientes: haberse detenido un poco donde quiera que se ejerce la supremacía del hombre sobre el hombre, para tener una idea de lo que hacen los que ejercen con arrogancia su poder. De cada alma libre hacen un alma esclava, es, decir, un alma en rebeldía. Y parece que este

terrible efecto anti-social se produce con más seguridad cuando el que manda está cerca de la condición del que obedece. El tirano más implacable es el tiranuelo. Un regente ó un supervigilante en un taller emplea más ferocidad con los operarios que el principal. El cabo es por lo general más severo con los soldados que el coronel. En muchas casas donde la señora no tiene mucha más educación que su criada las relaciones entre ellas son como las del galcoto y su guardia. Desgraciado en dondequiera del que cae entre las manos de un subalterno ebrio de su autoridad!

Olvidamos demasiado que el primer deber de quienesquiera que ejerzan autoridad es el de ser humildes. La grandeza no es la autoridad. La ley no está en nosotros. La ley está sobre nosotros. No hacemos más que interpretarla; pero para hacerla respetable á los ojos de los demás debemos ser los primeros en respetarla. El mando y la obediencia en la sociedad humana, no son después de todo sino dos formas de la misma virtud, servidumbre voluntaria. La mayoría de las veces no somos obedecidos porque no hemos obedecido primeramente.

El secreto de la ascendencia moral pertenece á aquellos que mandan con sencillez. Suavizan por la forma la crudeza del hecho. Su poder no reside en los avalorios, ni en el título, ni en las medidas disciplinarias. No emplean ni férula ni amenazas, y sin embargo obtienen todo lo que desean. Por qué? Porque cada uno se siente dueño de sí mismo, obedeciendo por su voluntad. Lo que confiere á un hombre el derecho de pedirle un sacrificio á otro—de su tiempo, su dinero, sus pasiones y hasta de su vida—es que no solo está él resuelto á hacer esos sacrificios por sí mismo sino que en su ser íntimo los ha hecho por adelantado. En la or-

den que emana de un hombre animado de ese espíritu hay nó sé que poder que se comunica al que debe obedecer y le ayuda á cumplir con su deber.

En todas las manifestaciones de la actividad humana hay jefes que inspiran, sostienen, electrifican á sus soldados. Bajo su dirección una tropa hace prodigios. Se siente capaz con ellos de todos los esfuerzos, de meterse en el fuego según la expresión popular, y de pasar á través de él con su entusiasmo.

* * * * *

Pero no existen tan sólo los orgullos de los grandes: existen también los orgullos de los pequeños, ese bajo ceño que es el digno apéndice del orgullo más alto. El origen de estos dos orgullos es idéntico. El hombre que dice: «yo soy la ley», no es tan solo el ser arrogante é imperioso cuya sola actitud excita á sublevarse; es también el subalterno cuya cabeza de chorlito no acepta que haya nada por encima de él.

Hay positivamente una gran cantidad de gentes á quienes irrita toda superioridad. Para ellos todo consejo es una ofensa: toda crítica una impostura: toda orden un atentado contra su libertad. No aceptan reglas: respetar algo ó á alguien les semeja una mental aberración. Dicen con su talante: «fuera de nosotros no hay lugar para nadie.»

A esta altiva familia pertenecen también los intratables y los susceptibles en demasía; quienes en condición más humilde nunca logran estar satisfechos, y quienes cumplen sus deberes con el aspecto de víctimas. En el fondo de estos espíritus afligidos hay un mal entendido amor propio. No saben ocupar sencillamente su puesto, y complican sus vidas y las de los demás por ridículas pretensiones é injustas suspicacias.

Cuando uno se toma el trabajo de estudiar á los hombres de cerca, se sorprende uno de hallar que el orgullo tiene buen albergue entre los que llamamos humildes. Tal es el poder de este vicio, que logra levantar alrededor de los que viven en las más modestas condiciones una espesa muralla, que los aísla de sus semejantes. Se encuentran ahí atrincherados, embarricados en sus ambiciones y sus desdenes, tan indomables como los poderosos de la tierra tras el parapeto de sus aristocráticas preocupaciones. Oscuro ó ilustre el orgullo se arrebuja en su sombrío manto real de enemistad al género humano. Es el mismo en su miseria y en su grandeza, impotente y solitario, desconfiando de todo y complicándolo todo. Y nunca podemos repetir lo bastante que si existe tanto odio y tanta hostilidad entre las diferentes clases, se debe menos á la externa fatalidad que á la interna fatalidad de qué nos hallamos poseídos. El antagonismo de intereses, y el contraste de las situaciones cava fosos entre nosotros—nadie puede negarlo—pero el orgullo transforma esos fosos en abismos y en realidad es él quien desde un borde grita á los del otro borde: «Nada hay de común entre nosotros!»

* * * * *

‘Todavía nos queda que decir del orgullo, pero es imposible presentarlo bajo todas sus formas. Lo abomino, sobre todo, cuando invade el saber y lo esteriliza. Nuestro saber como la riqueza y el poder debe ponerse al servicio de nuestros semejantes, utilizándolo para su bien. Es una fuerza social que debe ser aprovechada y que no puede serlo á menos que los que saben se acerquen á los que no saben. Cuando el saber se transforma en instrumento de a ambición se destruye á sí mismo.

Qué diremos del orgullo de la gente buena—por que existe, y hace hasta á la virtud repulsiva. El justo á quien aflige, y que subsana en lo que le es posible, el mal que otros hacen, vive vida de solidaridad y en la verdad social. Por el contrario, el justo que desprecia á los otros por sus faltas y descarrilamientos, y se atrinchera contra la humanidad y sus cualidades, convirtiéndose en un vano adorno de su vanidad, se nivela con los ricos á quienes no inspira la bondad y con las Autoridades envanecidas que no saben conciliarse el espíritu de obediencia. Tanto como el rico altivo y como el arrogante señor es odiosa la virtud orgullosa. Da al hombre un aspecto y una actitud que provoca no se qué de beligerante. Su presencia nos aleja lejos de atraernos, y aquellos á quienes su virtud se digna honrar con sus beneficios se sienten como si hubiesen recibido una bofetada.

Resumamos y deduzcamos.

Es un error pensar que nuestras ventajas, cualesquiera que sean, deben ponerse al servicio de nuestra vanidad. Cada una de ellas constituye para el que las posee una obligación y no un motivo de jactancia. Los bienes materiales, el poder, el saber y las cualidades del corazón y de la inteligencia, son otras tantas causas de discordia cuando sirven para alimentar el orgullo. Solo son benéficas cuando están subordinadas á la modestia en aquellos que las poseen. Seamos humildes si poseemos mucho porque eso prueba que debemos mucho. Todo lo que el hombre tiene se lo debe á alguno y ¿tenemos seguridad de poder pagar todas nuestras deudas?

Seamos humildes si nos vemos investidos de alguna importante función y si tenemos en nuestras manos la suerte de los demás, porque es imposible que un hombre de buen juicio no se sienta bajo

el peso de graves deberes.

Seamos humildes si tenemos muchos conocimientos pues ellos no nos sirven sino para mejor comprobar la grandeza de lo desconocido y para apreciar lo poco que hemos descubierto por nosotros mismos comparado con la enorme masa de lo que debemos al trabajo de los demás.

En resumen, seamos sobre todo humildes, si somos virtuosos, porque nadie puede apreciar mejor sus defectos que el que sabe conocerlos, y él más que nadie debe sentir la necesidad de ser indulgente con los demás y dolerse de los que viven en el mal.

* * * * *

Y qué hace Ud. de las diferencias necesarias? quizás pregunte alguien. Con tanta sencillez no va Ud. á borrar el sentimiento de distancia que es necesario para sostener el mecanismo social?

No soy de opinion que fuera conveniente suprimir las distancias y las distinciones. Pero creo que lo que distingue á un hombre no se funda ni en el grado ni en la función, ni en el uniforme, ni en la fortuna, sino en el hombre mismo. Más que ninguna otra época ha extirpado la nuestra la vanidad de las apariencias puramente externas. Para ser alguien actualmente no basta hallarse revestido del manto de emperador ó de una corona real. Para qué sirve usar galones de oro, tener escudo de armas, ó condecoraciones? Desde luego que no deben reprobarse los signos externos. Tienen su significación y su utilidad, pero á condición de que cubran algo y no vacuidades. Cuando llegan á no significar nada, se hacen inútiles y peligrosos. El único medio de distinguirse el hombre es perfeccionándose. Si Ud. desea que las distinciones sociales, tan necesarias en sí mismas, sean efectivamente estimadas, es preciso que Ud. empiece por

hacerse digno de ellas. De otro modo contribuiría Ud. á que se las odie y desprecie. Es una cosa desgraciadamente demasiado cierta, que el respeto desaparece de entre nosotros, y no es culpa por cierto de las distinciones adecuadas á designar lo que ellas quisieran que fuera respetado. La causa del mal está en la creencia de que una alta posición releva al que la ocupa de cumplir los deberes usuales de la vida. Al elevarnos creemos poder sobreponernos á la ley. Y olvidamos de ese modo que el espíritu de modestia y de obediencia debe acrecentarse en la misma razón. Resulta que los que mayor respeto exigen para el cargo que ejercen, hacen lo que es menos propio para merecerlo. Es por eso que el respeto se va.

La única distinción necesaria es la que se asienta en el deseo de mejorarse. El hombre que procura mejorarse, se hace más humilde, más amable y más familiar aun con los que le deben respeto. Pero al ganar por ser mejor conocida la jerarquía, nada pierde, y cosecha tanto más respeto cuanto menos orgullo mezcló al plantar la semilla.

CAPITULO XIII.

LA EDUCACION EN LA SENCILLEZ.

Siendo la vida sencilla, sobre todo, el producto de una dirección de la inteligencia, es natural que la educación tenga sobre ella una gran influencia.

No empleamos más de dos métodos al educar nuestros hijos.

El primero consiste en educarlos para beneficiarnos de ellos.

El segundo en educarlos para sí mismos.

En el primer caso se considera al niño como un complemento de los padres. Forma parte de su propiedad, y ocupa un lugar entre los objetos que poseen. Algunas veces este lugar es de los

de más preferencia. Cuando los padres estiman ante todo la vida de afectos. Y algunas veces también, cuando son los intereses materiales los que predominan, el tercero y hasta el último lugar. En ningún caso es persona. Joven, gravita alrededor de sus padres, no solo por la obediencia, que es deber legítimo, sino por la subordinación de todas las iniciativas de su ser. Según avanza en edad esta subordinación se acentúa y se convierte en una confiscación del vuelo de las ideas, de los sentimientos y de todo. Su minoría de edad se perpetúa. En lugar de evolucionar pausadamente hacia la libertad, su esclavitud se agrava. Es lo que le permiten que sea, lo que el comercio ó la industria de su padre, ó sus creencias religiosas, sus opiniones ó sus gustos estéticos le imponen que sea. Debe pensar, hablar, casarse, fomentar su familia en el sentido y en el límite marcado por el absolutismo paternal. Este absolutismo de familia puede ejercerse por gente realmente sin voluntad: basta que crea que el hijo tiene que ser la propiedad de los padres. Faltos de energía, le dominan por otros medios, por suspiros, suplicas ó bajas seducciones. Si no pueden á viva fuerza encaminarlo, le presentarán un cebo para de ese modo hacerlo caer en la trampa. Pero ha de vivir en ellos, por ellos y para ellos que es lo único admisible á su entendimiento.

Este género de educación no solo se practica en la familia sino en los grandes organismos sociales cuya principal función educacional consiste en adoptar las nuevas teorías para encajarlas de manera irresistible en los marcos existentes. Es la reducción, la trituración y la absorción del individuo en un cuerpo social, llámese teocrático, comunista, ó simplemente burocrático, y dado á la rutina. Visto desde afuera, tal sistema de edu-

cación parece sobre todo sencillo. El procedimiento lo es en absoluto. Y si el hombre no fuera alguien, si fuera solo un ejemplar de la raza, esa constituiría la más perfecta educación. Como todos los animales salvajes y todos los peces é insectos de la misma clase y género son los mismos en el mismo lugar, así seríamos todos idénticos, teniendo los mismos gustos, el mismo lenguaje, las mismas creencias y las mismas inclinaciones. Pero el hombre no es un ejemplar de su raza: y es por ello que esa clase de educación está muy lejos de ser sencilla en sus efectos. Los hombres varían tan infinitamente entre sí que tenemos que inventar innumerables medios para reducir, adormecer ó ahogar el pensamiento individual. Solo en parte lo hemos logrado, y aun esa parte se desintegra constantemente. A cada momento la fuerza inicial interna se escapa á través de alguna hendidura con más ó menos violencia, y produce explosiones, conmociones y graves desórdenes. Y allí donde nada acontece, donde esa fuerza se somete á la autoridad externa, late el mal en el fondo. Bajo el orden aparente se ocultan ceñudas rebeldías, depravaciones procedentes de una vida anormal, la apatía y la muerte.

Es un mal sistema de educación el que produce tales frutos, y por más sencillo que parezca, de su base parten todas las complicaciones.

* * * * *

El otro sistema es el extremo opuesto. Consiste en educar los hijos para sí mismos. La posición está invertida: los padres representan en este caso al hijo. Apenas nace cuando se convierte en amo. Las nevadas cabezas de los abuelos y la robusta del padre se inclinan ante la engajada cabecita. Oírle respirar les llena de alegría: un signo le basta. Si grita más duro que lo usual en su

cuna por la noche, no hay fatiga que detenga, toda la casa se levanta. El recién venido no tarda en comprender el poder de que dispone. Antes de saber andar está ensoberbecido con él. A medida que crece, crece con él y agranda sus proporciones. Los padres, los abuelos, los sirvientes, los profesores, todo el mundo está á sus órdenes. Acepta el homenaje y hasta el sacrificio de su semejante: trata como subdito rebelde á todo el que no se aparta para darle el paso. El solo vale. Es único: el perfecto, el infalible. Descubren demasiado tarde que se han dado un amo, y qué amo! Olvidadizo de los sacrificios, sin respeto, sin piedad, no hace el menor caso de aquellos á quienes todo se lo debe, y camina en la vida sin ley y sin freno.

Esta educación tiene también su forma social. Prospera donde el pasado yace olvidado, donde la historia solo comienza con los que viven, donde no hay ni tradiciones, ni disciplina, ni respeto: donde aquellos que menos saben son los que hablan más alto: donde los que representan el orden público, pierden el aplomo delante del primer advenedizo cuya fuerza consiste en hablar todavía más alto y en no respetar á nadie. Asegura el reino de las pasiones efímeras, el triunfo del más audaz aun siendo el más ignorante. Comparo estas dos educaciones, en que una es la exultación del centro, y la otra la exultación del individuo: la una el absolutismo de la tradición, la otra la tiranía de los recién llegados—y las encuentro tan terribles, la una como la otra. Pero la más horrible de todas es la amalgama de las dos que produce mi-autómatas, mi-déspotas, indecisos siempre entre el espíritu de abyecta sumisión y el de rebeldía ó dominación.

Los niños no deben ser educados ni para sí mismos ni para sus padres; porque el destino del hombre no es ni sér persona de alto rango ni tampoco

un ejemplar de la raza. Debemos educarlos para la vida. Su educación tiene por objeto ayudarlos á convertirse en miembros activos de la humanidad, á ser núcleo ó parte integrante de una poderosa hermandad, á ser servidores libres en la sociedad. Es complicar la vida, deformarla, sembrar los gérmenes de todos los desórdenes, poner en práctica una educación que se inspire en cualquier otro principio.

Cuando deseamos concretar en una palabra el destino del niño, es la palabra *porvenir* la que afluye á nuestros labios. El niño es el porvenir. Esa palabra lo dice todo, dolores sufridos, esfuerzos actuales y esperanzas. Ahora bien: el niño es incapaz de comprender la significación de esa palabra á la edad en que su educación comienza. Por que en ese momento se halla entregado á la «Omnipotencia» de sus impresiones actuales. Quienes, pues, le transmitirán su primer rayo de luz, y le señalarán el camino que debe seguir? Sus padres, sus maestros. Pero si reflexionan un poco se darán cuenta de que su obra interesa no solo á ellos mismos y al niño, sino que ejercen poderes y administran intereses de caracter impersonal. El niño debe representar siempre á su vista un futuro ciudadano. Bajo la influencia de esta preocupación se cuidarán de dos cosas que se completarán entre sí: del poder inicial individual que germina en el niño y que ha de crecer, y del destino social de ese poder. En ningún momento de su acción sobre él deben olvidar, que ese pequeño ser confiado á su cuidado, debe llegar á ser HOMBRE y HUMANO. Estas dos condiciones, lejos de excluirse, nunca se las encuentra sino combinadas en la unión más indisoluble. Es imposible ser fraternal, amar, darse uno, si uno no es dueño de sí mismo, y reciprocamente nadie puede poseerse,

tomar posesión de sí mismo en su entera personalidad, sin haber ahondado más allá de la superficie de su existencia hasta los más recónditos mecanismos de su ser, donde el hombre se siente enlazado con el otro hombre en todo lo que es más íntimo en él.

Para ayudar á un niño á llegar á ser hombre en el sentido de poseerse á sí mismo, y á ser humano ó sea á fraternizar con los demás hombres, debe protegérsele contra la acción violenta y las perniciosas fuerzas del desorden.

Estas fuerzas son conjuntamente externas é internas. Cada fuerza externa se halla amenazada, no solo por peligros materiales sino por la violenta intrusión de la voluntad de extraños, y cada fuerza interna por el exagerado sentimiento del egoísmo y por todas las divagaciones que engendra este sentimiento. El peligro externo es muy grande y puede provenir de la dañina influencia de los educadores. El derecho de la fuerza se introduce en la educación con extrema facilidad. Para dar una educación, hay que haber renunciado á ese derecho: es decir, matado en nosotros ese sentimiento innato que nos transforma en enemigos de los demás y hasta de nuestros hijos. Nuestra autoridad es buena solo cuando está inspirada por otra superior á la nuestra. En este caso no solo es buena sino indispensable y constituye á su vez la mejor garantía contra el mayor peligro interno que amenaza á un sér humano: el de exagerar su propia importancia. Al comienzo de la vida la vivacidad de las impresiones es tan grande que para establecer el equilibrio debemos someternos á la benéfica influencia de una voluntad superior y tranquila. La verdadera función educacional es representar esta voluntad cerca del niño, en una forma tan invariable y tan desinteresada como sea pò-

sible. Los educadores representan en ese caso todo lo que es respetable sobre la tierra. Le comunican al ser que entra en la vida el sentimiento de algo que le precede, se le sobrepone y lo envuelve, pero que no trata de ahogarlo. Por el contrario su voluntad y todas las influencias que le transmiten se convierten en alimento de su propia energía. Practicar así la influencia es cultivar una fecunda obediencia, la de que surgen los caracteres independientes. La autoridad puramente personal de los padres, de los maestros y de las instituciones, es para el niño lo que los cardos que ahogan á la tierna planta, bajo los cuales se mustia, se marchita y perece. La autoridad impersonal, la que se encuentra en el hombre, sumiso, el primero, á las venerables realidades ante las cuales quiere doblegar la fantasía individual de un niño, se asemeja á una pura y luminosa atmósfera. Indudablemente es activa, é influye sobre nosotros á su manera, pero nos nutre y nos vigoriza. Sin tal autoridad, no hay educación. Velar, dirigir, resistir, esa es la función del educador. Debe aparecer á los ojos del niño, no como una barrera de capricho que, si así lo desea, puede saltar, siempre que el brinco sea proporcional á la altura del obstáculo, sino como una muralla transparente á través de la cual puede percibir las realidades, las leyes, los límites, las verdades contra las cuales no hay resistencia posible. Así nace el respeto que debe existir en cada uno, la facultad de concebir lo que es más grande que uno, el respeto que nos hace elevarnos y que nos independiza haciéndonos modestos. Tal es la ley de la educación en la sencillez. Se la puede resumir en estas palabras: formar

hombres independientes y respetuosos, hombres dueños de sí mismos.

* * * * *

Deduzcamos algunas aplicaciones prácticas de este principio.

Precisamente porque el niño pertenece al porvenir debemos ligarle por la veneración, con el pasado. Estamos en la obligación respecto de él, de revestir la tradición de las formas más prácticas y más susceptibles de producir una fuerte impresión en él. En ella está el lugar excepcional que los antiguos, y por extensión la historia del hogar doméstico y de sus costumbres, deben ocupar en la educación. Es sobre todo respecto de nuestros hijos que cumplimos un deber, cuando asignamos el puesto de honor á nuestros padres. Nada habla tan energicamente al entendimiento de un niño ni despierta en él los bellos sentimientos de modestia, como ver á su padre y á su madre tomar ante el abuelo viejo y achacoso una actitud de obediencia y de respeto. Hay en ello una lección objetiva á la cual no resiste. Para que pueda surtir todo su efecto es preciso que, en la casa, reine un tácito acuerdo entre todos los adultos. Con relacion al niño á todos se le impone la misma solidaridad; la obligación de respetarse entre sí y de entenderse mutuamente so pena de comprometer la autoridad educacional. Y en el número de esas personas debemos incluir á los sirvientes. Un sirviente es una persona de edad, y es el mismo el sentimiento de respeto que lesiona el niño cuando desconsidera á un sirviente, que cuando desconsidera á su padre ó á su abuelo. Tan pronto como dirige una palabra arrogante ó descortés á una persona de más edad que él, abandona el camino que no debe abandonar, y si los padres consienten que eso suceda sin ha-

cerle comprender lo mal que ha obrado, pronto se apercibirán por su conducta respecto de ellos que el enemigo ha entrado en su corazón.

Los que crean que el niño es por naturaleza irrespetuoso, están equivocados cuando aducen como ejemplo los numerosos casos de irreverencia que se le reprochan á nuestra juventud. En el fondo el respeto es una necesidad para el niño. Aspira confusamente á respetar y á admirar algo. Pero cuando nos nos aprovechamos de la aspiración, se pierde ó se corrompe. Por la falta de cohesión y de mútua deferencia, nosotros, la gente adulta, desacreditamos nuestra propia causa y la de todas las cosas respetables á los ojos del niño. Inoculamos en él un virus malo cuyos efectos recaen sobre nosotros más tarde.

Esta verdad en ninguna parte se manifiesta tanto, como en las relaciones entre amos y servidores, tales como las hemos establecido. Nuestras faltas sociales, nuestra carencia de sencillez y de bondad cae sobre las cabezas de nuestros hijos. Hay ciertamente pocos en la clase media ó burguesa que entiendan que vale más perder unos cuantos miles de francos que dejar que los hijos le pierdan el respeto á los sirvientes, que representan en nuestras casas la categoría de los humildes. Nada tan cierto, sin embargo. Manténganse tanto como se quiera las convenciones y las distancias, esa clase de delimitación de las fronteras sociales que permiten á cada uno ocupar su lugar y guardar la gerarquía. Es bueno, estoy persuadido de ello, pero á condición de que no olvidemos que los que nos sirven son hombres como nosotros. Se les imponen á los sirvientes formas de lenguaje, actitudes, signos externos del respeto á que están obligados. Enséñese también á los hijos y téngase cuidado personalmente de que se observe, la forma en que deben

tratar á los sirvientes, de modo de que estos se convenzan de que se respeta su dignidad personal lo mismo que Uds. querrían que se les respetase la suya. Hay ahí un excelente campo de estudio para inducirnos á la práctica del mútuo respeto, que es una de las condiciones esenciales para la salud social. Me temo que es poco lo que se le atiende. Exijimos respeto, pero no lo practicamos. De ahí que por lo general solo se obtenga hipocresía, y que nos hallemos con un inesperado resultado; hemos educado en el orgullo á nuestros hijos. Esos dos factores combinados amontonan grandes dificultades para el porvenir que se debe salvaguardar. Tengo pues razón en afirmar, que se ha sufrido una gran pérdida el día en que por los hábitos y por la práctica se ha dado lugar á una disminución de respeto.

Porqué no he de decirlo? Me parece que la mayor parte de nosotros trabaja en favor de esa disminución. Dondequiera y en casi todas las clases sociales, hecho de ver, que se fomenta un espíritu muy malo en los niños, el espíritu de mútuo desprecio. Aquí desprecian á alguien porque tiene las manos encallecidas y porque viste la blusa del obrero: allí desprecian á otros precisamente por lo contrario. Los niños que así se educan, serán un día bastante malos ciudadanos. Todo eso carece en absoluto de la sencillez que hace que los hombres de buena voluntad de todas las clases sociales se agrupen, sin que sea óbice para ello las distancias secundarias que los separan.

Si el espíritu de casta ocasiona una pérdida de respeto, el espíritu de partido, cualquiera que sea, le hace perder otro tanto. En algunos centros educan á los niños de tal modo que no veneran más que un país, el suyo; una sola política, la de sus padres y amos: una sola religión, la que les han

inculcado. Se puede nadie imaginar formar así seres respetuosos de la patria, de la religión y de la ley? Es de buena ley el respeto que solo alcanza hasta los que nos tocan más de cerca ó nos pertenecen? Singular ceguera de camarilla y de círculos que con tan ingenua complacencia se confieren el título de escuelas de respeto, y que fuera de ellos nada respetan. En el fondo se dicen: patria, religión, leyes—eso somos nosotros. Tal doctrina engendra el fanatismo. Ahora bien, si el fanatismo no es el único fermento anti-social, puede asegurarse que es uno de los más enérgicos.

* * * * *

Si la sencillez del corazón es una condición esencial del respeto, la sencillez de la vida es la mejor escuela. Cualquiera que sea su condición de fortuna, evite todo lo que pueda hacer creer á sus hijos que ellos son más que los otros. Aun cuando su fortuna le permita vestirlos ricamente, piense en el daño que podría causarles excitando su vanidad. Presérvelos de la desgracia de jamás creer que basta estar vestido rumbosamente para poseer distinción, y sobre todo, no añada la alegría en sus corazones por sus vestidos y sus hábitos; á la distancia que los separa de sus semejantes. Vístalos sencillamente. Si por el contrario, tiene Ud. que hacer esfuerzos de economía para proporcionar á sus hijos el placer de estar elegantemente vestidos, le suplico reserve para otra mejor causa su espíritu de sacrificio. Corre riesgo de verle mal recompensado. Derrocha Ud. su dinero, cuando sería mejor reservarlo para las necesidades serias: se prepara á sí mismo una futura cosecha de ingratitud. Cuán peligroso es acostumar á los hijos á un régimen de vida que excede de nuestros medios y de los de ellos! Primero, es un grave compromiso para el bolsillo, y después, Ud. fomenta el espíritu

de desprecio en el seno mismo de la familia. Si Ud. viste sus hijos como señoritos y les da razón para creer que son mejores que Ud. es acaso extraño que al fin lo desprecien? Habría Ud. alimentado gente de distinta clase á la suya. Ese oficio cuesta caro y no produce nada.

Hay también cierta manera de instruir á los niños cuyo resultado más evidente es inducirlos á despreciar á sus padres, á lo que les rodea y á los trabajos en medio de los cuales se han criado. Tal instrucción es una calamidad. Sirve tan solo para producir un legión de descontentos de su clase, de su origen, de sus afinidades, que son en resumen los componentes de un hombre. Una vez separado del árbol robusto que los produjo, el viento de su desatentada ambición los mueve de un lado para otro como á las hojas secas, que se amontonan en ciertos lugares para fermentar y podrirse las unas sobre las otras.

La naturaleza no procede por saltos ni brincos, sino por lenta y segura evolución. Imitémosla en la manera de preparar una carrera para nuestros hijos. No hay que confundir el progreso con esos ejercicios á que se da el nombre de dobles saltos mortales. No eduquemos nuestros hijos de modo que lleguen á despreciar el trabajo, las aspiraciones y el espíritu de sencillez de la casa paterna; no los expongamos á la tentación de avergonzarse de nuestra pobreza, si acaso llegan á hacer fortuna. Una sociedad está muy enferma el día en que los hijos de los campesinos abandonan el arado, en que los hijos de los marineros abandonan el mar, ó en que las obreras, con la esperanza de ser tomadas por herederas, prefieren andar solas por las calles antes que al brazo de sus buenos parientes. Goza de salud una sociedad, por el contrario, cuando cada miembro se aplica á hacer a-

proximadamente lo mismo que sus padres están haciendo, pero con más perfección, en la idea de elevarse, contentándose no obstante con las más modestas funciones, y desempeñándolas concienzudamente.

* * * * *

La educación debe formar hombres independientes. Si Ud. educa su hijo para la libertad, hágalo sencillamente, y no tema destruir con ello su felicidad. Muy al contrario. Mientras más juguetes, fiestas y placeres extraordinarios tiene un niño, menos se divierte. Hay en eso una indicación infalible. Seamos sabios en nuestros métodos de proporcionar divertimientos y placeres á la juventud y sobre todo, no creemos inconsideradamente necesidades ficticias. Alimento, vestido, albergue, diversiones, que todo sea natural y lo menos complicado posible. Para hacer agradable la vida á los niños, algunos padres les inculcan hábitos de glotonería y de haraganería, les consienten distracciones incompatibles con su edad, y les multiplican las visitas y los espectáculos. Qué regalos tan perjudiciales son estos! En vez de educar para hacer hombres libres, educan para hacer esclavos. Demasiado acostumbrado al lujo, se fastidiará de él y cuando por una ú otra razón su riqueza desaparezca sufrirá mucho y los padres con él, y lo que es peor, quizás todos en las grandes pruebas de la vida sacrificarán la dignidad de hombres, la verdad y el deber por pura cobardía.

Educad pues á vuestros hijos sencillamente—casi diría rudamente; acostúmbrenlos á ejercicios vigorizantes y hasta á las privaciones. Que sean más bien de aquellos mejor preparados para dormir profundamente, para soportar la fatiga, que no de los que aman las delicias de la mesa y la blandura del lecho. Así haremos de ellos hombres

independientes, hombres vigorosos con quienes podremos contar. y que nunca se venderán por una pequeña comodidad personal, y que no obstante, más que ningún otro, poseerán la facultad de ser dichosos.

Una vida demasiado fácil produce una especie de lasitud de las fuerzas vitales. Se fastidia uno, se desilusiona, se convierte uno en un joven-viejo sin facultad para divertirse. Cuántos niños y gente joven se encuentran hoy en esa situación! En ellos están reproducidas como en molde, las huellas de nuestras decrepitudes, de nuestros escepticismos, de nuestros vicios y malos hábitos contraídos en nuestra sociedad. Cuántas miradas retrospectivas sobre nosotros mismos nos hace echar esa juventud marchita! Cuántas advertencias grabadas en nuestra frente!

Esas sombras nos dicen, hasta por el contraste, que la dicha consiste en ser un verdadero ser viviente, activo, despreocupado, virgen del yugo de las pasiones, de las necesidades ficticias, de las excitaciones mal sanas, que ha conservado en su corazón la facultad de gozar de la luz, del aire, y la capacidad para amar y sentir todo lo que es generoso y delicado.

* * * * *

La vida ficticia engendra ficticias ideas y lenguaje indeciso. Los hábitos sanos, las impresiones fuertes y el contacto ordinario con la realidad, producen el lenguaje franco. La mentira es un vicio de esclavos, el refugio de los cobardes y de los débiles. El que es libre y firme no soporta el collar de la esclavitud. Promóvamos en nuestros hijos ese feliz valor que lo dice todo sin mascar las palabras. Qué hacemos por lo general? Los desnaturalizamos, nivelamos sus naturalezas en miras de la uniformidad, que para el gran rebaño es sínó-

nimo de buen tono. Pensar con su cabeza, sentir con su corazón, manifestarse como uno es, qué brutalidad! qué descortesía! Oh! cuán atroz es esa esa educación, que consiste en ahogar en cada uno de nosotros lo que esencialmente constituye la razón de la existencia! De cuántos asesinatos de almas somos culpables? A algunos se les mata á palos, á otros se les ahoga entre almohadas de pluma. Todo conspira contra los caracteres independientes. Pequeños, agrada vernos como imágenes ó muñecos: grandes, se nos quiere á condición de que seamos como el resto del mundo, autómatas. Cuando se ha visto uno se les ha visto á todos. Es por eso que la falta de originalidad y de iniciativa nos ha invadido, y que la plititud y la monotonía son los signos distintivos de nuestra vida. La verdad nos libertará. Enséñese á nuestros niños á mostrarse como son, á sonar sus trompetas en toda la extensión de su sonido. Que la lealtad se les convierta en una necesidad, y que en sus más grandes faltas, si las confiesan con franqueza, se les estime como un mérito el haber sido francamente atolondrados.

* * * * *

A la franqueza asóciase la inocencia en nuestra solicitud educacional. Miremos esa compañera de la infancia, la inocencia, con toda la solicitud posible: tan graciosa y benévola apesar de lo algo brusca que es. No la espanteis! Cuando ha huído de un lugar es raro que vuelva. Esta inocencia no es tan solo hermana de la verdad, guardian de las cualidades que á ambas pertenecen: es también un gran poder educacional y revelador. Veo á nuestro alrededor la gente llamada positiva que está armada de fenomenales anteojos y de grandes tijeras para descubrir esas inocencias y cortarles las alas. Ellos extirpan la inocencia del mundo, de la

idea, de la educación y la persigen hasta en las regiones de sus sueños. Bajo el pretexto de hacer hombres impiden á los niños ser niños, como si antes de madurar las frutas en otoño no se necesitasen las flores, los perfumes, los cantos, la tierra encantada de la primavera.

Pido gracia para todo lo que es inocente y sencillo, no solo para el inocente encanto que rodea las rizadas cabelleras, sino para la leyenda, la canción inocente y los cuentos de un mundo de maravillas y de misterio. El sentido de lo maravilloso es la primera forma del sentido de lo infinito, sin el cual el hombre es como un pájaro privado de sus alas. No apartéis la infancia de lo maravilloso, con el fin de enseñarle la capacidad de elevarse sobre lo terrenal y de apreciar más tarde esos piadosos y conmovedores símbolos de las edades pasadas en que la verdad humana ha hallado expresiones que jamás reemplazará nuestra árida lógica.

CAPITULO XIV.

CONCLUSION.

Creo que he indicado suficientemente el espíritu y las manifestaciones de la vida sencilla para dar idea de la verdad de que hay en ella todo un mundo desconocido de fuerza y de belleza. Los que tienen suficiente energía para separarse del millar de inutilidades que agovian nuestra existencia pueden conquistarlo. Se apercibirán pronto de que renunciando á unas pocas ambiciones pueriles aumentarán su facultad de ser dichosos y su poder de justicia.

Estos resultados corresponden tanto á la vida privada como á la vida pública. Es indiscutible que, al luchar contra la febril tendencia de brillar, al cesar de convertir la satisfacción de nuestros de-

seos en el solo objeto de nuestra actividad, al volver á los gustos modestos y á la vida real, trabajaremos por consolidar nuestra familia. Y un nuevo espíritu animará nuestros hogares, creando nuevas costumbres y ambiente más favorable para la educación de la infancia. Poco á poco nuestra juventud de ambos sexos se sentirá encaminada hacia un ideal más elevado y á la par más realizable. Esta transformación interior ejercerá al fin su influencia sobre el espíritu público. Así como la solidez de una muralla depende de la clase y consistencia de la mezcla empleada para su construcción, así también la energía de la vida pública depende del valor individual y de su poder de cohesión. La gran aspiración de nuestra época es la cultura del elemento social que representa la persona humana. Todo en la actual organización de la sociedad nos retrotrae hacia ese elemento. Al descuidarlo corremos el riesgo de perder el beneficio hasta del mismo progreso, de hallarnos con que hasta los más perseverantes esfuerzos se vuelven contra nosotros. Si trabajando incesantemente sobre un instrumento el obrero disminuye su valor, para qué sirven las máquinas de que dispone? Para empeorar por sus mismas cualidades las faltas del que las usa sin conciencia ni discernimiento. Las ruedas de la gran máquina moderna son infinitamente delicadas. La malevolencia, la falta de competencia, la corrupción, pueden producir perturbaciones actualmente mucho más perjudiciales que en el más ó menos rudimentario organismo de otros tiempos. Debemos por tanto velar sobre la calidad del individuo llamado en una porción cualquiera á contribuir al trabajo de la máquina en forma de que sea á la vez fuerte y leal, inspirándose en la ley central de la vida, poseerse y fraternizar. Lo interno y lo externo de nosotros se simplifica y se unifica bajo

la influencia de esa ley, que es igual para todos, y á la cual todos deben ajustar sus actos, porque los intereses de los hombres no son opuestos sino que son idénticos. Al cultivar el espíritu de sencillez, logramos pues dar á la vida pública una cohesión mayor y más fuerte.

Los fenómenos de descomposición y desmoronamiento que notamos tienen por origen la misma causa: falta de solidez y falta de cohesión. Nunca se puede repetir bastante cuán contrarios son al bien social y por consiguiente cuán fatales, destruyendo la felicidad individual, los raquícos intereses de casta, de círculos, de campanario, y la desmedida ambición del bienestar personal. Una sociedad donde nadie se cuida más que de su interés personal es un desorden organizado. Es la única lección que se saca de esos irreductibles conflictos de nuestros crueles egoísmos.

* * * * *

Nos parecemos demasiado á esa gente, que nunca recuerdan los lazos de familia sino para reclamar alguna ventaja, y que no les hacen honor. En todos los grados de la escala social desplegamos nuevas pretensiones. Pretendemos todos ser acreedores: nadie se confiesa deudor. Nuestras relaciones con nuestros conciudadanos consisten en conminarlos ya en forma cortés ya en forma arrogante á que nos paguen lo que nos deben. No alcanzamos nada bueno con ese espíritu. Porque en el fondo no es más que el espíritu de privilegio, ese eterno enemigo de la ley común, ese obstáculo que incesantemente renace, ese enemigo de todo sentimiento de fraternidad.

* * * * *

En una conferencia dada por Mr. Renan en 1882, dijo: «Lo esencial de una nación es que todos

los individuos que la componen tengan muchas cosas en común, y también que hayan olvidado muchas cosas.» Es importante saber lo que uno debe olvidar, y de qué debe acordarse, no solo en el pasado sino también en la vida diaria. Lo que nos divide recarga nuestra memoria, lo que nos une la despeja. Cada uno en el punto luminoso de su memoria, guarda el sentimiento vivo y agudo de su cualidad secundaria que consiste en ser ó un personaje, ó un cultivador, ó un industrial, ó letrado, ó funcionario, ó proletario, ó burgués ó sectario religioso ó político, pero su cualidad esencial que es ser hijo de la patria y ser hombre, la deja en la sombra. Es raro que el hombre tenga de ella una noción teórica. El resultado es que lo que nos ocupa y dicta nuestros actos es precisamente lo que nos separa de los demás, y no queda lugar para ese espíritu de unión que es como el alma del pueblo. El resultado es que formamos parte de los malos recuerdos en el espíritu de nuestros semejantes. Los hombres á quienes anima el espíritu de pequeñez, de exclusivismo, de altivez chocan entre sí diariamente. No pueden encontrarse sin que se manifieste el sentimiento de sus divisiones y su rivalidad. Paulatinamente se aglomera en su memoria un depósito de recíproca mala voluntad, de desconfianza y acritud. Eso representa el mal espíritu y sus consecuencias.

Debemos extirparlo de entre nosotros. Acuérdate; olvida! Eso es lo que debemos decirnos todas las mañanas en todas nuestras relaciones y funciones. Acuérdate de lo esencial, olvida lo secundario. Cuánto mejor cumpliríamos nuestros deberes como ciudadanos si el más humilde y el más encumbrado se inspirasen en ese espíritu! Cómo sembraríamos la gratitud en las almas de nuestros semejantes, regando en ellas acciones ge-

herosas, y evitando aquellas que contra su voluntad á veces les hace exclamar con el odio en el corazón: «nunca lo olvidaré».

El espíritu de sencillez es un gran mágico. Suaviza asperezas, construye puentes sobre precipicios y abismos, acerca y enlaza manos y corazones. Las formas que reviste en el mundo son innumerables. Pero nunca aparece más admirable que cuando derriba las fatales barreras de situaciones, intereses, preocupaciones, triunfando sobre los más grandes obstáculos, haciendo que aquellos á quienes todo parecía separar se conozcan para estimarse y para amarse mutuamente. Ese es el verdadero cimiento social sobre el que se construye un pueblo!



